Que tengas unas horribles fiestas

Antología

Varios autores

Índice

Tramo peligroso 5

Alimento Predilecto 19

Campada de fin de ano 29

Silenciosa Navidad 36

Navidad carmesi 43

Trece segundos 51

El quiebre de 60

Altozano 60

Ruin Ano Viejo 70

holgando se 70

descuerna 70

El regalo de 76

Navidad 76

Autores 89

Trawo peligroso

El limpiaparabrisas gemía al retirar los copos que chocaban contra el cristal. Jodie miraba cansada el bosque que rodeaba la carretera. Llevaban viendo el mismo paisaje desde hacía más de media hora.

—Nos hemos perdido —se decidió a decir al fin.

Su marido, Howard, negó con la cabeza.

—No es cierto. La salida estará un poco más adelante.

—Te has pasado el desvío y esta carretera sabe Dios a dónde lleva —la voz de la mujer denotaba su exasperación—. Nos hemos perdido —repitió.

—No sé que es peor, si perderme con vosotros la noche de Navidad o tener que quedarme a dormir en casa de los abuelos.

Jodie y Howard fulminaron a su hija con la mirada a través del retrovisor interior.

—Lo siento pero es un coñazo y su casa huele a rancio.

—¡Tú sí que eres un coñazo! —gritó Scott alzando la vista de su Tablet.

—Scott, no digas palabrotas —el dedo de Jodie apuntó a la cara de su hijo pequeño—. Y la casa de tus abuelos no huele a rancio, sino a madera.

Kaitlyn suspiró y volvió a centrarse en la conversación que mantenía a través del móvil con el chico que la gustaba. El coche seguía avanzando por la carretera húmeda y la nieve se iba acumulando a ambos lados de la calzada. Era tradición ir a casa de los padres de Howard el día de Navidad y pasar ahí la noche, pero en esta ocasión no habían podido salir a tiempo, cuando iniciaron el camino ya había oscurecido.

Aunque mantenían la esperanza de llegar a cenar, esta se fue perdiendo a medida que avanzaban por aquella eterna vía que no parecía cambiar ni un ápice del kilómetro anterior que habían dejado atrás. Howard se sentía frustrado. Con las prisas había olvidado el mapa en el que venía señalizado el trayecto y los desvíos que debían tomar para llegar directos al destino; y sin él se sentía perdido. No lograba acordarse nunca de los malditos desvíos y salidas que había que seguir pero, ante todo, lo que más le molestaba era que Jodie tuviera razón. Él no quería reconocerlo en voz alta pero era evidente que se habían perdido.

—Acaban de encontrar el cadáver de un tío en un contenedor de Long Island —anunció entusiasmado Scott.

—Oh, ¡cállate!

Su hermana mayor estaba harta de escucharle dar las necrológicas día tras día. El niño deseaba ser presentador de la tele y se pasaba el tiempo buscando cadáveres recientes en internet. Encontrarlos le causaba la misma emoción que a Kaitlyn leer un «Esa camiseta te queda realmente bien» en la pantalla de su móvil.

—¿No hay otra cosa más alegre de la que hablar? —preguntó Howard molesto.

—Juguemos a las adivinanzas —propuso su esposa—. Veo una cosa que empieza por A.

—Un árbol —contestó Kaitlyn sin levantar la vista de su aparato.

—Sí, muy bien. Te toca.

—Este juego es una mierda —contestó ella.

—Vale, pues entonces sigo yo. Veo… una cosa que empieza por N.

—Nieve —dijo con entusiasmo Scott.

—Sí, eso es.

—Yo veo una cosa que empieza por C.

—¿Un copo? —respondió Jodie alegre.

—No.

—¿Un coche?

—No.

—¿El cabecero del asiento?

—No. ¿Te rindes?

—¿Cabello?

—Sí, se rinde —irrumpió Kaitlyn cansada del juego.

—Un conejo muerto en el arcén —sentenció Scott.

—Qué maravilloso —murmuró Howard—. Se me ocurre otro juego. A ver quién es el que tarda más en abrir la boca.

—Que la hayas cagado no es culpa nuestra —respondió su hija en tono pedante.

—Yo no la he cagado —Howard cada vez estaba más enfadado.

A la negativa de su marido saltó Jodie igual de molesta. Había intentado mantener la cordialidad pero era imposible. Empezaron los gritos y las salidas de tono. El ambiente dentro del coche era asfixiante. Por primera vez desde que habían salido de casa desearon llegar al hogar de los abuelos y poder perderse en una habitación ellos solos, sin nadie que les molestase. A la discusión se unió el coche, que empezó a gruñir y, al final, soltó una tos que paró el motor. El silencio se hizo dentro del vehículo. Todos se miraron entre sí, siendo conscientes de que tendrían que pasar aún más tiempo aguantándose dentro de aquel viejo cacharro de cuatro ruedas.

—No me lo puedo creer —Jodie miró a Howard que había comenzado a forzar la llave en el contacto.

—No, no, no — el motor gruñía pero por más que lo intentaba no lograba arrancar.

—Esto no puede estar pasándome —sentenció Kaitlyn haciéndose un mohín en su asiento y tecleando a toda velocidad en su pantalla táctil.

—Tal vez no queréis oír esto pero han cosido a navajazos a un chico frente a un súper mercado en Atlanta.

Su hermana giró la cabeza despacio, muy despacio, hasta que sus ojos se encontraron con la mirada indiferente de su hermano.

—¿Es una broma?

—¿Qué?

—¿Me estás diciendo que nos hemos quedado tirados en mitad de una carretera secundaria en Navidad y tú hablando de un tío acuchillado?

En el asiento trasero comenzó una batalla campal cuando Kaitlyn le arrebató la Tablet a Scott. Este le quitó el gorro de lana, despeinándola y ella comenzó a golpearle mientras se dejaba llevar por la histeria. Howard aprovechó ese momento para propinarle unos buenos puñetazos al volante ante la atónita mirada de su mujer.

—Basta —dijo Jodie sin ser escuchada—. Basta —repitió—. ¡Ya basta! —gritó al fin—. Somos una familia y debemos mantener la calma. Vuestro padre y yo vamos a salir a mirar qué le ocurre al coche y vosotros vais a estaros quietecitos y callados. ¿Seréis capaces de aguantaros un rato más?

Ambos asintieron. Howard, de mala gana, abrió la puerta y se encaró al viento helado que soplaba y arrastraba los copos de nieve, que chocaban contra el monovolumen. Jodie le siguió y se plantó junto a su marido frente a las tripas del automóvil. Él tenía la cabeza metida bajo el capó y tocaba con la mano desnuda y colorada los distintos componentes del coche. Jodie nunca había conducido un vehículo, no tenía ni idea de mecánica y mucho menos de lo que podía ser esa avería. Howard frunció el ceño. No era un lumbreras, apenas sabía qué fallaba en su matrimonio como para entender qué le pasaba al automóvil.

—¿Y bien?

—Pueden ser muchas cosas —dijo él dudoso. Ella le miró abriendo mucho los ojos para que continuara con la explicación—. Podría ser la batería, o la bomba inyectora, incluso puede ser la gasolina.

—¿La gasolina?, ¿y no has visto que se encendiera el avisador?

—Pues no, iba más pendiente de encontrar una ruta que del coche.

—Fantástico, ¿y ahora qué?

—No te preocupes, hace no mucho me ha parecido ver un cartel de gasolinera a unos kilómetros. Iré allí, pediré ayuda y llegaremos a casa de mis padres antes de la cena —sintió el impulso de acercarla a él y besarla pero al ver la cara de fastidio de su esposa decidió no hacerlo—. Tú espera dentro del coche con los niños.

Cerró el capó del monovolumen y, tras abrocharse el abrigo hasta la nariz, echó a andar hacia delante. Jodie pateó la nieve que había junto a sus pies y volvió al calor del automóvil. A veces se preguntaba por qué se había casado con Howard, por qué había desperdiciado sus años aguantándole, criando a dos hijos medio idiotas y tirado su talento a la basura. Sí, Jodie fue en su juventud una gran promesa de la pintura. Expuso en una importante galería de Manhattan sus cuadros, imágenes que reflejaban como ella captaba el mundo. Eran apasionadas, atractivas y sensuales, justo los atributos que había ido perdiendo con los años. Se sintió cansada de sí misma, de su situación y de que siempre su marido la cagara y no quisiera reconocerlo.

—¿A dónde ha ido papá? —preguntó Scott.

—Hay una gasolinera más adelante, volverá con ayuda.

—¿No puedo ir con él?

—No, Scott, no puedes ir con él. Ni yo tampoco —dijo perdiendo los papeles—. Si hubiera revisado el coche como le dije que hiciera esto no habría ocurrido. Si no se hubiera olvidado el maldito mapa no estaríamos perdidos y si me hiciera un mínimo de caso no estaríamos así.

Scott bajó la mirada y se volcó en el contenido de su Tablet. Jodie al verle sintió una punzada de remordimientos por haberle hablado de aquella forma.

—Siento ponerme así, es sólo que…

—Yo tampoco quiero estar aquí con vosotros y no monto un drama —soltó Kaitlyn cortando a su madre.

Esta se volvió hacia el frente, mirando la oscura y nevada carretera y esperó a que Howard volviera.

Un destello golpeó la pupila de Jodie. Desvió su vista hacia el retrovisor interior y vio como unas luces se acercaban a ellos.

—Viene un coche —anunció girándose para comprobar a través del cristal trasero que no era una alucinación.

Las luces se acercaban muy rápido y los chicos comenzaron a gritar desde el interior del vehículo para hacerse oír. Jodie presionó de forma intermitente el claxon pero el automóvil pasó junto a ellos, girando con brusquedad para no estrellarse, y siguió su camino.

—Hoy no es nuestro día —Jodie miró a su hija y asintió, dándole la razón.

—¿Os habéis fijado en que casi choca contra nosotros? Podíamos haber muerto.

—Sí, cariño. Por eso vamos a bajarnos del coche y a empujarlo hasta el lateral de la calzada.

—¿En serio? —gimió Kaitlyn. Su madre asintió—. Se me va a encrespar el pelo…

Soltaron el freno de mano, pusieron el coche en punto muerto y haciendo un esfuerzo mayúsculo, empujaron el monovolumen hasta el arcén, donde no obstaculizara el paso. Mientras el vehículo se iba desplazando poco a poco, Kaitlyn sintió que alguien la observaba. Se giró varias veces pero no logró ver nada fuera de lo que habían estado viendo la última hora. Scott miró a su hermana pensando que habría visto algo interesante, pero cuando él dirigió la vista hacia allí, sólo encontró los mismos árboles nevados de siempre.

—¿Qué pasa, Kaitlyn? —preguntó su madre al percatarse también de cómo centraba su atención en algo que parecía estar en el bosque.

—Tengo la sensación de que alguien me está mirando.

—¡Venga ya! —Scott puso los ojos en blanco—. Siempre tienes que ser el centro de atención.

—Yo no veo nada —comentó Jodie tras escrutar la espesura.

—Lo sé, pero no paro de notar como si alguien me estuviera clavando la mirada. Cómo cuando estás en el centro comercial y notas que te miran, te giras y hay alguien mirándote.

—Sí, sé a lo que te refieres, pero no creo que haya nada allí.

—Puede que sea un animal —sugirió el pequeño.

—Puede…

Kaitlyn no estaba muy convencida de su teoría. Empezaba a sentirse cohibida, incómoda. Deseaba volver al interior del coche lo antes posible.

—¿Cuánto más vamos a empujarlo? —preguntó empujando desde la puerta del copiloto.

—Sólo unos metros más.

La nieve caía con intensidad, la calzada resbalaba y tras dejarlo dónde Jodie consideró que era un buen lugar, se metieron dentro del vehículo el doble de rápido de lo que habían salido. Al respirar el vaho brotaba de sus bocas dibujando nubes que desaparecían al instante. Kaitlyn volvió a coger el móvil, Scott la Tablet y Jodie se quedó mirando la carretera, intentando adivinar las pisadas de Howard en la fina capa de hielo triturado de la calzada. Hacía bastante que se había marchado y su esposa empezaba a preocuparse. Si no volvía pronto cenarían pasada la Navidad. El silencio tomó posesión del automóvil, sólo se escuchaban los sutiles ruidos de los dedos de los niños sobre las pantallas de sus aparatos. Jodie se perdió entre pensamientos oscuros que la hacían sentirse peor, no sólo con su situación sino consigo misma. Ella era la causante de todo lo que la había sucedido, puede que no directa pero si indirectamente. Había dicho "Sí quiero" demasiado pronto, cambió todo lo que amaba por cosas que se suponía debía amar y lo hizo por voluntad propia. Sus pensamientos se vieron cortados al escuchar el crujido de unas ramas al partirse. El sonido resonó por las cercanías como un eco macabro. Kaitlyn alzó la cabeza con tal velocidad que su mirada se nubló unos segundos. Scott miró con lentitud hacia la ventana, temeroso de lo que pudiera ver. Jodie no hizo nada. Se quedó quieta, movida por un impulso primario mientras sentía que los pelos de su cuerpo se erizaban.

—¿Lo habéis oído? —preguntó su hija alarmada.

—Habrá sido un ciervo o un conejo —comentó Jodie intentando mostrar una tranquilidad que no poseía.

Otro crujir acompañado por la caída de un montón de nieve que reposaba en las ramas de un árbol cercano. Los ocupantes del coche empezaron a sentir miedo. Habían visto caer los restos blancos pero no quién los había tirado. Jodie rebuscó en su bolso su teléfono para llamar a Howard, vio caer la lima metálica de uñas, un paquete de pañuelos desechables y la pequeña caja que contenía cinco colores de sombra de ojos. Estaba inquieta y no quería pasar más tiempo del necesario allí.

—¿Y si es un lobo y nos quiere matar? —preguntó Scott. Su voz sonó neutra, no había miedo pero tampoco entusiasmo.

—Los lobos no se acercan a los coches. Saben que los humanos somos peligrosos —dijo su madre intentando calmar el estallido de pánico que empezaba a aumentar.

Apretó el botón del móvil para desbloquearlo pero se había quedado sin batería. Estaba apagado.

—Kaitlyn, ¿podrías llamar a tu padre?

Ella asintió y sus dedos volaron sobre la pantalla táctil del teléfono. Se pegó este a la oreja y esperó unos segundos, después lo apartó y fijó sus ojos en él. Su ceño fruncido alarmó aún más a Jodie.

—No tengo cobertura —explicó casi en un hilo de voz.

Unas pisadas en la nieve se escucharon cerca y la muchacha pudo ver a través de uno de los retrovisores exteriores a una enorme bestia de pelaje cenizo huir hacia la espesura. Kaitlyn se giró para mirar por la ventanilla hacia el lugar dónde lo había descubierto.

—Está ahí afuera.

—¿El qué? —preguntó su madre.

—Lo he visto.

—¿El qué? —preguntaron a la vez Jodie y Scott.

—No sé qué era —su voz tenía unas notas de histerismo.

—Seguro que te lo estás inventando.

—Estaba ahí afuera —al ver las pisadas en la nieve golpeó el cristal con el dedo—. Mirad, ha dejado huellas.

—¿Seguro que no es una broma? —preguntó Jodie.

—¡Que no!

—Vamos a bajar a verlas —sugirió Scott.

Jodie y su hijo salieron del coche y con pesadez avanzaron hasta donde Kaitlyn dijo haber visto a ese animal. Al no ver nada en la blanca nieve que separaba el vehículo del bosque pensaron que se lo había inventado, pero entonces la cara de Scott se iluminó al ver una huella grande, parecida a la de un perro pero cinco veces mayor.

—Mira mamá —gritó emocionado.

Kaitlyn los observaba con preocupación desde la seguridad del coche. Pensaba en lo idiotas que eran al haber salido a buscar lo que quiera que fuese eso. Podía ser peligroso y cada segundo que pasaban ahí ella temía que el animal volviera y se los comiera en sus narices. Bajó la ventanilla y gritó:

—¿Ya estáis contentos?

Sin que nada denotara que les estaban acechando, Scott cayó al suelo al ser arrastrado por un cable que se había enganchado en su pie. Su torso y su cara golpearon contra la fría nieve y al momento notó la presión de la soga metálica tirando de él. Se desplazó por la blanca superficie dejando un enorme surco entre los gritos sofocados del pequeño. Jodie corrió hacia él pero la capa de nieve dificultaba su avance. Kaitlyn gritó en el interior del vehículo. Sabía que no debían haber bajado, lo presentía pero lo que nunca se hubiera esperado era que fuera una trampa. Los dedos enguantados del pequeño intentaron aferrarse al suelo, pero la nieve se escurría entre sus dedos como arena de playa. Jodie se abalanzó sobre él y lo retuvo con fuerza por los brazos.

—¡Mamá, me duele! —gritaba fuera de sí Scott.

Su madre lo atrajo hacia ella e introdujo, no sin esfuerzo, los dedos entre la pierna del pequeño y el cable hasta conseguir aflojarla. La tensión de la soga era intensa, Jodie tuvo que usar todas sus fuerzas y su empeño para liberar el pie de su hijo. Al alzar la vista, entre los árboles, distinguió una figura peluda bípeda que con unas zarpas tiraba del cable. Scott, sin ser consciente de lo que su madre había presenciado, corrió hacia el coche. Kaitlyn abrió la puerta y le ayudó a entrar.

—¡Mamá! —la llamó histérica. Sus manos temblaban al igual que sus labios—. ¡Mamá!

Jodie, sin poder apartar la mirada de aquel ser se levantó con dificultad y retrocedió. En cuánto ella empezó a caminar hacia el vehículo aquella bestia se impulsó hacia delante para emprender la carrera. Sus hijos se percataron entonces de que ese ser iba a por su madre. Jodie movía sus piernas todo lo rápido que podía. Le dolían, la humedad de su ropa la hacía sentirse incómoda, la tensión de sus músculos desentrenados era insoportable, miles de pinchazos la atravesaban la carne pero ella no paró. Estaba a sólo un par de metros del coche pero aquella bestia avanzaba con gran agilidad sobre la nieve. Había recorrido el terreno que le separaba de la madre y su hijo y ahora casi daba alcance a Jodie. Kaitlyn, movida por un impulso, salió del monovolumen y avanzó unos pasos. Alzó la mano y lanzó con fuerza su teléfono móvil. Este golpeó en el hocico a aquel animal, que gimió y apartó la vista de su madre. Jodie pasó corriendo junto a su hija, agarró el abrigo de esta y ambas se metieron en el coche, bajando el cierre de seguridad.

—Se ha ido —murmuró Scott, que tenía los ojos como platos y no paraba de mirar frenéticamente la linde del bosque.

—Era un hombre lobo —afirmó Kaitlyn temblando de pies a cabeza.

Jodie miró a su hija, esa adolescente egocéntrica y prepotente que se paraba para mirarse en los reflejos de los escaparates, que nunca ayudaba en casa; y se sintió orgullosa. Alargó su mano y atrajo la cabeza de la muchacha hacia ella para después besarla y apoyar su mejilla enrojecida contra el gorro de esta.

Habían pasado más de cinco minutos desde el incidente con la bestia pero aún seguían oteando a través de las ventanillas. Cada poco tiempo tenían que limpiar los cristales con los guantes para poder ver el exterior, pues se empañaban. Fuera la nevada seguía cayendo. Jodie pensó entonces que con la carretera en ese estado habían hecho bien en poner las cadenas a los neumáticos, pero no podrían continuar si ese animal, bestia o lo que fuera seguía rondándoles. Entonces recordó a Howard, el tiempo que llevaba fuera y se preguntó si estaría muerto, si existía la gasolinera a la que se dirigía o si habría llegado ya a ella.

—¿Veis a esa cosa? —preguntó Jodie.

—Es un hombre lobo —repitió Kaitlyn con más calma.

—Has leído demasiados libros sobre lobos y vampiros de brillantina —soltó Scott.

—¿Has visto el tamaño que tiene?, ¿qué podría ser si no? —preguntó ella, molesta.

—Sasquatch —respondió el pequeño convencido.

—¿Alguna vez has oído hablar de que Sasquatch atacara a la gente?

—En internet hay videos en los que se le ve atacando campamentos.

—Son montajes —protestó ella.

—Ya vale. Qué más da lo que sea mientras pueda hacernos daño —cortó Jodie.

—Es un hombre lobo, seguro —insistió su hija.

Volvió a hacerse un incómodo silencio que todos deseaban romper. Ya no querían sentirse solos y evadirse en sus pensamientos, en ese instante había un deseo común más grande que todos, el volver a casa de los abuelos sanos y a salvo.

—¿Puede ser el Wendigo? —preguntó Jodie. Sus hijos la miraron expectantes—. Es un ser, similar a un hombre pero con rasgos animales, que come carne humana.

Kaitlyn se revolvió en su asiento al sentir un fuerte escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Crees que eso es un Wendigo? —preguntó Scott preocupado.

—No lo sé, cariño. Podría ser él.

Scott se inclinó hacia su madre y esta lo abrazó. Kaitlyn y Jodie se miraron. Su relación había sido muy difícil los últimos años, casi insoportable pero tras lo ocurrido, ambas querían estar junto a la otra. Jodie estiró su brazo y la rodeó. Kaitlyn apoyó su cabeza sobre el hombro de su madre. Y se quedaron juntos durante largo rato.

Kaitlyn abrió los ojos al escuchar una fuerte respiración. Acto seguido se escuchó un golpe y el metal rasgarse. El coche se movió violentamente. Al dirigir su mirada hacia el cristal descubrió con horror que aquella

criatura estaba junto a ellos, intentando abrir la puerta. Kaitlyn gritó y se alejó lo más que pudo hacia la otra salida, aplastando a su madre y su hermano que se despertaron ante el jaleo. Jodie apartó a sus hijos y miró alrededor algo dentro del coche que le permitiera plantar cara a aquel ser. Los gritos se mezclaron con los golpes que estaba dando al coche y el chirriante sonido del metal al ser rasgado.

—Vamos a morir —escupió Scott entre el pánico.

Su cara estaba empapada en sudor y lágrimas. Kaitlyn no paraba de gritar frases que ninguno entendió, estaba tan alterada que no podía coordinar lo que pensaba y decirlo. Jodie encontró la palanca que bloqueaba el coche en caso de robo. Acto seguido la garra del animal traspasó el cristal haciéndolo añicos y lanzó un zarpazo al interior del coche. Jodie notó como el dolor se extendía desde su mejilla hasta la frente y la garganta. Tres arañazos irregulares cruzaron su carrillo antes de que pudiera apartarse. El monstruo metió el brazo y agarró la pierna de Kaitlyn, atravesando con sus largas garras el pantalón vaquero de la muchacha y clavándose en su carne. Ella dobló la pierna pero al hacerlo la zarpa rasgó la carne. Gritó de dolor. Jodie alzó la palanca metálica y golpeó el brazo de aquel ser una, dos, tres veces, cuatro pero el monstruo no soltaba la pantorrilla de su hija. Vio brillar de forma tenue un objeto alargado y pequeño que se encontraba tirado en el suelo del vehículo. Alargó su mano hacia él y con todas sus fuerzas lo clavó en el antebrazo del animal. Este gruñó pero no abrió la zarpa. Jodie le apuñaló repetidas veces hasta que al final el ser sacó el brazo por la ventanilla y corrió hacia la espesura del bosque. Unos grandes surcos de maquillaje negro recorrían las mejillas de la muchacha. Su madre soltó la lima de uñas metálica y examinó la pierna de Kaitlyn. La sangre manaba como una fuente roja, manchando el asiento trasero. Scott miraba, con sus ojos anegados en lágrimas, la linde del bosque a la espera de que aquella bestia volviera para acabar con ellos.

—¿Te duele? —preguntó Jodie mientras cubría la herida de su hija con la bufanda y presionaba. Kaitlyn asintió.

—No va a parar hasta que nos mate —balbució ella.

—No, cielo, hoy no vamos a morir.

Anudó la bufanda a la pantorrilla, cogió las llaves del coche y apretó uno de los botones del llavero; después abrió la puerta del coche dispuesta a salir. Sus hijos al verla pensaron que se había vuelto loca, que iba a matarla y después irían ellos. Jodie se deslizó a través de la superficie helada del coche sin perder de vista el bosque, abrió el maletero y empezó a coger todo lo que allí había. Con la mayor rapidez que pudo volvió al interior donde Scott y Kaitlyn la esperaban desamparados.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto? —preguntó su hija.

—Vamos a acabar con esa cosa.

Los gritos de Jodie se escuchaban a kilómetros. Sus hijos la observaban con atención, preparados para seguir sus indicaciones.

—¡Vamos, maldito monstruos de mierda! ¡Ven y cómeme! —gritaba mientras alzaba sus brazos y se giraba para no perder de vista ningún lugar por el que pudiera aparecer la bestia. Tenía sujeta en una de sus manos una manta gruesa que siempre llevaban en el coche. Se dio cuenta de que había un ligero rastro de gotas carmesís. La bestia sangraba y ella había sido la causante. No pudo sino sonreír satisfecha. La mejilla la ardía, notaba como la sangre seca tiraba de la delicada piel de su cuello y olía el aroma metálico de esta pero siguió esperando en la nieve a que ese ser diese la cara. Lanzó una mirada de comprobación al coche donde Kaitlyn y Scott esperaban su señal. Su hija asintió con rotundidad. Estaban preparados y ella también.

Oyeron el sonido de las ramas al partirse y Jodie localizó con rapidez de donde provenía. El animal la había visto y se abalanzó hacia ella sin pensarlo dos veces. Ella agarró la manta con ambas manos y la sostuvo

sin moverse un milímetro mientras la gran bestia se acercaba a toda velocidad. Cuando faltaban dos zancadas para que estuviera sobre Jodie, esta se apartó y el ser derrapó en la nieve, intentando que su presa no escapara. Esta vez fue ella quien se lanzó sobre la espalda del monstruo. Cubrió su cabeza con la manta e hizo presión alrededor de los codos del ser para que no pudiera dar zarpazos. Tenía mucha fuerza pero Jodie se aferró a todo lo que la movía para actuar. A sus hijos, a su marido, al día de Navidad, a sus recuerdos y vivencias; la tensión que sus brazos soportaban era inmensa pero sus ansias de vencer eran mayores.

—¡Ahora! —gritó mientras sujetaba a la bestia que no paraba de menear el cuerpo e intentar zafarse de la manta y de su presa.

Kaitlyn abrió la puerta y corrió hacia su madre; arrastraba el pequeño extintor para casos de incendios y el bote de alcohol del botiquín. Unos colmillos amarillentos atravesaron la manta y la rasgaron, ofreciéndole la oportunidad de ver lo que le rodeaba. Scott siguió a su hermana y ambos llegaron hasta allí justo cuando el hocico del animal y parte de su peluda cabeza asomaba entre la tela. La muchacha titubeó.

—Empápale —ordenó Jodie.

Kaitlyn temió mojar también a su madre y que esta saliera ardiendo pero no quedaba más remedio. Tiró el extintor al suelo, quitó el tapón que confinaba el líquido y arrojó todo lo que quedaba sobre la cabeza del ser. Este al notar el fuerte líquido mojando su pelaje se revolvió con mayor fuerza y logró tirar a Jodie a la nieve. Se giró, empeñado en acabar con ella primero. Kaitlyn sacó del bolsillo de su chaqueta el mechero que llevaban en la guantera, un zippo que su padre guardaba para casos de necesidad, lo encendió y acto seguido lo lanzó a la espalda del monstruo. Toda la manta, la nuca y parte de sus brazos comenzaron a arder. Las llamas no tardaron en extenderse hacia su cara y aquel ser no pudo más que revolverse, presa del miedo y el dolor. Jodie se levantó y corrió hacia donde estaban sus hijos, dejando a un lado al ardiente antropomorfo. Al ver cómo sus presas se alejaban, la bestia corrió hacia ellos profiriendo unos espeluznantes rugidos. Scott, notando el pútrido aliento del ser cerniéndose sobre su familia, levantó la pistola de bengalas y mirando de reojo al monstruo disparó. La luz roja centelleó unos instantes entre las llamas. Todo se llenó de humo pero Jodie no se detuvo. Tiró de Scott y los tres se encerraron en el coche.

—¿Le has dado? —preguntó Kaitlyn agitada por la carrera.

—No lo sé.

Observaron el humo que se desplazaba por la nieve hasta los árboles. Cuando el ambiente se despejó pudieron ver en la nieve manchas negras y lo que quedaba de la manta. Nadie se atrevía a decir nada. Allí no estaba el cuerpo del ser, no habían conseguido matarle.

—El plan ha salido como el culo —protestó Kaitlyn—. ¿Y ahora qué?

—Confío en que tu padre llegue antes de que esa cosa vuelva a atacarnos —respondió su madre.

—¿Y si está muerto? —preguntó Scott.

Jodie no podía contemplar esa posibilidad. Howard debía estar vivo, si no nunca saldrían de allí con vida. Acarició las mejillas manchadas de ceniza de su pequeño y negó. Su padre podía ser muchas cosas malas, pero si destacaba por una era el que siempre lograba sacar a su familia adelante, y Jodie se aferró a esa idea con fuerza.

—Lo que daría por estar ahora mismo en casa de los abuelos —murmuró Kaitlyn.

Jodie sonrió. Puede que su hija se esforzara por dar la impresión de ser una persona dura y que no le importaban los demás, pero en el fondo había una personita que amaba a su familia; y que de vez en cuando salía a la superficie.

—¿Qué creéis que habrá cocinado la abuela? —les preguntó a sus hijos para ayudarles a evadirse de la

situación.

—Pavo relleno con ciruelas —soltó Scott emocionado.

—Y ponche de huevo —añadió Kaitlyn riendo.

—Seguro que sí —continuó Jodie—. También galletas de jengibre y…

Su voz se interrumpió al escuchar el estruendo sobre sus cabezas. Las garras del animal estaban arañando el techo del vehículo, el metal chirriaba al pasar sobre él aquel ser. Los niños volvieron a asustarse y Kaitlyn gritó mientras observaban como sobre sus cabezas se hundía la chapa ante el peso de la criatura.

—Quiero que cojas a Scott y salgas por esa puerta en cuanto yo baje del coche. ¿Entiendes?

La muchacha asintió y cuando Jodie se giró hacia el lado opuesto ella le sujetó el antebrazo. Su madre la miró, temerosa.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a vosotros.

Los contempló una última vez y después abrió la puerta con decisión y salió a la calzada nevada, donde el hielo había hecho una capa lo bastante dura como para que Jodie resbalara y cayera al suelo. La bestia la miró. Tenía el hocico, el lateral derecho de su cabeza, los hombros, el pecho y los brazos pelados, su piel se tornaba rojiza y rosácea por las quemaduras. El ojo afectado era una esfera blanca que la miraba sin verla. La bestia volvió a girar sobre el techo produciendo un chirrido insoportable y saltó hacia Jodie. Esta intentó ponerse en pie pero sus pies resbalaban sobre la superficie helada de la calzada y no conseguía levantar el cuerpo. Logró deslizarse unos metros pero las garras de la bestia se clavaban astillando la superficie y permitiéndole aferrarse mejor. Jodie se percató en aquel momento de que bajo el pelaje del pecho había una especie de mamas, como las de una hembra. Lo que le quedaba de pelaje grisáceo estaba cubierto por una capa de copos de nieve. Mientras Jodie intentaba, en vano, escapar la bestia alargó su zarpa hacia ella. La aferró por el abrigo de plumas y la elevó unos centímetros del suelo. Ella tembló de miedo, el aliento pútrido del animal golpeaba su cara y sintió nauseas. El ser gruñía molesto ante los problemas y daños que le habían causado aquellos tres humanos. Alzó la otra extremidad superior para darle un último golpe de gracia a su presa. Jodie pensó en Howard y deseó que, estuviera donde estuviese, no hubiera sucumbido ante aquel horror. Un golpe seco y metálico se escuchó. Kaitlyn estaba justo detrás de la bestia y sostenía entre sus manos el extintor pequeño que había abandonado en la nieve durante el ataque. La criatura se giró para encararla, manteniendo aún elevada a Jodie. Rugió escupiendo hacia la muchacha unas pastosas babas fétidas.

—¡Suelta a mi madre maldito engendro del demonio! —gritó mientras volvía a golpearle en el rostro al ser.

Otro sonido metálico. La bestia se quejó, profiriendo un alarido que se escuchó en la lejanía.

—Deja a mi hija en paz —exigió Jodie alargando su mano derecha y apretando con ahínco el globo ocular sano del animal.

Este se revolvió. Soltó a su presa y se llevó las zarpas al rostro. Kaitlyn corrió hacia su madre, la ayudó a levantarse y cuando volvieron a mirar a la criatura sus miradas se cruzaron. Jodie tiró de su hija y corrió hacia el otro extremo de la calzada mientras la bestia las seguía. Una fuerte luz golpeó a las tres figuras que atravesaban la carretera de lado a lado. El conductor del 4x4 no tuvo tiempo de frenar y chocó contra una de ellas, llevándosela por delante. Pisó el freno pero era inútil, el hielo prolongó el espacio de frenado. Su víctima había caído muerta sobre la calzada congelada.

Del todoterreno bajaron dos personas. Dos hombres. Cuando vieron lo que habían atropellado no daban crédito. Ante ellos una inmensa figura peluda yacía tumbada sin vida. Al observarla con más detenimiento

no pudieron concretar qué era aquello. Después observaron a su alrededor, percatándose por primera vez del estado de la mujer y la muchacha que había a escasos centímetros de la trayectoria del vehículo.

—¿Jodie?, ¿Kaitlyn?, ¿qué ha pasado?

—Papá —gimió su hija levantándose del helado suelo y caminando con torpeza hacia él. Se arrojó a sus brazos y lloró. Ser valiente no tenía nada que ver con llorar o aguantarse las lágrimas, pero era mejor reservarlas para cuando todo hubiera terminado.

—¿Dónde está Scott? —preguntó Howard, desconcertado por lo que estaba viendo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Estoy aquí —gritó el niño mientras corría con pesadez a través de la nieve. Se acercó a su padre y lo abrazó con fuerza; después miró a su hermana—. Ten, estaba en la nieve —dijo tendiéndole el móvil.

Kaitlyn lo cogió entre sus manos enrojecidas y tras mirar el aparato, estrujó al pequeño entre sus brazos. Hacía años que ella no mostraba afecto hacia él y eso hizo sentir muy bien a Scott.

—Jodie —murmuró Howard al ver la sangre de su rostro.

—Estoy bien.

Él avanzó hacia ella y examinó su mejilla rasgada. Jodie miró a su marido. Al final les había salvado; no directamente pero lo había hecho. Notó como algo se revolvía en su interior, algo que llevaba aletargado demasiados años. Su corazón bombeó con fuerza y sus ojos brillaron emocionados. Recordó por qué se había casado con ese olvidadizo y torpe hombre, por qué dijo "Si quiero" a pesar de tener una fabulosa vida que iba a cambiar. Howard era su salvavidas. Siempre lo había sido, desde que cayó del bote al Lago en Central Park y él se zambulló a por ella sin conocerla de nada. Se miraron y en aquel momento Jodie lo besó con fervor, con pasión, como hacía mucho que no le besaba. Howard la rodeó con sus brazos y se fundieron en un candor único.

Harry, el tipo de la gasolinera, ojeó el coche mientras los chicos les contaban lo que había ocurrido. Entre él y Howard arreglaron el monovolumen y, aunque con la carrocería hecha una pena, pudieron reanudar el camino hacia la casa de los abuelos.

Agnes abrió la puerta impaciente. Llevaban horas esperando a su hijo, sus nietos y su nuera que venían de camino. Ella y su marido les habían telefoneado varias veces pero no daban con ellos. Empezaron a temer lo peor, aunque Phillip no paraba de repetir que las malas noticias llegaban antes que las buenas; así que debían estar bien, sino ya se hubieran enterado. Al ver sus caritas relucientes sintió que su inmensa alegría se encogía y se tornaba en preocupación. Tenían muy mal aspecto.

—Hemos tenido un accidente en la carretera, pero estamos bien —explicó Jodie.

Mientras recalentaban la cena, que llevaba esperando bastante tiempo, los muchachos se asearon, curaron sus heridas y bajaron para degustar la exquisita cocina casera en el día de Navidad.

—¿Emily no ha llegado? —preguntó Howard a sus padres.

La anciana alzó la mirada y sonrió afectuosa.

—No, cariño, no. Tu hermana y sus chicos vendrán para año nuevo —explicó la mujer mientras ayudaba a su marido a cortar el pavo relleno de ciruelas.

—Quien sí ha dicho que va a venir es la tía abuela Malorie —añadió Phillip moviendo su canoso bigote.

—¿Quién? —preguntó Kaitlyn, confusa.

—Qué bueno —exclamó entusiasmado Howard.

—Papá, ¿quién viene? —preguntó Scott tirando de la manga del jersey de su padre.

—Verás, es una familiar muy lejana. Tanto que yo sólo la conozco de oídas.

—Sí, hace mucho que se mudó al norte y no habíamos sabido nada de ella en décadas —comentó la abuela.

—Pensamos que podía haber muerto —añadió el abuelo.

Todos se sorprendieron mucho por la noticia. El estar en aquella casa, oliendo la madera y la comida, junto a la gente que querían era el mejor regalo que podían querer por Navidad.

Sonó el timbre y Agnes le cedió el cuchillo a su marido para poder ir a atender la puerta.

—¿Agnes?, ¿Phillip?, ¿estáis ahí? —preguntó una voz rasposa y envejecida, propia de una mujer mayor.

—No te preocupes, mamá, yo abro la puerta —dijo Howard mientras se levantaba.

—Déjalo, voy yo que estoy más cerca de la entrada —insistió Jodie apartando la silla y dirigiéndose al hall.

Abrió la puerta y nada más hacerlo un intenso pinchazo le atravesó el pecho. La enorme figura de una bestia de pelaje cenizo, con parte del cuerpo quemado y un ojo blanquecino la observó mientras exhalaba una bocanada de fétido aliento.

FIN

Aliwento Predilecto

Los copos de nieve caían con parsimonia sobre aquel desolado bosque iluminado por la plateada luna, la cual le daba ciertos reflejos espectrales al panorama. Alexandru, sentado bajo un viejo y raquítico árbol, se frotó las manos con insistencia intentando de calentarlas. Un gélido vaho escapó de su boca e introdujo esta vez las manos debajo de sus axilas buscando conseguir aunque fuera algo de calor.

Sus ojos dulces ojos color caramelo miraron hacia los indicios de las luces del pueblo, escuchando a lo lejos la música festiva la cual denotaba como se celebraba el día de Navidad en ese lugar y la tristeza y un ápice de resentimiento le embargaron. Se suponía que debía ser un día de paz y felicidad pero, ¿qué tenía él? Debía permanecer allí en medio de ese bosque lúgubre, sin osarse siquiera a encender una mísera fogata por el peligro de que quienes estuvieran buscándole podrían encontrarle. Si lo hacía estaría perdido.

Había huido de aquel orfanato en el cual permaneció desde que tenía memoria. Durante años soportó tantos maltratos en aquel lugar en el cual numerosos niños eran abandonados, y a los cuales nadie les importaba. Alexandru aguantó mucho, pero después del día anterior supo que ya era suficiente. A sus quince años desde hacía tiempo venía planeando huir. Aunque buscaba la oportunidad perfecta, y saber adónde iría. Mas los golpes e insultos más intensos de lo usual del día anterior, fueron suficientes como para seguir aguantando.

Ese día cuando les hicieron salir para asistir a la iglesia para dar la impresión de que se "preocupaban por los niños" Alexandru aprovechó un descuido para huir de aquel tormento, refugiándose en el bosque para dificultar el que le encontraran. Sin embargo ahora estaba allí sin un lugar a dónde ir, ni calor, ni más alimento que un pedazo de pan el cual robó por la mañana de la cocina del orfanato.

Sintió su interior apretujarse y el ardor de incipientes lágrimas humedecer sus ojos, pero las contuvo. No iba a llorar cual chiquillo. Debía ser fuerte.

Un tétrico y lastimero aullido rompió la tranquilidad de la noche y un escalofrío le recorrió. ¿Y si un lobo o alguna otra criatura le devoraba?

Se abrazó a sí mismo intentando disimular el leve temblor que comenzaba a apoderarse de su cuerpo. El sonido de pasos acercándose; pisando las ramas y hojas muertas que yacían en el suelo hizo que el temor se acrecentara en él por más que no lo quisiera. ¿Alguien le habría finalmente encontrado o peor aún, sería alguna criatura nocturna del bosque?

Contuvo el aliento al ver cómo una sombra se aproximaba entre los árboles. Pero, cuando surgió de entre ellos un hombre de apariencia elegante y sombría la confusión le inundó. Ese hombre no era como ninguno de los del pueblo. Parecía un perfecto caballero. Con ese cabello oscuro atado en una coleta baja, aquellas facciones masculinas y refinadas y esos ojos de un azul pálido realmente no se parecía a nadie que hubiera visto en su vida.

— Un niño — musitó con curiosidad el hombre enarcando una ceja —. ¿Qué hace un niño cómo tú a estas horas en el bosque? ¿Acaso no te han dicho que es peligroso? — inquirió acercándose a Alexandru.

Alexandru observó al hombre con interés. De repente aquel sujeto le abstraía con su sola presencia. Mas fue el no olvidar todo lo dicho por ese hombre lo que le hizo reaccionar.

— ¡No soy ningún niño! — le espetó indignado —. Tengo quince años.

Una ladina sonrisa se formó en los labios del hombre mientras comenzaba a ver a Alexandru con un repentino y extraño interés.

»¿Y qué hace alguien como tú a estas horas en este lugar? ¿No deberías estar en el pueblo celebrando la Navidad con los demás?

— Y-yo... — no sabía qué responder. ¿Y si por casualidad ese hombre sabía que le estaban buscando y le entregaba?

— O quizás prefieras pasar la noche con las fieras del bosque. No me digas que quizá prefieres ser devorado por ellas.

— No... — musitó con cierto pánico.

—Oh, ¿en serio? — la azulina mirada del hombre escudriñó maliciosamente a Alexandru —. Pero quizás prefieras quedarte aquí que permitir que te invite a pasar la noche en mi hogar.

Alexandru se tornó un tanto dubitativo. ¿Aceptar la propuesta de ese sujeto desconocido salido de la nada en medio de la noche?

Unos tenebrosos sonidos resonaron en el bosque y el ulular de los búhos subió de intensidad haciendo que el cuerpo de Alexandru se tensara de temor. Prefería cualquier cosa que seguir en ese lugar.

— ¡No! Es decir, s-si a usted no le molesta — balbuceó sintiéndose un tanto tonto por su comportamiento.

Los labios del hombre esbozaron una amplia sonrisa y su brazo rodeó los hombros de Alexandru apegándole a su cuerpo con una cercanía que éste sintió sumamente atrayente.

— ¡Por supuesto que no! Al contrario será un verdadero placer —aseguró el hombre y en el fondo Alexandru esperó que esto fuera lo correcto.

***

Alexandru contempló un tanto intimidado la ostentosa y lúgubre mansión de piedra que se alzaba frente a él, ubicada en lo más profundo de aquel bosque. Su pulso se tornó un tanto inquieto al inquirir en la maleza que se enredaba en las estatuas viejas de forma de león amenazante las cuales custodiaban los alrededores del lugar. Y aquellas estatuas fueron la a que le hicieron saber exactamente quién era el hombre a su lado, el cual sabía ahora que se llamaba Beniamin quien le guiaba con una tenue sonrisa dibujada en sus labios hacia la entrada.

Desde pequeño había escuchado aterradores rumores sobre esa mansión. Decían que en lo más profundo del bosque se encontraba el hogar de un cruel y despiadado demonio, el cual devoraba a quien osara acercarse allí. Por eso muchos en el pueblo temían adentrarse en las profundidades de bosque. Pero, si ése era el lugar de tan sórdidas historia entonces, ¿ése hombre que le encontró y ahora le llevaba al interior era aquel demonio al que todos temían?

Un gélido escalofrío ascendió por cada fibra de su ser. ¡¿Sería posible?! Levemente temeroso miró de reojo al hombre a su lado, el cual había colocado el brazo alrededor de los hombros de Alexandru, los finos y largos dedos de Beniamin asiéndole delicadamente el hombro. A pesar de todo no lo parecía. Daba la impresión de no ser más que un hombre normal.

— ¿Qué sucede? — le inquirió con suavidad Beniamin al percatarse de la tensión en el cuerpo de Alexandru y el cómo éste le veía.

— N-nada — balbuceó un tanto temeroso y ligeramente avergonzado del hecho de que Beniamin se hubiera dado cuenta de que pasaba algo con él.

La azulina mirada de Beniamin se tornó algo extrañada.

— ¿De verdad? ¿O será que por casualidad te sientes un poco mal después de haber pasado la noche solo en el bosque? No te preocupes. Pronto te ofreceré algo de comer y un lugar para dormir — ronroneó acariciando el rizado cabello color trigo de Alexandru, y ante esto una repentina calma comenzó a invadirle.

¿Por qué debía sentir miedo de ese hombre? A pesar de todo sólo parecía un solitario. Quizá lo que decían en el pueblo no eran más que mentiras y supersticiones. Ese hombre no parecía en lo absoluto un demonio. Y por ello se dejó guiar sumisamente al interior, con la esperanza en su interior de que Beniamin le diese el alimento y el lecho prometidos.

Mientras se adentraba junto a Beniamin en la propiedad Alexandru observó con curiosidad e interés las viejas pinturas que colgaban de las paredes, iluminadas por la luz mortecina de los candelabros. Los paisajes representados eran tan oscuros y siniestros que a pesar de lo que se dijo a sí mismo de no temer a Beniamin ni a ese lugar, estos cuadros le intimidaron un poco. Pero, cuando al caminar por uno de los amplios pasillos y estando a punto de entrar a una de las estancias Alexandru miró un nuevo cuadro esta vez sus ojos se abrieron con sorpresa y sintió sus mejillas arder ligeramente. Aquella obra representaba a un par de cuerpos masculinos en una escena insinuantemente erótica.

¿Por qué Beniamin tenía algo así y que fuesen dos hombres?

«¿Dos hombres? ¿Algo así es correcto?»

Según sabía una cosa así sólo podía ser entre un hombre y una mujer, mas esa imagen se grababa en su mente profundamente.

— ¿Te gusta? — inquirió Beniamin en un ronroneó el cual hizo salir a Alexandru de su abstracción mental.

Las Alexandru mejillas ardieron con aún más intensidad al ser atrapado interesado de esa manera en ese cuadro y no pudo contestar ya que la vergüenza le inundó a tal punto que balbuceó murmullos ininteligibles.

Beniamin rió suave y brevemente ante la actitud de Alexandru se acercó al rostro de éste.

— No tienes de qué preocuparte. Además, ¿te cuento un secreto? Ése cuadro es mi favorito — le confesó con una voz teñida de un dejo de sensualidad, la cual agitó por un instante el interior de Alexandru.

Beniamin se apartó de Alexandru mirando a éste con cierta diversión, haciendo entrar a Alexandru a una amplia habitación iluminada por velas.

»Aquí podrás descansar. Enseguida te traeré algo de comer — dijo Beniamin sonriente conduciendo a Alexandru para que se sentara sobre el lecho, para luego con una expresión amable salir de la estancia. Y Alexandru quedó esperando allí, con cierta confusión sobre la actitud de ese hombre y la forma en la cual hacía reaccionar su ser.

***

Alexandru observaba a través de la ventana con curiosidad el bosque. Los árboles y maleza que rodeaban a la propiedad parecían ser más frondosos, además de que daban la impresión de ahora rodear aún más la propiedad como si estuvieran cercándola.

«Qué extraño»

Frunció el ceño pero luego resopló alejándose de la ventana y yendo hacia el lecho, acostándose boca abajo en éste, cerrando los ojos ante el placer de poder descansar en aquella cama. De repente el suave sonido de un lamento un tanto escalofriante se filtró en sus oídos haciéndole dar un respingo y abrir sus ojos, y al hacerlo observó como de la pared del lado izquierdo de la cama parecía emerger una sombra de un rostro difuso en un rictus de agonía. Un jadeo horrorizado escapó de su garganta y se levantó sobresaltado, terminando por trastabillar y caer al suelo.

«¡¿Qué fue eso!?»

Con suma cautela y sintiendo el corazón agitado, Alexandru tomó el valor para volver a ver a aquella pared percatándose de cómo esta vez no había nada en lo absoluto.

Se frotó los ojos confundido. ¿Ya estaba comenzando a imaginar cosas? ¿Sería a causa del sueño y el hambre? Su estómago gruñó y una mueca se formó en el rostro de Alexandru. Sí, quizás estaba comenzando a imaginar cosas.

— ¿Sucede algo?

Alexandru profirió un pequeño grito de susto ante esa voz. Pero se calmó al casi enseguida reconocerla, por lo cual se giró encontrándose con que Beniamin se encontraba cerca de la puerta con una bandeja en su mano. Beniamin había llegado tan imprevisto que le había asustado después de ver lo que vio en esa pared. Aunque, no podía decirle a Beniamin que la razón de su grito era a causa de que le pareció haber visto algo "extraño"; un fantasma quizá. No, no le diría eso. Quedaría como un niño pequeño al cual le teme la oscuridad y estar solo.

— Nada... Es sólo que creí haber vis... — Alexandru se calló enseguida al percatarse de lo que estaba a punto de decir.

»Nada — aseguró en un susurro.

— ¿Nada? ¿Estás seguro? — inquirió Beniamin enarcando una ceja, y yendo cerca de la cama, depositando la bandeja en una mesilla cercana.

»Está bien — asintió al ver que Alexandru no daba indicios de querer dar alguna explicación más —Pero olvidemos eso. Ven, come — le dijo haciendo un ademán con la mano a Alexandru para que comiera.

Alexandru se olvidó de cualquier otra cosa apenas contempló los alimentos ya que su estómago empezó a gruñir con impaciencia. Desde la mañana no había comido, y para él aquella pieza de pan duro que llevó todo el trayecto consigo no contaba como comida.

— Gracias — le sonrió suavemente a Beniamin acercándose con entusiasmo hacia la bandeja, tomándola y dirigiéndose a sentarse sobre la cama con la bandeja sobre sus piernas, contemplando atentamente el plato de guiso, el pan y los apetitosos bocadillos los cuales le incitaron a comer con sumo entusiasmo olvidándose de todo lo demás hasta que sintió la mirada de Beniamin intensamente fija en él. Tragó un último bocado y levantó la vista, percatándose de cómo Beniamin a un lado de él le miraba con diversión ante su hambrienta actitud.

— Perdón — musitó un tanto avergonzado haciendo la bandeja con lo poco que quedaba a un lado.

Beniamin rió negando con la cabeza.

— No te preocupes. Ya imaginaba lo hambriento que debías estar — hizo un ademán con la mano desestimando la importancia del asunto.

»Ahora. ¿No te apetecería asearte un poco antes de descansar? — le señaló las manos y Alexandru se miró las manos que se encontraban sucias, retorciéndolas un poco buscando esconderlas.

Ni se había percatado de que había comido así por lo cual buscó esconder sus manos pero Beniamin se lo impidió agarrándoselas.

— No te avergüences. Mejor, ¿deseas acompañarme al baño? Una piel tan suave como la tuya no debería estar tan sucia — ronroneó acariciando con su pulgar el dorso de la mano y fijando sus pupilas en Alexandru con una intensidad la cual estremeció a éste.

¿Por qué Beniamin le miraba así? ¿Qué tenía Beniamin que su mirada parecía absorberle?

— ¿Por dónde es? — inquirió algo cohibido ante la cercanía y la forma en la cual le veía Beniamin.

— Sígueme. El baño de mi habitación siempre está preparado por las noches — le sonrió tomándole de la mano y haciendo que Alexandru le siguiera.

Alexandru se dejó llevar por el largo pasillo hasta una habitación al final a la cual Beniamin le animó a entrar llevándole directo al baño de la estancia. Alexandru inquirió en el amplio lugar, especialmente en la bañera llena de agua de la cual emanaba un tenue aroma cítrico como una especie de perfume.

Sintió las manos de Beniamin sobre él buscando despojarle de su vieja camisa y Alexandru se tensó girándose rápidamente hacia Beniamin.

— ¿Qué haces?

Beniamin enarcó una ceja.

— Ayudarte a desvestirte. ¿O es que acaso sueles bañarte con la ropa puesta? — ronroneó con una expresión ladina acercando su rostro a Alexandru tanto que éste podía sentir la respiración de Beniamin.

Ante aquello Alexandru sintió un incipiente revoloteo en su interior.

— No — contestó en casi un murmullo percibiendo su propio corazón acelerado ante esa cercanía, ante esos ojos azul pálido que parecían embrujarle.

Los labios de Beniamin se curvaron en una sonrisa mientras proseguía esta vez sin interrupción por parte de Alexandru, con la tarea de desvestir a éste, quien se dejaba sumisamente.

Un brillo de deseo se instaló en las pupilas de Beniamin al contemplar finalmente el cuerpo de Alexandru completamente desnudo. Éste tragó saliva ante la forma en la cual le miraba Beniamin. ¿Por qué los ojos de Beniamin le recorrían de esa manera? ¿Por qué dejaba que ese hombre le mirara y estuviera tan cerca de él de esa forma? ¿Acaso algo así no era incorrecto?

Todos sus cuestionamientos fueron desvaneciéndose cuando Beniamin colocó la mano en su espalda desnuda haciéndole un ademán de que entrara en la bañera, y Alexandru se estremeció ante el contacto de esa mano fría sobre su piel desnuda.

Alexandru entró en la bañera, cerrando los ojos y casi gimiendo de placer al sentir la cálida temperatura del agua la cual relajaba su cansado cuerpo. Mas cuando una esponja comenzó a frotar con delicadeza su cuello y espalda Alexandru dio un ligero respingo abriendo los ojos.

— Sólo estoy haciendo que te sientas bien — le comentó con naturalidad Beniamin siguiendo con su labor. Sin embargo en sus ojos el deseo se había acrecentado.

Alexandru dudó un segundo pero aquello se sentía tan bien que enseguida volvió a cerrar los ojos intentando relajarse. Un leve estremecimiento recorrió a Alexandru cuando esta vez la esponja serpenteó un camino desde la mitad de su espalda hasta su pecho, concentrándose en sus pezones de una manera que comenzaba a ser deliciosa, y cuando esta vez además de la esponja fueron unos dedos los que pellizcaron sus pezones para después frotarlos con fruición un gemido nunca antes escuchado ni por él mismo salir de su propia boca escapó de sus labios.

Alexandru vio a Beniamin como buscando qué significaban las acciones de éste, pero Beniamin simplemente seguía con la misma expresión en su rostro, y esta vez la mano de éste fue deslizándose con parsimonia hacia el vientre de Alexandru haciendo que una repentina ola de calor le asaltara. ¿Por qué de repente empezaba a sentir su piel arder especialmente donde le tocaba Beniamin, sobre todo en su entrepierna donde ahora la mano de Beniamin se acercaba peligrosamente?

—¿Te gusta? — inquirió Beniamin en un susurro malicioso cuando llegó hasta su miembro comenzando a acariciarle provocativamente, jugando con el glande con insistencia.

Alexandru no pudo contestar; un sonoro gemido brotó de su garganta a la vez que supo lo que buscaba Beniamin con tocarle de esa manera: ¡era algo parecido a lo que se suponía que debían hacer los hombres y mujeres al ser una pareja?

¿Hacer algo así entre dos hombres acaso no era algo indebido? De esa forma le habían enseñado, mas el cómo le acariciaba Beniamin despertaba sensaciones tan exquisitas en él que le hacía pensar que algo así no podía ser tan malo. Quería que Beniamin siguiera, quería más de aquello, quería quedarse por siempre en ese lugar a salvo de quienes le buscaban preocupándose sólo por conseguir más de lo que causaba Beniamin en él.

— Sí. Esto te gusta mucho — susurró Beniamin contra su oído, acariciando con sus fríos labios su oreja y luego parte de su cuello logrando que un escalofrío recorriera a Alexandru. Pero cuando las manos de Beniamin abandonaron sus atenciones en él un lastimero quejido de protesta escapó de sus labios.

Beniamin profirió una suave risilla.

— ¿Qué sucede? ¿No quieres que me detenga?

— No — negó en un jadeo con un ápice de desesperación.

Sentía su cuerpo hervir y su miembro se encontraba sumamente endurecido ante las anteriores atenciones de Beniamin. No deseaba que éste se detuviera. Ya no pensaba en nada más que no fuera que necesitaba que Beniamin siguiera con sus acciones.

— No te preocupes. Te daré más y más — su voz se volvió un susurro sensual a la vez que acercaba su rostro al de Alexandru —. Hasta que el placer te convierta en el alimento más delicioso que pueda tener en mucho tiempo — acarició el pecho de Alexandru en un roce libidinoso —. Pero primero debemos terminar de bañarte, ¿no crees? — su mano hizo un ademán hacia la esponja la cual yacía ahora flotando en la superficie del agua —. Y después te mostraré el absoluto placer..., y la verdad sobre mi ser.

Alexandru no comprendió qué quería decir Beniamin con aquello último, mas cuando Beniamin regresó a su tarea de frotarle con la esponja Alexandru dejó de pensar en cualquier otra cosa, permitiéndole a Beniamin ayudar a asearle en medio de ocasionales caricias lujuriosas las cuales encendían su ser. Y cuando Beniamin terminó con esto su cuerpo se encontraba afiebrado por las ansias de que Beniamin continuara. Por ello no se opuso al momento en el cual Beniamin le alzó, cargándole mientras le acariciaba y apretujaba sus redondas nalgas, hasta salir del baño y depositarle sobre el lecho de la habitación con Alexandru aún un tanto mojado.

Beniamin contempló de pie frente a la cama a Alexandru, quien yacía de espaldas sobre el lecho. El

húmedo y rizado cabello de éste se encontraba desordenado y sus ojos inundados por una bruma de deseo; pequeñas gotitas de agua acariciaban esa blanca y tierna piel y su pene se erguía emanando líquido preseminal de la rojiza punta cual manjar tentador. Ante este cuadro la expresión de Beniamin se tornó depredadora.

Beniamin se cernió sobre Alexandru mientras se despojaba de su ropa, y éste suspiró con placer ante la sensación de las desnudas pieles rozándose. Los labios de Beniamin reclamaron los de Alexandru por primera vez y este disfrutó aquel ósculo que le iba dominando y subiendo de intensidad. Beniamin rompió el beso y su boca recorrió el cuello de Alexandru, deslizándose por su pecho hasta toparse con uno de los pezones de éste, lamiéndolo y mordisqueándolo suavemente con verdadero deleite, ante lo cual Beniamin profirió un pequeño gemido. Las manos de Beniamin acariciaban los muslos y los glúteos de Alexandru a la vez que su boca proseguía su camino más y más abajo, y el aliento de Alexandru se atascó en su garganta ver a Beniamin llegar frente a su pene.

Jadeó y se retorció cuando la cálida humedad de la boca de Beniamin engulló su miembro. No sabía que un hombre le podía hacer algo así a otro hombre, ni que esto se sentiría tan bien. Repentinamente Beniamin abandonó su pene y Alexandru se lamentó. Pero cuando sintió la serpentina lengua de Beniamin tanteando su ano un ápice de sorpresa le inundó. ¿Qué iba a hacer Beniamin allí? Aquella pecaminosa lengua comenzó a moverse, explorando sus pliegues con delicadeza, comenzando a adentrarse en su virginal interior creándole incipiente bruma de éxtasis, la cual aumentó con una mano de Beniamin jugueteando con sus testículos y pene alternamente a la vez que seguía con aquella lengua deslizándose cual serpiente lujuriosa en su interior.

—Beniamin — gimió atormentado por la bruma sexual.

En medio de todo esto un escalofriante lamento llegó a sus oídos, el cual le erizó. Sin embargo cuando un dedo se sumó a su interior creándole un ápice de incomodidad y acostumbrándole hasta rozar un punto dentro de él que le hizo jadear de placer, no prestó atención a nada más. Beniamin se apartó de él ante lo cual estuvo a punto de quejarse, mas no lo hizo al Beniamin volver a cernirse sobre él besándole con pasión mientras se acomodaba entre sus piernas. Se tensó ligeramente al sentir el pene de Beniamin empezar a adentrarse en él con parsimonia.

— Relájate, dulce Alexandru. Ábrete para mí — dijo al oído de Alexandru con una sensualidad la cual le embriagó.

El lujurioso calor le envolvía a medida que las embestidas aumentaban, aferrándose a la espalda de Beniamin y gimiendo con mayor fuerza en el instante en el cual las estocadas rozaron nuevamente aquel lugar dentro de él insistentemente. Una fría mano se deslizó hacia su miembro y el éxtasis estalló en él, sintiendo como Beniamin embestía erráticamente en su interior hasta llenarle con cálido semen.

Su respiración era agitada y los últimos espasmos del orgasmo le recorrían mientras Beniamin salía de él. Yaciendo con los ojos cerrados su mente daba tantas vueltas. Nunca creyó tener una experiencia así, y sinceramente esperaba volver a repetirla, más que eso, anhelaba que alguien como Beniamin le dejara quedarse a su lado. Y al pensar en esto último a pesar del inmenso placer sentido recientemente su corazón se encogió un poco. ¿Beniamin le permitiría algo así?

—Amo el placer. Éste hace que mi alimento se vuelva aún más delicioso — estas palabras fueron dichas en un susurro espeluznante.

Abrió los ojos desconcertado y al hacerlo el horror le inundó. La habitación ya no era la misma de antes, ahora era una estancia cuyas paredes se encontraban llenas de sombras oscuras y rostros fantasmagóricos los cuales parecían tener vida propia. Sin embargo lo más aterrador era que sobre él ya no se encontraba el mismo Beniamin de antes. El rostro de éste había adquirido una apariencia demoníaca mientras que en sus manos los dedos se habían alargado y unas uñas largas y filosas las adornaban.

Un grito escapó de su garganta a la vez que intentó alejarse de allí, pero una mano de aquella criatura asió su cuello clavando sus uñas en éste casi al punto de romper la carne. La criatura sonrió mostrando una hilera de filosos dientes y lágrimas de miedo y angustia inundaron la mirada de Alexandru.

— ¿Tienes miedo? Qué bien. Después del placer también amo el sabor del temor en mis víctimas — se relamió los labios dejando ver una larga lengua para acto seguido exponer el cuello de Alexandru y abalanzarse sobre éste desgarrándolo, tornando todo en una lluvia de líquido carmesí al empezar a alimentarse de la sangre, de la carne, de las entrañas; deleitándose con el sabor.

Amaba ese tipo de víctimas. Lástima que eran tan escasas. La mayoría de las ocasiones debía conformarse con los incautos de otros poblados que se perdían en aquel bosque, atrayéndoles hasta allí donde la vida de éstos alimentaba y fortalecía tanto a él como a ese sitio. Aquellas personas poseían aquel delicioso sabor del intenso miedo el cual le excitaba, aunque para él no había nada como el sabor de una vida recién entregada al placer teñida luego por el terror. Aquello era algo sublime. Por ello esta vez no podía estar más satisfecho. Esa noche había encontrado su alimento predilecto.

FIN

Campada de fin de año

Estábamos contentos, en el trabajo nos dieron unos días de asueto por fin de año... podríamos descansar, platicando con los compañeros de a donde ir y pensando que la playa estaba a solo dos horas de la ciudad, pero como serian días en que la playa esta a repleta así que pensamos que hacer para salir de la ciudad y poder divertirnos... nos juntamos en la tarde fuera del trabajo... tendríamos cuatro días para descansar así que entre cervezas, cigarros y platica nos juntamos Luisa, Antonio, Raúl, Miriam, Alison, Rodolfo, Lilly, Roxana y yo. (Rodolfo era algo raro, le gustaban cosas de ocultismo, y brujería… pero siempre lo tomamos a juego, ya que era como cualquiera de nosotros, no era diferente, pero siempre bromeaba con esas cosas) viendo posibilidades decidimos irnos a la sierra ahí cerca del aserradero, y nos fuimos para preparar las cosas para salir al día siguiente en la madrugada... quedamos de juntarnos a las 4 am. Afuera del trabajo para salir de ahí Ya que serian 4 horas de camino.

Al día siguiente ya con los víveres y las tiendas de campaña así como todo para pasar esos días de maravilla en la sierra, antes de partir sentimos un viento extremadamente helado ya que era pleno invierno, el cual nos hizo pensar en no ir pero ya juntos partimos con rumbo a san Pedro mártir...

Pasadas las ocho después de llegar al aserradero nos seguimos hasta una cabaña que conocía Raúl y que podríamos dejar los carros ahí... recogiendo todo Alison y luisa llevaron cámaras para grabar parte de nuestra aventura... y entre broma y risas avanzamos los seis kilómetros que nos faltaban para llegar cerca de pico de cóndor y hacer el campamento cerca de la caída de agua...

Durante el camino íbamos sintiendo algo raro, como si algo no estuviera bien, comentándolo, de pronto vimos de reojo que algo se movió entre los árboles y matorrales, no le dimos importancia. Después las diez de la mañana llegamos y comenzamos a bromear y jugar en el río así como descansar del viaje en carro y dos horas de caminata comentando entre nosotros lo raro que era que se sintiera que nos miraban desde los arboles…. Pasado el mediodía comenzamos a armar las tiendas de campaña y a acomodar todo para la noche…

Antonio, Alison, Lilly y yo nos quedamos armando las casas de campaña ya que teníamos algo de experiencia, de pronto, escuchamos una risa infantil que venía entre los arboles detuvimos lo que estábamos haciendo y miramos para todo el paisaje alrededor, no viendo nada anormal… el resto fueron a buscar leña y a cazar con un arco pequeñas presas para cenar… la tarde transcurrió y en la comida, platicando lo del día los que fueron a la leña comentaron que escucharon la risa también, y que vieron un caballo negro que los miraba a distancia entre los árboles, y los que fueron de cacería comentaron que vieron un lobo demasiado grande que los merodeaba, pero que quisieron lanzarle una flecha cuando se alejo, asi que no le dieron más importancia, pero lo curioso es que aquí no hay lobos. Restando algo de importancia y comentando que era la falta de costumbre y que por eso imaginábamos cosas que no eran, encendimos fuego, y preparamos las liebres que se cazaron para la cena… después de cenar y estar un rato en el fuego, entre la plática y platica, recordamos a compañeros, unos gemelos que habían muerto en forma trágica solo un mes antes en un accidente de tránsi-

to… eran Erick y Martha, a quienes les gustaba el camping, y que contaba unas historias muy aterradoras…

Ya entrada la noche nos pusimos a platicar de cosas sin importancia… a Roxana, se le ocurrió que comenzáramos a contar cuentos de miedo… por alguna razón nos acordamos de los gemelos, otra vez y que les hubiera gustado acompañarnos, en ese momento se escucho un susurro que nadie entendió y pensamos era el viento, después comenzamos con las historias de terror que nos conocíamos: Luisa y Lilly contaron la leyenda de la llorona, Roxana conto la de la carreta de la muerte, asistida por Antonio, Raúl, Luisa y Lilly contaron Historias de ovnis, y Alison, Miriam, Rodolfo y yo contamos la historia de el niño blanco… casi se dieron las doce… los teléfonos por lo retirados que estábamos del aserradero y poblado alguno, no tenían señal… pero tenían la hora y tomábamos fotos con ellos unos de otros…

a Rodolfo se le ocurrió que hiciéramos el juego de la copa, y entre bromas fue a su mochila y saco el juego, dijo que lo llevo para entretenernos un rato…al principio algo desconcertados todos porque no pensamos que hubiese traído algo así, pero ya animados acomodamos la tabla que traía a un lado de la hoguera y comenzamos a jugar, mas como broma que como cosa seria… la copa se comenzó a mover por la tabla en ocho, y creyendo que estaba alguien bromeando, nos reímos y la copa comenzó a formar palabras… lo primero que puso fue: ¨NO SE RÍAN¨ por lo que nos quedamos serios, viéndonos unos a otros, un aire frío para la temporada comenzó a correr por el lugar, Roxana y Alison se pusieron nerviosas ya que nunca lo habían jugado, viéndonos unos a otros, fuimos quitando la mano de la copa quedando solo ellas con la mano en la copa porque ellas tenían los ojos cerrados, pero la copa se siguió moviendo….

Tranquilizándonos un poco, volvimos a poner las manos y a hacer preguntas usuales, casi siempre contestando ¨el teléfono¨, solo en la última pregunta, que Luisa realizo: quien eres, y que quieres?? Contesto: “soy todos y ninguno, y haré realidad sus sueños” por lo que dejamos el juego a un lado… enfadados de lo mismo, pero con temor por la respuesta.

Siendo casi la una y platicando sobre lo que paso, los ruidos del bosque que son usuales se dejaron de escuchar, comenzamos a sentir que alguien nos miraba entre los arboles… Antonio, Raúl y yo, tomamos las lámparas y los cuchillos de campo, y comenzamos a buscar entre los arboles cercanos, pensando que alguien mas había ahí, mientras Rodolfo, con el arco en la mano y con una flecha puesta estaba listo para cualquier cosa con las chicas, no hallando nada solo un búho que salió de pronto y me saco un susto enorme y los gritos de las chicas al ver la acción, todos comenzamos a reír, y decidimos irnos a descansar…

A la mañana siguiente, casi todos nos levantamos como a las nueve, y saliendo de las tiendas de campaña, vimos que las Roxana y Luisa ya tenían desayuno hecho lo que en serio agradecimos, desayunamos y bromeamos comenzamos a pasear por el área en que estábamos, todo el día estuvimos paseando en grupo, aunque de repente nos molestaba esa sensación de que alguien mas estaba con nosotros ahí en el bosque. Por la tarde ya teníamos lo que cenaríamos listo y bastante leña para la fogata.

Po la tarde, mientras encendíamos el fuego se escucho un ruido por los arboles y vimos que era un lobo, pensamos que era el mismo de el día anterior así que solo lo asustamos y se fue pero llamo mi atención que se le veían los ojos rojos y lo comente a Rodolfo, al que note algo nervioso. Nada me contesto y haciendo un gesto a sonrisa, alrededor del fuego volvimos a contar las historias y dijimos que el juego de la copa lo volveríamos a jugar pero ahora pondríamos reglas al juego solo cuatro estarían con la copa, y uno anotando y los demás solo viendo para divertirnos, el juego esta vez si estuvo entretenido, solo que de vez en vez ponía “el teléfono” lo que nos desconcertaba y así pasaron un par de horas ya siendo las diez, nos puso “cuidado”, nos llamo la atención, entonces escuchamos como un zumbido a lo lejos y volteamos al cielo ya que vimos unas luces que se detuvieron pegadas a la cascada, no eran normales ni naturales, duraron como un minuto, Miriam y Luisa les tomaron fotos con el celular, y con la cámara de vídeo, ese día algo cansados, decidimos acostarnos temprano, pero luisa y Lilly, dijeron que no tenían sueño y que se quedarían en la fogata un rato mas, estaban platicando, de pronto del lado del rio se escucho un grito desgarrador, lastimero que nos despertó a todos en el campamento… saliendo de las tiendas las vimos que estaban abrazadas y viendo hacia el rio, salimos y vimos a alguien que se movía por el otro lado del rio apenas lo alcanzábamos a distinguir con la luz de las lámparas que llevábamos, de pronto al pasar por un matorral, desapareció a la vez que se volvía a escuchar ese grito que parecía que venía de todas partes y de ninguna a la vez… como si viniera de nuestras cabeza, viéndonos unos

a otros, todos nos acercamos al río con las lámparas y buscando huellas no encontramos nada… nos quedamos despiertos y avivamos el fuego, nerviosos por lo pasado, platicando de lo sucedido y tranquilizando a las muchachas, nos quedamos todos fuera de las casas de campaña y quedamos de hacer guardias para cuidarnos…

Ya no sucedió nada esa noche, Por la mañana, después de alistarnos, limpiarnos y desayunar, recorrimos el río hacia la cascada, esta se encuentra más o menos a un kilómetro de donde estaba el campamento, no encontramos huellas de personas, y en el pie de la cascada encontramos los arboles con las copas ligeramente tostadas, no le dimos mayor importancia. Riendo dijimos "ovnis"... ahí quedo todo, cazamos y nos devolvimos al campamento, el resto del día entre platica y juegos así como pensando de repente en lo que paso la noche anterior, ya las chicas se encontraban nerviosas y querían regresarse, pero las convencimos de quedarnos el día que nos faltaba antes de volver a la ciudad, no muy de acuerdo aceptaron y comenzamos a divertirnos… por la tarde temprano volvimos a jugar el juego de la copa, ellas no querían al principio alegando que por eso estaban pasando las cosas, pero las convencimos que no tenía nada que ver, y así divirtiéndonos, en la última pregunta volvió a poner en la respuesta "el teléfono", esta vez nos sorprendió a todos porque el teléfono de Luisa comenzó a sonar, y viéndonos unos a otros ella lo tomo de la mochila, viendo que era un numero privado, contestando –bueno— y al tiempo que se ponía pálida y soltando el teléfono se puso a llorar, de inmediato Roxana tomo el teléfono y poniéndolo en el oído y colgó viéndonos a todos dijo que no había tono… volteamos con luisa y asustada dijo que era la voz de Erick, (uno de los gemelos que murieron trágicamente).

Rodolfo dijo –tranquila, solo lo has de haber imaginado, es imposible Erick, murió el mes pasado—

Lucia con las manos en el rostro llorando dijo: — era él, todos los días hablábamos por teléfono, le conozco la voz—

Estábamos tranquilizándonos unos a otros cuando la copa que estábamos usando comenzó a moverse sola poniendo solo "si"… se escucho una especie de siseo pero fuerte ya que nos hizo voltear a la tabla, y viéndola, comenzó a sonar el teléfono de Raúl, y viéndonos unos a otros Raúl lo tomo y contestando, dijo: — Martha??—, (la otra gemela), Raúl había sido su pareja por poco tiempo antes de morir… se puso pálido y colgó el teléfono estando todos viéndolo, Alison le pregunta— que pasa—

Raúl dijo con el rostro pálido – me dijo que me ama desde donde esta—

ya eran casi las nueve de la noche, ellas estaban entrando en pánico, y querían irse de ahí pero les hicimos ver que nos perderíamos en la noche si nos aventurábamos así… tranquilizándose un poco acordamos apagar los teléfonos, que ellas durmieran todas juntas en la tienda de Rodolfo que era la más grande y nosotros nos quedaríamos despiertos para cuidarlas… siendo las doce tuvimos la sensación que alguien nos observaba y quedándose Rodolfo y Antonio ahí, Raúl y yo, nos separamos un poco y comenzamos a buscar entre los árboles, de pronto todos los teléfonos comenzaron a sonar, corrimos a ver y todos tenían "numero privado" de donde se había marcado, con el miedo en los ojos de todos les quitamos las baterías y nos acomodamos a cuidar a las muchachas. Ellas con el ruido de los celulares, se despertaron y quedaron despiertas con nosotros, le echamos más leña a la fogata, para tener más visión del área donde estábamos…

Como a la once y media comenzamos a escuchar el relinchido y el golpeteo de los cascos de un caballo y el crujir de unas ruedas entre piedras y vimos todos sorprendidos como entre los arboles venia una calesa antigua, algo que no era posible ya que estábamos muy retirado de todo lugar, en medio de la nada en la montaña, lo más cercano está a seis kilómetros y está sola la cabaña, llego a unos veinte metros de nosotros. Y con el corazón a punto de reventar vimos que se abrió la puerta, nadie la iba conduciendo, todos vimos una sombra que se bajo de la calesa, Antonio y Roxana corrieron entre gritos cayendo unos metros delante de nosotros junto al río, entre sorprendidos y horrorizados vimos que la sombra se subió a la calesa y se alejo de ahí, no comprendimos lo que pasaba… ellas comenzaron a llorar, y todos entramos en crisis, sudábamos en frío… el corazón se me saldría del pecho… corrimos ante Antonio y Roxana, estaban muertos con una mueca de horror en el rostro, no sabíamos que hacer, y al ver el reloj solo era la una con cuarenta y nueve… no sabíamos que hacer…. Entonces Rodolfo comenzó a gritar que eso era su culpa, que el lo traía… entre llanto y gritos tratamos de calmarlo y nos contó que el día que salimos hacia ahí, el en la noche realizo un ritual que encontró en Internet para atraer a los elementales del bosque y que nos cuidara, pero que se estaba dando cuenta que

no era así y que estábamos llamando a los entes más fuertes de los cuentos que contamos atravez de la copa.

Controlando los nervios por lo que nos decía y al ver a nuestros amigos muertos sin saber el motivo, los tomamos y quedamos de dejarlos en una tienda y por la mañana ir a los carros y dar aviso… nos metimos en la tienda de campaña, la más grande, y cerramos todo, quedándonos dormidos por un rato… como a las tres de la mañana, escuchamos un zumbido ensordecedor y comenzamos a ver luces sobre nosotros, creyendo que era un helicóptero, tratamos de salir pero en los reflejos de la manta de la tienda de campaña había sombras que no parecían humanas, desesperados ,Raúl, Luisa, y Lilly,. Salieron de la tienda corriendo, las luces eran muy cegadoras, no podíamos ver bien a mas de tres metros, pero los oíamos gritar que los soltaran… de pronto el zumbido, las luces y los seres que veíamos que se movían alrededor de la tienda desaparecieron, así como se escucha, solo desaparecieron. y cegados por la luz tardamos un par de minutos para ver bien… los buscamos gritándoles solo escuchando el silencio de la montaña… asustados Alison, Miriam, Rodolfo y yo. Llorando ellas de terror y sin saber qué hacer, tomamos la decisión de irnos con rumbo a la cabaña, en medio de la sierra y sin saber exactamente la dirección, pero sabíamos que era para donde íbamos, habiendo avanzado como un kilómetro vi la hora, eran las tres veinte de la mañana, pensando en que ya pronto amanecería, seguimos avanzando.

De pronto comenzamos a escuchar una risa infantil entre los arboles era la risa de un niño… tomándonos de las manos y echando las luces alrededor de nosotros entre los árboles, y con la cámara de Alison, que tenia visión nocturna, íbamos avanzando, de pronto Alison se detuvo y echando la luz a su rostro vimos que tenía una mueca de pánico, y señalando atrás de nosotros nos dijo con la voz entrecortada… —el… el niño— a la vez que escuchamos una risa tras de nosotros, volteando y echando la luz no lo veíamos pero Alison si por la pequeña pantalla de la cámara, entonces vimos por la pantalla y si lo vimos un niño de blanco y como de unos seis o siete años, pero los ojos los vimos que los tenia brillantes y de pronto vimos como se transformo en un ser horripilante a la vez que su risa se fue haciendo un gruñido agudo.. Rodolfo salió corriendo y gritando no… no…no, pero adelante se escucho un grito suyo de dolor y una carcajada aterradora, así como un relinchar de caballo, en ese momento Perdimos la conciencia.

Desperté en la mañana, me encontraba lejos de cualquier lugar, y lejos de la ruta y lugar donde estábamos, comencé a caminar y pase cuatro días caminando sin poder llegar a ningún lado, no sabía nada de Alison, Rodolfo o Miriam, cuando fui encontrado por un guardabosque, que me llevo a la ciudad, donde me encuentro hoy, los oficiales me dicen que Alison y Miriam, fueron encontradas una al día siguiente pero a cien kilómetros de donde estábamos y la otra un día antes que a mí, pero cerca de un poblado a sesenta kilómetros de distancia que no saben cómo llegaron ahí, y yo tampoco en el campamento se encontraron los cuerpos de Antonio y Roxana, me dijeron que murieron de miedo, y los demás no los encuentran tampoco huellas o marcas, no se sabe nada de ellos…

Yo me encuentro en calidad de detenido por averiguación del paradero de mis amigos…. No me creen lo de las luces y lo demás… tengo una semana detenido y siguen preguntándome lo mismo… donde esta? donde se fueron?? Ellas no pueden decir nada se encuentran con la mente en blanco no distinguen o conocen nada ni a nadie… solo ellas pueden decir que no miento.

Las cámaras de Alison y Luisa fueron encontradas, y los teléfonos no tienen llamadas registradas, no sé qué está pasando y siento que me vuelvo loco, en las noches, sueño lo que paso… veo los ojos de el niño blanco, y tras de él una especie de lobo enorme con las fauces abiertas y los ojos como brazas y en mi cabeza retumban los gritos de mis amigos…. Y todo por culpa de Rodolfo el cual tampoco fue encontrado… ayer encontraron la cámara, lejos de donde había dicho, estaba destrozada pero la memoria bien… me llamaron para ver el vídeo y tratar de explicar lo que había ahí, ya que se veía las luces de la cascada, así como lo curioso es que en muchas escenas a lo lejos se veía que alguien mas estaba ahí, que se movía entre nosotros, que entre los árboles o tras de arbustos se veía que nos miraban, en muchas escenas se mira pero no se distinguen bien, no recuerdo haberlos visto, lo que si es que la grabación se escucha que alguien más habla pero no se entiende, como un susurro, pero da en cierto modo una explicación a lo que vimos, al final del video se ve a este niño cuando se transforma en un ser inexplicable, como un tipo de lobo, y como nos ataca, y por alguna razón recordé los cuentos que contamos, la carreta de la muerte, el niño blanco, la llorona, lo ovnis, no sé porque

pero los cuentos se hicieron realidad, la otra cámara la encontraron en el campamento pero no habían podido recuperar la grabación en ella hasta ese día en que mire los vídeos, se ve a seres que no sé como describirlos ya que parecen lagartos semi—humanos, los que se llevaron a mis amigos, en medio de las luces, se escuchan los gritos de todos y un lenguaje que desconocemos y no supimos que decían todo estaba borroso, los ingenieros recuperaron solo parte de el vídeo…

Alison y Miriam están en el manicomio, Roxana y Antonio, muertos, los demás nadie sabe solo desaparecieron… me atormenta el terror en las noches, es por eso que dejo esta carta para contar lo que nos paso, he decidido acabar con mi sufrimiento acabando con mis pesadillas, en esta noche de fin de año… termino con mis miedos y voy con mis amigos.

FIN

Silenciosa Navidad

Seguía el camino entre los adoquines del piso, seguía escurriendo dejando un rastro pegajoso y viscoso. Llegó al borde y comenzó a escurrir hacia abajo lentamente hasta formar una gran gota y caer. Así siguió goteando hasta formar un charco en el piso de abajo, casi frente a la puerta.

Cuando Andrea entró el reloj marcaba las 11:00, una hora para la cena de navidad, la oscuridad en la parte inferior apenas la dejaba ver pues solo estaba prendida la del segundo piso, por eso no alcanzó a ver la sangre del suelo. Fue indiferente hacia la cocina, prendió la luz y dejó su celular sin pila en la mesa junto a las cosas que compro para la ensalada. Al ir de salida antes de apagar el interruptor se percató de la mancha en el suelo, se acercó y lanzó un grito horrorizada al comprobar lo que era. No había rastro de dónde pudiera venir la sangre hasta que calló en la cuenta que debía venir del piso donde la luz estaba prendida. Subió las escaleras con un nudo en la garganta y pegada a la pared, mientras subía le comenzaba a recorrer un escalofrío por la espalda y las piernas se le entumecían, le sudaba la frente y ya no sentía los brazos. Al terminar de subir las escaleras tomó aire y se armó de valor para voltear a ver la zona de donde debería de provenir la sangre, encontró a su papá tirado en el suelo con sangre saliendo de su boca. Andrea evitó entrar en shock para poder salvar a su padre, su único acompañante.

Bajo corriendo las escaleras, aun con el enorme esfuerzo que hizo por no quedar paralizada su corazón estaba acelerado y tenía la respiración entrecortada, hiperventilaba y sus manos temblaban mucho. Con todo eso llegó a la cocina para tomar su celular, no podía siquiera presionar el botón para desbloquearlo y cuando lo hizo al ver que no pasaba nada recordó que se había quedado sin batería. Lo dejo caer sin entender lo que hacía y salió a la calle, pero por la hora era de esperarse que todos estuvieran en su casa listos para empezar la cena. Corrió hasta la puerta de sus vecinos y toco frenéticamente sin recibir respuesta, se asomó por la ventana y veía mucha luz, su desesperación iba en aumento y por lo tanto no se daba cuenta de lo que pasaba.

A las 11:00 los vecinos de Andrea y su padre estaban listos para comenzar a hacer lo que acostumbraban a las 12 del día 24. Los dos niños (como de costumbre) jugaban con su consola mientras su madre (como de costumbre) los regañaba diciéndoles que dejaran de jugar y bajaran a ayudar a poner la mesa, su madre era un apóstol de la puntualidad. El padre estaba sentado en su sillón bebiendo una copa de vino mientras gruñía que no lo dejaban escuchar la televisión con el grito que tenían en la otra habitación. La madre corría de un lado a otro como las amas de casa que hacen todo al mismo tiempo, regañaba a los niños, limpiaba la mesa, revisaba la comida del horno, le comentaba a su marido que debía estar al pendiente cuando los niños durmieran para bajar los regalos, y mensajeaba con su amiga sobre por qué no había llegado aun si ya faltaba tan poco para la hora de cenar.

Al tener que sacar la comida del horno grito a su marido para que le ayudara pues era una bandeja muy pesada y no podía sola, el hombre no acudió a su llamado y ella enojada fue hasta su lugar a exigirle que bajara el volumen de la tele y que fuera a ayudarla. Le palpitaba la cabeza y veía un poco nublado, comenzó a decirse

a si misma que debía tomar un descanso de tanto descontrol que había en su casa, "un día de estos me matarán de un coraje" era su frase favorita. Cerca de llegar a la puerta de la sala comenzó a tambalearse y las piernas le flaqueaban, quiso hablar pero las palabras no salieron de su boca, comenzó a desesperarse e intento gritar aun con más fuerza, alcanzó a abrir la puerta con la esperanza que su esposo la viera o escuchara pero apenas giro la chapa calló al piso. Alcanzó a abrir los ojos antes de desmayarse y cuatro cosas pasaron fugazmente por su cabeza, cada una peor que la otra: la primera, la copa de su esposo estaba tirada en el piso, rota y su mano colgaba en el sillón sin oponerle fuerza a la gravedad; la segunda, no escuchaba a sus hijos desde hace un buen momento; la tercera, vio un hilillo de sangre proveniente de su boca; y cuarta y más preocupante aún, había dejado el trapo para sacar la charola dentro del horno.

Cuando Carol llegó le entro miedo de ver a una mujer asomada por la ventana de la casa de su amiga, pero más miedo le dio darse cuenta de lo que sucedía dentro de la casa, había fuego, algo se quemaba. Carol bajo rápidamente del coche y quiso llamar a la mujer que golpeaba la puerta pero esta no escuchaba, tuvo que acercarse con el mayor cuidado posible para evitar que esta mujer dejara de golpear la puerta y la comenzara a golpear a ella. Le tocó el hombro y la mujer volteó, tenía la mirada de un maniaco y su respiración estaba muy acelerada. Carol comenzó a hablar con ella para tranquilizarla y la mujer comenzó a gritarle que no podía tranquilizarse pues su padre podría estar muerto. Carol sacó el celular, y marcó primero al número de emergencias para que fuera una ambulancia y así poder tranquilizar a la otra mujer, pero nadie contestaba la llamada. Marcó entonces a los bomberos pero tampoco encontró respuesta. Carol intentando ser más cuerda y ya viendo un poco más en sus sentidos a Andrea decidió que debían ir a la estación de bomberos y después al hospital (el primero se encontraba en el camino rumbo al hospital).

Al ir manejando se dieron cuenta que el pueblo se escuchaba muy silencioso, sin el bullicio que solía acompañarla. Muy pocas personas en la calle pero esas personas iban con rumbo a sus casas, casas que estaban silenciosas.

Entre más se acercaban al hospital más ansiosa se veía Andrea, Carol sabía que de haber encontrado a su papá como Andrea le dijo que encontró al suyo, quizá estaría más histérica que ella. El camino transcurrió con un silencio muy incómodo y acentuaba el silencio perturbador del pueblo.

Llegando primero a la estación de bomberos toco el claxon en repetidas ocasiones, pero nadie salió. Decidieron no perder tiempo y bajar personalmente a avisar de la casa incendiándose, pero al entrar vieron que todos los hombres estaban en el suelo y Andrea soltó un grito aterrador al darse cuenta que todos los hombres tenían sangre saliendo de su boca, igual que su padre.

Subieron al auto en silencio y con el temor que en el hospital, donde tampoco habían contestado la llamada estuvieran en la misma situación que en la estación de bomberos. Andrea cada vez se sentía peor y Carol intentaba parecer tranquila aunque por dentro estaba igual o peor que Andrea de alterada.

Era un pueblo pequeño, tenía un hospital, una estación de bomberos, una de policías, un centro comercial, había un parque y la mayoría eran casas y negocios de consumo.

Ninguna de las dos mujeres entendía qué estaba sucediendo y ninguna de las dos mujeres sabía (ni quería comprobar) si los hombres (y el papá de Andrea) seguían con vida o estaban muertos.

Cuando llegaron al hospital Carol paró con miedo el auto y ambas bajaron no muy convencidas, no querían comprobar lo que sospechaban, les aterraba pensar que el hospital estuviera igual que la estación de bomberos, que la casa de Andrea y probablemente como la casa de la amiga de Carol. Abrieron con mucho temor la puerta y ya ni un grito surgió de ellas, solo la ansiedad de ver exactamente el hospital que todo lo demás, con las recepcionistas recargadas de sus escritorios, con doctores y enfermeras en el suelo y muy probablemente con personas descansando plácidamente en sus camas con una mancha de sangre a la altura de la boca. El panorama era tétrico, todo estaba en el suelo con excepción de los árboles de navidad, era lo único que permanecía de pie.

Salieron sin saber a dónde ir o que hacer, las luces brillaban en todas las casas y en algunos lugares se

escuchaba lúgubremente algún villancico tocado por las guías con sonido. Caminaron, ya no querían seguir sentadas, necesitaban caminar, aclarar sus ideas y permanecer juntar. A pesar de ir todo el camino en silencio y solo haber platicado en el momento que se conocieron las dos se sentían a salvo una con la otra, mientras hubiera alguien más a su lado la demencia no las alcanzaría, no caerían ante el hecho de ver tanta gente probablemente muerta.

Mientras caminaban fueron dándose cuenta que había más gente en las calles y por sus expresiones habían pasado por situaciones parecidas a las de ellas. Comenzaron todos a aglomerarse en la plaza, la poca gente que estaba aun caminando en lo que ya parecía ser un pueblo fantasma. Ya nadie gritaba, todos estaban conscientes de lo que sucedía y el silencio reinaba aun cuando casi un centenar de personas estaban reunidos en el mismo lugar. No había ni luz ni ruido, solo el silencio ensordecedor y las luces del enorme pino que estaba en el centro de la plaza.

La plaza comenzó a llenarse y el frío que estuvo haciendo toda la noche comenzó a disminuir por el calor corporal de la multitud. Todos se miraban unos a otros y solo veían resignación y sufrimiento. Algunos con lágrimas resbalando por sus mejillas, otro aun con la tez blanca pero todos conscientes, todos sabiendo lo qué había ocurrido aunque sin saber cómo había ocurrido.

Un anciano se le acercó a Andrea y le ofreció un café que traía en la mano, ella acepto aunque no tenía ganas de ingerir nada en esos momentos. El anciano tenía lágrimas en los ojos y le contó a Andrea lo que él había pasado.

Vivía solo con su esposa y su nieto quería pasar la primer navidad con ellos, el hijo de los señores y su esposa decidieron que si el niño quería ellos podían aprovechar ese día para pasar una navidad tranquila sin tanto festejo, y sería perfecto para ponerle los regalos bajo el pino sin que el niño se diera cuenta. Así que el niño fue a la casa de sus abuelos desde temprano y (según contaba el anciano) seguía ahí con su abuela cuando él salió a caminar un momento como cada noche. Cuando regresó a la casa antes de abrir escuchó mucho silencio y comenzó a sentirse incomodo, no sabía que sucedía en realidad pero el presentía algo malo. Cuando entró vio lo peor que había visto en toda su vida, encontró a su esposa tirada junto a la puerta con sangre derramada bajo su cabeza, grito para ver dónde estaba el niño y si él estaba bien, sintió que la vida se le escapaba y pensó que alguien había entrado a robar y había matado a su esposa, él no había podido detenerlos y esperaba que su nieto estuviera escondido en alguna parte de la casa. Mientras contaba esto el anciano lloraba como un pequeño, las arrugas en su rostro de formaban canales de lágrimas mientras proseguía. Subió las escaleras con el corazón en la mano buscando a su nieto, implorando que él siguiera vivo y que el sufrimiento no fuera el doble de fuerte de lo que era ya en ese momento. Gritó por toda la casa y su nieto no apareció, no salió de ningún escondite secreto y entre más gritaba más dolor sentía y más desesperación. Bajo tambaleándose y caminó hacía la cocina, el niño de 12 años estaba ahí, con una sartén en la mano, su brazo húmedo y con ampollas, el anciano supuso que estaba por apagar la lumbre cuando todo ocurrió, después del terror que le propinó ver el brazo de su nieto se dio cuenta de otra cosa, tenía sangre del mismo modo que su esposa.

En ese punto el anciano se quebró y rompió en llanto, no se podía controlar y Andrea solo pudo observarlo, no sabía qué hacer, nunca tuvo contacto con sus abuelos y no sabía cómo tratar a un anciano.

Y a pesar de escuchar la historia del anciano y bastantes historias más no podía dejar de preguntarse "¿por qué estas personas murieron?"

Entre el ahora murmullo que se había creado en la plaza la ciudad ya no estaba tan silenciosa y la gente comenzaba a consolarse mutuamente las pérdidas que habían tenido. El sufrimiento rondaba la plaza, se sentía un aire sombrío y triste, y no era para menos, en el poblado todos habían muerto, solo quedaba ese puñado de gente que muchos ni se conocían entre ellos. La mayoría quedaron solos, sin un solo ser querido con el cual estar, solo ese montón de gente que a casi las doce de la noche del día 24 de diciembre eran su única compañía y el único recordatorio que no eran los únicos que estaban vivos.

Todos al salir de sus casas y al encontrar a los muertos habían creído que todo mundo había muerto, que todos se habían extinto por algún mal chiste de la existencia.

La plaza era el punto en que todos habían encontrado esperanza, donde se sintieron menos acabados, donde encontraron personas con sufrimiento parecido y a pesar de tener pocos minutos ahí todos se sentían un poco más reconfortados.

Los murmullos iban disminuyendo conforme pasaba el tiempo, todos se daban cuenta que habían pasado situaciones similares y casi todos habían contado por lo menos una vez lo que cada quién había visto.

Justo cuando el silencio comenzaba a reinar en la plaza una sonora y escalofriante carcajada que irrumpió de manera contrastante con el ambiente que reinaba. Las farolas de la calle por la que venía le daban al personaje un aspecto lúgubre. Caminaba tambaleando por la risa, agarrándose el estómago y parecía como si secara lágrimas de sus ojos. Hablaba en voz baja con su voz chillona, nadie distinguía sus palabras, eran inconexas y sin sentido.

Mientras se acercaba el hombrecito escucharon palabra vagas que se fueron aclarando mientras caminaba.

El hombre trabajaba en la tienda comercial y todos lo conocían, se llamaba Jorge, vivía a dos cuadras de su trabajo y generalmente saludaba a todos amablemente. Lo primero que pensó Andrea fue que había quedado traumado por lo sucedido esa noche, pero rápidamente descartó la idea al recordar que Jorge vivía solo y sus padres habían muerto cuando él tenía 7 años.

Los padres de Jorge habían tenido problemas cuando él era pequeño, pero era muy chico para recordarlo, cuando él tenía 3 años sus papás se separaron y apenas cuando llegó a tener 5 ellos se volvieron a juntar. Su mamá había tenido un novio al cual Jorge no quería por no ser su papá. Vivió con su papá la mayoría del tiempo en que sus padres estuvieron separados. La unión que tenía con su papá era muy notable pues aun después de que se volvieran a unir prefería pasar más tiempo con él que con su mamá. Después de la unión pasaron menos de 2 años juntos antes del accidente, un día antes de navidad iban camino a su casa, Jorge había decidido quedarse viendo televisión y los papás solo iban a la tienda a comprar cosas para la cena. Justo en la esquina de su casa un autobús perdió el control por la nieve y atropelló a la pareja. El niño vivió hasta los 20 años con una tía que decidió llevárselo de ahí, pero cuando ella falleció por la edad el ahora joven regresó a vivir en la casa en que sus padres habían vivido sus últimos días.

Andrea decidió hablarle para ver en que podía ayudarlo, le gritó un par de veces pero no hizo caso, la gente que estaba a su alrededor se dio cuenta de lo que intentaba y comenzaron a llamar también al joven. Cuando éste se dio cuenta que había más gente y que además le hablaban comenzó a reír más fuerte, con una frenesí casi imposible. Las personas que estaban ahí comenzaron a apartarse por el miedo y el escalofrío que ocasionaba la risa, Andrea en cambio se acercó cautelosamente y tratando de tranquilizarlo, quería saber qué pasaba y porqué estaba en ese estado. Carol la vio acercarse al joven y le gritó, pero Andrea no le hizo caso, entonces corrió hacia ella para acompañarla y que no estuviera sola con Jorge.

Jorge seguía delirando y diciendo cosas sin sentido, parecía que no veía que Andrea se acercaba y hasta que ella le puso la mano en el hombro él reaccionó. Andrea intentaba tranquilizarlo, darle consuelo, pero él no decía nada, ella se sentía cansada, empezaba a sentir que el cuerpo le pesaba pero quería seguir apoyando al joven que acababa de ver.

Jorge con una sonrisa en el rostro le dijo "¿lo sientes?" ella no entendía pero comenzaba a marearse y se tambaleó, entonces volvió a insistir "¿lo sientes verdad?" mientras sus ojos se desorbitaban y su sonrisa se hacía más amplia "yo también lo siento, y se siente bien".

Andrea calló y Carol soltó un chillido fugaz, se tapó la boca y vio que a la mujer que había conocido poco tiempo antes comenzaba a salirle sangre de la boca. Comenzó a gritarle a Jorge qué le había hecho y el solo sonreía y se tambaleaba. Carol volteó a la plaza y vio que la gente comenzaba a caer y otro tanto gritaba, corría sangre de la boca de las personas en el piso y los demás intentaban alejarse lo más posible con horror y asco. Carol salió del trance que le ocasionó ver a la gente de la plaza cayendo, gritando y llorando cuando escuchó una nueva carcajada que venía detrás de ella. Jorge se doblaba de la risa y comenzaba a toser.

"Es el aire ¿no lo sientes? Es el aire alrededor del pino, duré muchos años pensando cómo era posible

matarlo y por fin lo encontré, intoxicando los pinos, nunca lo iba a imaginar."

Carol no sabía de qué hablaba pero mientras lo decía su sonrisa se iba distorsionando hacia algo escalofriante. Carol comenzó a marearse y veía borroso pero alcanzaba a escuchar.

"Creyó que se escaparía de mi pero no pudo. Mi papá no me creyó o quizá me creyó pero no hizo nada. Yo no lo podía dejar así, mi papá era un débil, supuso que me hacía un bien, pero no era así, debió vengarse pero no lo hizo, y ahora lo he hecho yo. Le conté todo a mi papá, yo vi cómo mi mamá lo besaba, vi cómo le tocaba las mejillas, yo no quise salir, pude espantarlo pero era muy pequeño, tenía 6 años. Mi papá debió hacer esto, pero por fin yo termine haciéndolo, por fin morirá. Por fin pude vengarme de Santa Claus."

Eso fue lo último que dijo antes de caer, la sangre comenzó a rodar por el pavimento y nadie escuchó sus últimas palabras, el silencio estaba en su esplendor nuevamente, no había nadie de pie, no había nadie vivo.

FIN

Navidad carwesi

Malorie se encontraba frente a la ventana, miraba con ilusión como los copos de nieve caían en el exterior junto a su hermana Julie. Ambas cruzaron miradas a la vez que se sonreían pensando lo mismo.

—¡Mamá! —llamó Malorie gritando hacia la cocina—. ¿Podemos salir fuera a jugar con la nieve?

—Vale, pero abrigaros bien que no quiero pasarme todas las navidades con vosotras dos enfermas —contestó Sussan saliendo de la cocina.

Era el día 24 de diciembre, la víspera de navidad, y como cada año toda la familia había acudido a la casa de los abuelos para cenar y pasar allí la noche, para madrugar y que las niñas abrieran sus regalos. Esas dos preciosas criaturas apenas habían cumplido los 7 años y eran cómo dos gotas de agua, mellizas.

Se pusieron a toda prisa los abrigos y las bufandas, y salieron corriendo con una felicidad inmensa al jardín que estaba cubierto por un palmo de nieve. Malorie le tiró una bola de nieve que impactó en el abrigo de su hermana. Julie respondió a su vez con otra y así pasaron un buen rato jugando y riendo. Decidieron hacer un muñeco de nieve como era costumbre. Poco a poco fue tomando forma, o al menos algo de forma, mientras apilaban nieve con sus pequeñas manitas. Después de un rato contemplaron su creación, satisfechas. No era el mejor muñeco, ni el más proporcionado, de hecho parecía una masa un tanto amorfa de nieve con un par de ramitas por brazos, pero a ellas les pareció genial.

—¡Hay que ponerle nombre! —dijo Julie.

—Déjame pensar —contestó Malorie—. ¿Qué tal Señor Bong?

—¿Señor Bong? —replicó su hermana extrañada.

—Se me ha ocurrido sin pensar —indicó sonriendo.

Pero Julie no estaba atendiéndola ya, miraba con cara de miedo hacia una zona del jardín lejana que estaba sumida entre las sombras de la noche.

—¿Qué pasa? —preguntó a esta.

—¿No lo ves? —respondió en susurros—. Hay alguien ahí, entre los arbustos.

La niña miró en la misma dirección y entonces lo vio. No se distinguía quién era pero había una figura parada allí en medio, mirándolas. Parecía un hombre y no hacía nada, no se movía, no hablaba, nada, tan solo las miraba desde la oscuridad. A las niñas comenzó a entrarles miedo, no sabían por qué pero algo en aquel hombre les infundió terror, retrocedieron hacia la casa sin apartar sus ojitos de él. Entonces echaron a correr y

cuando llegaron a la puerta de la casa miraron de nuevo para ver si las seguía observando, pero allí no había nadie. Entraron deprisa en la casa y volaron hacia la cocina buscando la protección de los mayores.

—¡Mamá! —dijo Julie al entrar en la cocina—. ¡Hemos visto a alguien ahí fuera!

—Sí, y parecía un hombre malo, como los de las películas— agregó Malorie apoyando a su hermana.

—¿En serio? —preguntó Sussan con tono preocupado mientras acariciaba las cabezas de las niñas.

—Iré a echar un ojo —repuso el abuelo acercándose a la ventana.

Se acercó a la ventana y apoyando en el marco sus arrugadas manos, escrutó la fría oscuridad. Tras un rato observando el exterior añadió:

—Yo no veo a nadie. Puede que fuera alguna sombra causada por un árbol o alguien que pasaba por allí.

—¡Pero lo hemos visto! —protestó Julie.

—Bueno, vale ya, niñas —sentenció la madre—. Iros a lavar la manos que ya esta lista la cena.

Ambas hicieron un mohín y obedecieron de mala gana. Fueron trotando hasta el lavabo donde comenzaron a frotarse las manitas con el jabón como su madre les había enseñado hacía unos años.

—Yo lo he visto —murmuró Malorie—. Había un hombre y nos estaba mirando.

—Ya lo sé, los mayores nunca nos creen cuando les decimos algo. ¿Y si quería hacernos daño? —preguntó Julie con tono de indignación.

—¿Crees que nos quería hacer daño? —inquirió con tono de alarma su hermana.

—No sé —respondió con preocupación—. Pero tranquila, si viene papá y el abuelo nos protegerán.

—¡Sí!, ¡además el abuelo tiene una escopeta en su dormitorio!

Ambas salieron y se acomodaron en la mesa mientras su madre y su abuela servían la cena. El olor de la comida inundaba la estancia abriendo su apetito. Frente a ellas el pavo al tomillo, las patatas asadas, y la langosta tenían un aspecto fabuloso. Su padre y su abuelo se frotaban las manos ante tal manjar. La felicidad inundó la estancia y la cena fue entrañable. No sabían que en ese mismo instante una figura les observaba desde el exterior, envidiándoles, odiándoles.

Después de los primeros platos llegó el postre, lo que entusiasmo a las niñas. Dulces de varios tipos chocolate caliente y una copa de coñac o anís para los adultos. Tiempo después de acabada la cena la familia se fue adormilando, la noche había avanzado ya bastante y se dispusieron a acostarse. Las niñas no querían irse a la cama, pues deseaban ver como Santa les dejaba sus regalos entrando por la chimenea.

—Mis niñas —indicó la abuela acariciándolas—, si no os acostáis Santa no vendrá. Ya sabéis que no podéis verle. Mañana nos levantaremos pronto y abriremos los regalos mientras desayunáis, ¿de acuerdo?

—Vale… —dijeron ambas arrastrando la letra A.

—Así me gusta, que seáis buenas chicas —contestó la nana satisfecha besando sus frentes.

Las niñas se despidieron de Thomas, su abuelo, y Frank, su padre, con sendos besos y abrazos. El primero jugueteó intentando morder a una de ellas hasta que la dentadura postiza acabó en el suelo, lo que provocó una oleada de risotadas. Luego, la madre y la abuela, acompañaron a las pequeñas a su cuarto donde las acostaron y las arroparon. No había en ese momento niñas más felices sobre la faz de la tierra. Después de besarlas ambas salieron de la habitación y apagaron la luz.

—¿Qué crees que nos traerá Santa? —preguntó Malorie mirando en la oscuridad hacia su hermana.

—Yo le pedí en mi carta la muñeca Daisy y su casa de campo —contestó Julie con esperanza.

—Este año he sido buena, espero que a mí me traiga los muñecos de aventuras en Funny Lands —dijo con entusiasmo.

—Seguro que a nuestro vecino Tim le traen carbón —indicó riendo.

—Es un niño muy malo —añadió riéndose también ante la idea—, ¡me tiró barro al pelo el otro día!

—A mi me metió una cucaracha muerta en la mochila.

Después de un rato hablando, poco a poco, el sopor se hizo dueño de ellas y se fueron apagando con lentitud hasta que el único sonido audible en la habitación fueron sus acompasadas y apacibles respiraciones. Mientras tanto, sus padres colocaban sigilosamente bajo el árbol de navidad los regalos que tenían escondidos. Habían hecho malabares para que las niñas no descubrieran el engaño y no vieran los paquetes que contenían lo que pidieron.

—Ojala fuéramos otra vez niños —dijo la abuela con nostalgia—, sin preocupaciones, llenos de ilusión…

—¡Y sin reuma! —añadió el abuelo—, ni dentaduras postizas.

—Ya… ¡Lo que vosotros queréis es que os regalemos juguetes como a las niñas! —dijo el padre riéndose.

—Voy a salir un momento a sacar la basura, vosotros iros a la cama que tu madre se encarga de lo que falta —dijo Thomas.

Los padres de las niñas se despidieron y se fueron acostar. El abuelo besó a su mujer y salió con la bolsa de desperdicios al exterior. Hacía mucho frío y la nieve cubría todo el jardín. Comenzó a caminar atravesando la parcela. La había construido él y se sentía orgulloso de ello. Arbustos, un camino de piedras, césped y enanos de cemento pintados con colores alegres, todo hecho con duro esfuerzo y dedicación. Mientras dejaba la basura sacó un cigarrillo, que tenía escondido para que su esposa no lo descubriera, y lo encendió. A pesar de su avanzada edad y achaques se negaba a dejar fumar; de vez en cuando y siempre a escondidas, fumaba alguno, en contra de la recomendación del médico.

Mientras daba caladas disfrutaba de la apacible y fría noche navideña, entonces escuchó un ruido en el jardín. Miró en la dirección de la que provenía, esperando ver a alguna ardilla o comadreja husmeando por allí. Pero no vio nada, aspiró por última vez el cigarro y lo tiró al cubo. En ese momento oyó de nuevo otro sonido, esta vez provenía de otra parte de la parcela. Thomas, extrañado, fue en busca de lo que fuera que estuviera haciendo aquel sonido. Por algún motivo algo le cosquilleaba en el estómago, haciéndole sentir inquieto. Y entonces descubrió una pequeña nube de vaho exhalada por una respiración entre los arbustos, escrutó las sombras pero estaba demasiado oscuro.

—¿Quién está ahí? —preguntó con voz autoritaria—. ¡Sé que estás ahí!, ¡sal!

Pero nadie salió, ni se volvió a escuchar ningún sonido. El abuelo, al cabo de un rato, desistió creyendo que se lo había imaginado todo y se volvió caminando hacia la casa. Mientras andaba sintió de pronto una mano tapándole la boca desde atrás y una punzada de dolor que le atravesó el cuello. No consiguió verle pero si notó su respiración en el oído y la terrible presa que le hacía mientras ahondaba más su cuchillo en su garganta. Thomas percibió como la sangre caliente le caía por el cuello, empapándole la camisa. El asesino extrajo el arma de su cuello y comenzó a asestarle cuchilladas en el pecho con furia mientras lo mantenía agarrado con el otro brazo. La vida se le escapó con cada puñalada y cuando dio el último suspiro el atacante lo arrastró en silencio y lo escondió entre los matorrales.

—Feliz navidad —susurró con voz alegre.

El asesino limpió el cuchillo sobre la camisa del muerto y se acercó con sigilo a la casa. Escrutó el interior a través de la ventana y contempló a su próxima víctima. La abuela se encontraba sola en el salón junto al árbol, una presa fácil, luego se encargaría del resto. Con precaución, giró el pomo de la puerta y se deslizó al interior. Se asomó por el pasillo y observó a la mujer de espaldas; notó su propio pulso acelerándose por la emoción. Avanzó con pasos amortiguados y en ese momento escuchó ruido en el lavabo. Se acercó con sumo cuidado y echó un vistazo a la sala; la joven mujer estaba dormida en la cama, así que dedujo que el hombre que quedaba era el que estaba en el baño. Decidió ir primero a por él pues era la mayor amenaza. Entornó la puerta de la habitación para que no se despertara y se aproximó al baño que estaba abierto. El salón quedaba retirado por lo que la anciana no oiría nada. El hombre cepillaba sus dientes con tranquilidad, el asesino se deslizó como una sombra, lo agarró por detrás y comenzó a asfixiarle haciendo presa con su antebrazo. Frank tenía fuerza pero no más que el asesino que apretó con toda la furia que bullía en su interior. Intentó liberarse, el dentífrico resbalaba de su boca manchando el brazo de su atacante pero fue en vano, pataleó, intentó gritar sin éxito y al final se fue apagando poco a poco hasta que se desmayó y murió en silencio. En ese momento el asesino se levanto triunfal; los dos hombres ya estaba muertos y ahora podía comenzar la autentica diversión. Después de tantos preparativos, tantas horas observando y eligiendo a su objetivo todo estaba saliendo a la perfección.

Malorie se despertó con un sobresalto, había tenido un mal sueño y respiraba con agitación. Recordó que era navidad y, con una sonrisa y los nervios apretándole el estomago, zarandeó a su hermana. Julie se desperezó y se frotó la cara con gesto de sueño.

—¡Despierta! —soltó la niña mientras continuaba moviéndola —, ¡seguro que Santa ya nos ha dejado los regalos!

—¡Sí! —dijo Julie destapándose, aún medio dormida, y saltando de la cama.

Ambas corrieron hacia la puerta de su cuarto y salieron. Fueron trotando por el pasillo, sus desnudos pies producían un sonido suave sobre la maderas del suelo, y se detuvieron en seco en el umbral de la entrada al salón. Las niñas percibieron que algo no iba bien. Un hombre estaba agachado de espaldas a ellas manipulando algo. No era su padre, tenía el pelo rubio y vestía con un típico jersey navideño de punto con diseños de ciervos y arbolitos bordados. Julie de las chicas preguntó:

—¿Quién eres?

El hombre se dio la vuelta despacio mientras se erguía. Las pequeñas emitieron un pequeño gemido de miedo al verle el rostro, estaba ensangrentado y una mueca de locura atravesaba su cara. Entonces se percataron que en el suelo estaba su abuela muy rígida y con un charco de sangre alrededor de su cuerpo. Profirieron un grito terrible mezcla de pánico, desesperación y angustia. El asesino sonrió y comenzó a avanzar con lentitud hacia ellas. Algo llamó la atención de él que, al girarse, vio como la madre se abalanzaba encima suyo. Esta intentó golpearle sin éxito y después forcejear un rato la arrastró del pelo hacia el salón y la golpeó repetidas veces. Acto seguido cogió el cable de las luces navideñas que cubrían el árbol y la ató a la silla con las manos en la espalda mientras la mujer no dejaba de gritar pidiendo auxilio a los vecinos. Después fue a por las niñas, repitió la operación con ellas y las ató también. El agudo chillido de las pequeñas desquiciaba al hombre, y este aumentaba su volumen al ver a su abuelita muerta en el suelo.

—¿Por qué nos haces esto? —preguntó la madre llorando de desesperación—. ¡Deja que las niñas se marchen!

—¡No me digas lo que tengo que hacer zorra! —gritó el asesino acercándole el cuchillo a la cara.

—¡Solo son niñas! ¡Por Dios! —balbució de nuevo.

—No metas a Dios en esto, él no tiene nada que ver —contestó sin mostrar ni un ápice de duda.

—¡No te hemos hecho nada! —dijo furiosa mientras continuaba llorando.

—Yo también era un niño cuando el destino decidió que yo no tenía derecho a tener una infancia feliz —comenzó el asesino—. Tenía seis años. Mi padre acostumbraba a beber hasta caerse borracho. Cuando bebía le gustaba humillarme, me decía que era un mierdecilla, que me odiaba y que era la causa de que él le diera palizas a mi madre. Ella tenía que maquillarse para disimular los moretones —mientras hablaba comenzó a recorrer a zancadas la estancia con furia—. Luego empezó a golpearme a mí, le gustaba azotarme con el cinturón hasta que me hacía sangrar. En la noche de navidad se mascaba la tragedia en el ambiente, mi padre había llegado a casa ebrio, más que de costumbre. Yo me encontraba jugando con el único regalo que mi madre había podido comprar, estábamos arruinados por culpa de mi padre. Era un coche de juguete, mis padres nunca me lo escondieron bajo el árbol mientras dormía como a vosotras —dijo dirigiéndose a las niñas—. Mi padre no lo permitía, ni siquiera teníamos uno. Entonces, cuando me vio con el cochecito, mi padre me lo quitó, lo estrelló contra la pared y la emprendió a golpes conmigo. Mi madre intentó evitarlo y entonces todo paso muy rápido —contuvo el aliento mientras les daba la espalda a sus presas—. Él la mató ante mis ojos, con un cuchillo, vi como su sangre se extendía por el salón igual que vosotras con vuestra abuelita. A mí me dio tal paliza que me dejó inconsciente. Cuando desperté horas después mi padre estaba tirado en su habitación, se había vomitado encima y todavía tenía la sangre de mi madre seca en las manos. Yo fui hasta el cuerpo de ella y la contemplé. Parecía irreal. Yo debería haberme sentido triste o desesperado, pero no fue así. No sentía nada, tan solo absoluta indiferencia. Cuando pasé al lado del cuarto donde estaba tumbado él una nausea me asaltó de pronto. Sentía un brutal y puro asco hacia la persona de mi progenitor. El único impulso que me pareció lógico en aquel momento fue el de matarle —sentenció con una perturbadora sonrisa—. Así que cogí el mismo cuchillo que había usado para asesinar a mi madre y le rajé la garganta.

—Siento mucho todo lo que te pasó de pequeño —dijo Sussan intentando razonar con él—. Pero que tiene que ver todo eso con nosotros. No tenemos la culpa de lo que te sucedió.

—¡No intentes ser condescendiente conmigo! —gritó con furia—. Eso no os va a librar de vuestro destino. Después de lo que sucedió, sufrí una transformación. Desde ese momento ya no he sido capaz de sentir nada, salvo una cosa. Deseos de matar, acabar con personas que han tenido todo aquello que a mí se me negó, familias felices. Odio a los que son como vosotros, siempre alegres, sonrientes, me dais asco.

—¿Pero por qué? —dijo sin comprender.

—¡No hay un por qué! —dijo acercándosele mucho—. Es lo único que me hace tener algún tipo de sentimiento. Cada año elijo a una familia feliz, la observo durante los meses previos a la noche de navidad y entonces, en ese día, conmemoro la fecha en la que toda mi vida quedó destruida.

Sussan había comprendido que tendría que hacer algo si quería salvar a sus hijas y así misma. Aprovechando el monólogo del asesino esta había conseguido aflojar las ataduras de sus manos sin que se percatara. Justo cuando él se acercaba para hablarle a la cara como había hecho todo el rato, esta le golpeó con el cenicero que había en la mesa de al lado con todas sus fuerzas y le empujó contra la chimenea. El hombre gritó de dolor y trastabilló hasta que cayó de espaldas contra la pared y profirió otro alarido cuando el gancho donde estaba colgado el azuzador del fuego se clavó en el omoplato. La mujer corrió hacia sus hijas y desató las apretadas cuerdas que rodeaban sus manitas.

—Corred a casa de los vecinos y decidles que llamen a la policía.

Las niñas obedecieron balbuceando en estado de shock y salieron corriendo a través del jardín. Los piececitos descalzos notaron la frialdad de la nieve que les quemaba las plantas pero no se detuvieron. La madre se dirigió hacia el dormitorio de su suegro dónde sabía que tenía colgada una escopeta. Entró y cogió con nerviosismo el arma y varios cartuchos que había en el exterior. Las manos le temblaban haciéndola sentir torpe y tras varios intentos logró cargarla. El asesino corrió por el pasillo hacia ella, sonó un disparo pero no le alcanzó. De pronto se metió en una de las habitaciones y desapareció.

Sussan se quedó jadeando, apoyada contra la pared y apuntando con la escopeta al pasillo. Estaba aterro-

rizada, confusa y no podía oír a su atacante. Se levantó con precaución e intentó llegar hasta la habitación por la que había salido él. La luz se apago, dejando toda la casa a oscuras. Ella notó como el miedo le erizaba el bello de la nuca. No se veía nada, apenas se distinguían los contornos de las paredes.

Se quedó quieta, en silencio, intentando escuchar cualquier ruido que delatara la posición del asesino. Pero durante un rato no se oyó nada, parecía que todo había terminado. Era probable que el atacante hubiera huido al ver la escopeta y que las niñas alcanzaran la casa del vecino quien llamaría a la policía. Pero no podía estar segura ¿Y si sus vecinos también estaban muertos? ¿Y si había atrapado a las niñas? Decidió ir a comprobarlo. Con rapidez atravesó el pasillo y el salón. Salió al exterior y corrió por la parcela pero entonces alguien la placó. Su cara chocó contra la dura nieve que se helaba por las bajas temperaturas. El arma se le escapó de las manos y el hombre forcejeo con ella. Intentó golpearle en la cara pero no tenía fuerzas. Entonces notó una punzada en el estómago. Sussan se quedó paralizada mirándole a los ojos mientras el asesino le acercaba su cara. Sacando valor de la desesperación ella le mordió la nariz. Apretó hasta que notó el sabor metálico de la sangre caliente inundándole la boca mientras el hombre profería un terrible grito de dolor. Ella se lo quitó de encima y se arrastró por la nieve con el cuchillo todavía clavado en el abdomen. El hombre seguía chillando con furia mientras se tapaba la chorreante herida que tenía en la cara. Por fin, tras unos segundos que se le hicieron eternos, logró alcanzar la escopeta y la agarró con sus últimas fuerzas. El hombre la contempló con furia una última vez y sonó otro disparo. Esta vez acertó.

Ella, sin poder aguantar más, se desmayó poco después de ver caer el cuerpo del agresor sobre el duro manto blanco. Recuperó la consciencia vagamente cuando vio las luces de la policía, los sanitarios se la llevaron en una camilla. Percibió en el trayecto a la ambulancia a sus vecinos mirando curiosos. Sus niñas, no podía ver a sus niñas, intentó hablar pero volvió a perder el conocimiento.

Al día siguiente cuando los calmantes dejaron de hacer efecto se despertó. Paseó la mirada, desconcertada, por la blanca y luminosa sala. Con un gran alivio vio a sus niñas acompañadas por sus propios padres, estaban tristes pero a salvo. Ella ni siquiera quería pensar en lo que pasaría a partir de ese momento. Había perdido a su marido, a sus suegros y con total seguridad aquello les dejaría un trauma terrible para el resto de sus vidas. Pero al menos habían sobrevivido.

Poco después apareció un oficial de policía para interrogarla acerca de lo sucedido, después de unas cuantas preguntas ella preguntó:

—Agente, ¿han descubierto de quién se trataba?

—Bueno, de momento no sabemos nada estamos acotando la búsqueda —comenzó a decir el policía.

—Espere, ¿cómo que búsqueda? —preguntó sin entender—. ¿No estaba tirado en el jardín?

—No —dijo extrañado—. Ahí solo estaba usted. Encontramos manchas de sangre en la nieve pero ningún otro cuerpo.

Sussan sintió un como el estómago se le encogía por el miedo. Miró a sus padres y a las pequeñas que esperaban en el pasillo, junto a la puerta y la desesperación volvió a hacer presa de ella. Un sudor frío cubrió su piel. Aquello no había acabado.

FIN

Trece segundos

«Cuando he llegado al vértice más atrevido y frío mi corazón se cierra como una flor nocturna».

—Pablo Neruda («Poema 13»).

No sé cómo se llama, nunca lo he sabido. En realidad, nadie conoce su nombre y prácticamente no hay información acerca de él en bibliotecas, en la red, en iglesias, en archivos históricos peruanos o extranjeros. Todo lo que hay son algunos comentarios orales y una pequeña referencia escrita del investigador Richard S. Cornwell en un artículo sobre entidades siniestras del folklore nacional. He conseguido testimonios, muy pocos, no más de veinte, de algunas personas que dicen haberlo visto; incluyendo gente de otros países. Todos coinciden en la descripción, pero pocos coinciden conmigo en que aquello era real. En definitiva, la escasa información que he recopilado me ha servido de algo: sé cómo encontrarlo, y quizá también cómo destruirlo. Me hice periodista hace años y canalicé mis energías en el afán por descubrir qué diablos era eso. No siempre quise estudiar Ciencias de la Comunicación, yo quería ser profesora, mas cuando vi a mi madre morir antes mis ojos supe que debía dedicar mi vida a descubrir el secreto que ello guardaba y a encontrármelo cara a cara. Quizá un rasgo lo distingue, no se sabe si es macho o hembra, aunque no sé si esos términos se le puedan aplicar, puede que sea hermafrodita, tal vez sea un demonio, o un duende, o el cruce entre ambos, tengo entendido que esa horrenda mezcla no da a luz nada bueno.

Lo cierto es que yo creo en eso, siempre he creído, a mis veintidós años no he visto nada sobrenatural aparte de lo que visioné a mis once años. Mucho trecho he recorrido desde entonces, una pubertad en un centro psiquiátrico, horas interminables de lágrimas, una etapa de retraimiento escolar en la cual coseché buenas notas, pero ninguna amistad, y uno que otro amante ocasional que me hizo sentir contenta, aunque por un breve periodo de tiempo. Luego ingresé a la universidad. Acabé mi carrera periodística hace unos meses. Me gradué hace unos días y aquí estoy: redactando un artículo para una importante revista nacional de amplia tirada, quizá no es la publicación periódica en la que imaginé trabajar cuando tenía pocos años, pero en este momento, digitando cada una de estas palabras que caen como gotas de lluvia a mi cabeza y se insertan con suavidad en el papel, estoy totalmente convencida de que este es mi lugar, es aquí donde debo estar, trabajando el 31 de diciembre de 2014, sola, en las oficinas de la revista «El Enigma», sucursal en Lima. Si todo sale bien, este artículo aparecerá en el primer número de enero, el día 15. Además, si le gusta al editor, iré a trabajar a la sede, en Arequipa.

Desde luego, no tengo por qué colocar ninguno de estos datos; empero, en cuanto termine editaré el texto adaptándolo al estilo tradicional. O, mejor aún, conservaré las dos versiones de este discurso. Aunque ¿por qué yo haría eso? ¿Por qué lo hago? ¿Por qué al escribir estoy brindando datos adicionales como si esto fuese una carta? Recuerdo que en las clases de escritura me dijeron que solo debía escribir, saber qué estaba redactando,

mas no pensar en otra cosa que no fuese la redacción misma. A veces es necesario contar ciertos detalles. De qué va mi labor es relevante, el cómo llegué aquí también; de modo que paso a explicar brevemente ambas cosas. La revista El Enigma es quincenal, es bastante leída y promocionada en diarios, radio, televisión y otros medios; es la publicación periódica de cabecera de algunos políticos, deportistas, personajes de la farándula y artistas, en general, sobre todo escritores, en especial los abocados a la literatura fantástica. Desde que era colegiala comencé a redactar algunos cuentos y artículos dedicados a hechos extraños y sobrenaturales ocurridos en el país y en el mundo. Gané un par de premios de no ficción a nivel escolar.

Dejé la creación literaria porque mi imaginación no desembocaba por esos lares, yo deseaba representar la realidad mediante otras vías, a través de los mitos y leyendas, rurales y urbanos. Soy escritora, sí, de no ficción, trabajo con un estilo sencillo, despojado de florituras, aunque tiendo a divagar. Suelen felicitarme porque realizo bien mi labor investigativa y hablo de cosas interesantes, poco o nada comentadas. Cosas que pertenecen al imaginario popular, que están ahí, aunque de un modo soterrado. No invento nada, soy muy mala para eso, pero soy muy buena descubriendo, analizando y especulando. Un mes antes de graduarme en la universidad estatal La Villa recibí un correo electrónico donde me invitaban a publicar un par de artículos y a recibir cierta compensación por mis servicios. Envié dos textos que escribí durante el año, uno acerca de avistamientos de ovnis y el otro sobre ciertas cosas oscuras alrededor de la noche de Halloween, que tenían lugar en nuestro país. Ambos textos me fueron aceptados y los publicaron. Luego vino la invitación para trabajar de forma permanente en El Enigma.

Desde hace unos días he venido a estas oficinas para ayudar con la corrección de textos y la digitación. Me remuneraron ayer y me propusieron escribir un artículo sobre algún mito terrorífico de fin de año, si es que lo había. Por eso junté todo el material que tenía a mano, vine aquí después de almuerzo, releí varias cosas y pedí permiso para quedarme hasta medianoche. Mi jefe, coordinador general de El Enigma Lima, aceptó, animado por mi gran interés por trabajar, aunque su actitud pronto trocó en preocupada. Me preguntó si no pasaría el fin de año con mi familia, amigos o con mi novio. Le dije que no contaba con ninguna de las tres cosas, solo quería dedicarme a mi jornada. Además el editor arequipeño me había dado plazo hasta los primeros días de enero para entregar este manuscrito, quería abocarme ya mismo a ello. Solo usaría una oficina, una computadora y un poco de luz hasta las doce de la madrugada. El guardián me abriría la puerta al yo terminar y me iría en mi carro a mi casa, la cual quedaba a unas pocas cuadras. El Enigma Lima se encontraba en el Cercado de Lima, distrito donde yo radicaba.

No te preocupes, Clemente, ni bien se escuchen los primeros fuegos artificiales cogeré mis cosas y me iré, terminaré el artículo antes de eso. Antonio me abrirá la puerta trasera. El lugar tiene tres guardias más. No hay peligro, sí, sé que será tarde y habrá mucha gente en la calle; por eso mismo me sentiré segura. Todo saldrá bien. Sí, una vez que me vaya, Antonio cerrará con triple llave la puerta de atrás y ustedes no la abrirán de nuevo hasta el 3 de enero. Por eso mismo, quiero terminar mi texto ahora. El día 3 le daré una revisión final y lo enviaré al editor arequipeño. Quiero empezar a redactarlo desde ya; creo que mientras más rápido empiece, mejor quedará. No, no tengo título aún, lo pondré durante mi trabajo de redacción o quizá al final. Muchas gracias, Antonio. Chau. Nos vemos. Feliz Año 2015.

En este punto ya sé qué título le pondré al artículo. No ha sido difícil decidirlo. Mi texto se titulará igual que el nombre de esa repulsiva criatura, ese hijo de puta que me quitó a mi madre y a mi padre. Malas palabras. No hay problema, solo he de escribir, al final todo será editado. Sí, conservaré la versión original de este texto para mí, la necesito, lo que estoy escribiendo es muy importante, lo que estoy a punto de narrar ha formado parte integral de mi vida, aunque no ha conseguido arruinarla del todo. Sin embargo, los hechos no me permiten estar satisfecha con mi existencia, por eso debo contarlo. ¿O tal vez no deba? Les he narrado esto a cuatro personas, todas están muertas y estoy convencida de que ha sido porque se los conté. No sé si ponerlo en papel y compartirlo con el mundo pueda crear un efecto negativo, no creo que ese monstruo vaya tras de todos los lectores de esta carta.

Dudo mucho que se atreva, aunque no dudo que pueda. Ese engendro es capaz de estar en varios lugares a la vez. No sé si será uno o muchos, sé que aparece trece segundos antes de termine cada año. Por eso lo llamo así: «Trece Segundos»; en realidad el nombre se lo puso un muchacho llamado Luis Eduardo a quien

entrevisté el año pasado. Era un joven muy amable.

Cuando terminamos la charla, me invitó un café y acepté. Salimos un par de veces, me parecía lindo; no obstante, me retiré de su vida tan rápido como aparecí en ella. Solía hablar bastante y era un poco egocéntrico, pero a mí me gustaba. Lo vi entre octubre y noviembre. No supe nada de él en diciembre, no me llamó ni lo llamé, no tuve noticias suyas hasta el 1 de enero de este año. El titular del periódico rezaba: Muchacho se ahorca con prendas amarillas. Había amarrado polos y calzoncillos amarillos como si fuesen una soga, los había atado alrededor de su cuello y se había colgado de una viga. Suicidio, dijeron los medios. Yo sabía que había sido un asesinato.

Fue Trece Segundos, ¿quién más podría haberlo hecho? Luis Eduardo me contó su historia, lo había visto mientras asesinaba a su hermana. Trece Segundos se presentó momentos antes de Año Nuevo, la golpeó, le metió un cohete gigantesco en la boca y lo encendió. Los restos de la mandíbula le saltaron en la cara a Luis Eduardo, hubo quienes pensaron que él la había asesinado, mas luego se dictaminó que fue suicidio. Nadie creyó su historia, ni la policía, ni los médicos; igual que me pasó a mí. Él tenía quince años en aquel entonces. Pronto lo olvidó, mandó el horrible recuerdo a un rincón inaccesible de su mente, pero yo se lo recordé. Lo ubiqué tras revisar algunos casos mortales inexplicables acaecidos durante los últimos trece segundos de cada año. Una década después de su traumatizante experiencia Luis Eduardo se encontraría conmigo y reviviría todo, por eso Trece Segundos lo buscó y lo mató.

Ya me quitaste a mucha gente querida, jodido monstruo, ¿por qué no has venido por mí? Nunca dejé de creer en ti. ¿Acaso me temes? No te tengo miedo, ven, hazte presente, faltan un par de horas para la medianoche, aún estoy a la mitad de este texto, pero estoy escribiendo rápido, terminaré antes de que el reloj dé las doce y tendrás que venir sí o sí, surgir frente a mi persona y enfrentarme. Te voy a destruir hoy, porque no eres varios, sino uno solo. Te proyectas a diversos lugares al mismo tiempo, a toda clase de sitios en todas partes del mundo, te llaman la atención los rituales de fin de año, ¿por qué los odias? ¿Tienen algo que ver con tu origen? ¿Siempre fuiste así, un engendro, o acaso estás maldito? Algo si sé: perteneces al infierno o a una dimensión de entidades asquerosas que de vez en cuando se conectan con este universo para descargar el caos y la tragedia. Todo eso se tiene que acabar este año. He de liberar al mundo de tu podrida existencia. Caerás en mi trampa, caerás ante mí, lo juro.

Como dije, Trece Segundos aparece poco antes del fin de año, justo en el instante en que suenan las explosiones de los cohetes en las calles y en el cielo. Surge cuando la gente hace los rituales de Año Nuevo. No he podido encontrar una razón para su aparición en tales circunstancias. Los testimonios coinciden en que se trata de un espíritu o espectro burlón, siempre sonríe. Quizá visita la Tierra todos los años para arruinar los momentos de paz y concordia de las personas, tal vez lo hace por malsana diversión, porque se aburre en el obsceno lugar donde vive. No lo sé, el caso es que siempre aparece durante los rituales y asesina despiadadamente a una persona. Hace que la muerte parezca un accidente, aunque hay casos en los cuales, sin asco alguno, ha dejado a la víctima en el suelo asesinada, convencido de que nunca será atrapado por las autoridades pues ¿quién podría capturar algo así?

Detenerlo en tanto se le apunta con un revólver, ponerle las esposas, leerle sus derechos, condenarlo a cadena perpetua, llevarlo a la cárcel y tenerlo encerrado… qué risa. A estos seres hay que destruirlos, con ellos no funcionan las leyes humanas, hay que utilizar otras estrategias. Tengo un plan y un as bajo la manga. Ambas cosas se encuentran en mi mochila, en la cual cargué también los documentos con los cuales elaborar este artículo, en realidad no son muchos, solo un par de cuadernos. Lo que en verdad pesa en la mochila son las prendas amarillas, los bolsos, las uvas, las pasas, las lentejas, el arroz y el champagne.

Creo que hace bastante rato este artículo ha perdido rumbo.

Pasemos al meollo del asunto. Trece Segundos es una bestia abominable que se hace presente durante cada celebración de Año Nuevo. Mató a mi madre, yo tenía once años cuando ocurrió y la vi morir; también vi a esa cosa. El ritual era salir a correr una vuelta a la manzana con dos maletas en la mano, esto debía hacerse el último minuto del año. A mi mamá le encantaba viajar, nunca había ido al extranjero, pero había recorrido muchas zonas del Perú; ella deseaba ir a la Selva, era maestra, quería conocer esos lares, ayudar a los niños

en lo que pudiese, recopilar algunas tradiciones para contarlas en el colegio donde enseñaba. Recuerdo que yo corrí tras ella. Nuestro perro, Osito, también vino con nosotras. Mi madre se me adelantó mucho, se me hizo difícil darle alcance, había poca iluminación por esa zona y casi no había gente, salvo unos niños pequeños reventando cohetes y unos adultos ebrios. Mi progenitora pasó al lado de un parque, de repente un carro gris se subió a la vereda y la arrolló, luego retrocedió aplastando a mi mamá de nuevo, yo grité, en ese momento solo atiné a correr hacia el coche, vi al conductor durante dos segundos.

Era eso. Tenía un abrigo marrón y un sombrero negro, su piel era plomiza y parecía tener pelos en el rostro y en el pecho. Sus orejas eran largas y puntiagudas, su nariz chata, aunque con unos orificios grandes de los cuales brotaba cierta sustancia verde oscuro. Sus ojos eran rojos y saltones, y su enorme boca estaba repleta de dientes pequeños y filosos. Lo que más odié en ese momento fue su sonrisa. Hizo una maniobra con el auto y se marchó, pude ver sus manos plomizas, eran muy grandes, como las garras de un cóndor. Me detuve frente al cuerpo destrozado de mi mamá y grité, los fuegos artificiales ahogaron mis chillidos, al cabo de unos minutos se acercaron algunos vecinos, llamaron a mi papá y vinieron una ambulancia y los bomberos. Alguien la atropelló adrede y se dio a la fuga, comentó alguien. Un conductor borracho o drogado, dijo otra persona. Al poco tiempo encontraron el coche del culpable a unas cuadras del incidente. Estaba vacío, los que nos avisaron del hallazgo mencionaron que ese automóvil había sido robado momentos antes de la tragedia. No se pudo hallar indicios de quién lo había conducido y usado para arrollar a mi madre, lo único de lo que se percataron fue de que el interior del vehículo olía a animal, como a caprinos de granja. Le conté a mi papá lo que había visto, también se lo narré a mi tía Isabel, la hermana de mi mamá. Quizá, de algún modo, me creyeron. Tal vez por eso están muertos.

Así empezó todo, así me cagaste la vida, maldito. Queda una hora, ya voy por ti.

Me enviaron al sanatorio durante poco más de un año. Tenía miedo de que llegara el Año Nuevo, presentía que en cualquier momento Trece Segundos se presentaría y me haría algo horrible. Yo había relacionado la muerte de mi progenitora con el ritual de fin de año que ella había realizado, por eso, aunque los doctores habían preparado una celebración por Año Nuevo y nos animaron a efectuar rituales, yo decidí no hacer nada. Algunos compañeros sí los cumplieron, entonces imaginé que la bestia emergía desde el centro de la mesa, donde se encontraban las cenas y las bebidas, que cogía tenedores y cuchillos con esas tremendas manos de animal salvaje y asesinaba a cada uno de los presentes en el salón principal de la casa de reposo. Nada de eso ocurrió y yo me sentí bien al principio; no obstante, no sé por qué sentía que las cosas estaban marchando mal, que cuando me despertara a la mañana siguiente recibiría una mala noticia.

Así fue. En cuanto me levanté de la cama me condujeron a la oficina del doctor jefe y él me dijo que mi papá había fallecido. No me dijo cómo ni las circunstancias, solo mencionó que mi tía vendría a recogerme y tendría que asistir al velorio y demás, que si deseaba podía irme pues yo había mejorado de forma ostensible los últimos meses y ya había aceptado la muerte de mi madre a manos de un chofer irresponsable, y ya no estaba cayendo en alucinaciones ni fantasías, aunque, si lo elegía, podía quedarme un poco más en el centro psiquiátrico. Opté por marcharme a casa. Nadie me contó lo que había pasado con mi papá, solo hubo rumores de que había pasado el año nuevo solo y se había alcoholizado demasiado, a tal punto que se intoxicó. Yo me preguntaba si una persona podía beber champagne hasta morir. Mi papá tenía muchas botellas en la bodega de la casa. Años después me enteraría de que había sido asesinado y el culpable nunca fue encontrado; alguien había irrumpido en mi casa, había dominado a mi progenitor y lo obligó a beber el licor por montones. Debió tratarse de un agresor grande y fuerte, mi papá era un hombre robusto. El atacante lo contuvo en el suelo, boca arriba, y lo atiborró con el contenido de tres botellas de champagne.

Mi padre murió ahogado. Se hallaron señales de lucha, pero ningún indicio que llevara a la captura del responsable. Empero, yo sabía quién había sido. El informe policial decía que de la boca de mi padre salían algunas burbujas; según la tradición, la dicha del año nuevo estaba garantizada por beber una copa de vino espumante: champagne, las burbujas de esta bebida representaban los momentos de felicidad, mientras más cara fuese la botella, más eficaz era el rito. Mi papá tenía tres botellas costosas. Esas fueron las que les vaciaron en el organismo, curiosamente las burbujas que expulsaba tras morir no fueron de alegría, sino de desgracia y perturbación. Fue el ritual, todo tenía que ver con los rituales. Estos se relacionan con la creencia de que los

deseos se cumplirán el año entrante, ¿será cierto o no? No hay nada que garantice tales éxitos, estos ritos solo forman parte de las costumbres populares. Lo cierto era que había un repugnante ser haciendo de las suyas cada Año Nuevo a propósito de estas actividades propias de nuestra cultura. Los rituales son la clave, estos se realizan los últimos doce segundos de cada año. Aquella bestia aparece trece segundos antes de que el reloj llegue a la medianoche y en el segundo doce comienza a actuar. No realicé rituales de fin de año en los años siguientes ni permití que mi tía, quien ahora me cuidaba, los hiciera. Pero cuando cumplí dieciocho años, mi tía Isabel se abocó a un ritual a escondidas, se compró prendas íntimas rojas, deseaba encontrar el amor el año que venía.

No me dijo nada, conocía mi opinión al respecto. Yo quería estar a su lado tan pronto dieran las doce, Osito me acompañaba, estaba asustado por los cohetes. Mi tía se encerró en el baño, comencé a golpear la puerta faltando un minuto para que llegase el nuevo año, sabía que se estaba desnudando, sabía, por las conversaciones que ella tuvo con sus amigas, que ya no se sentía joven y que deseaba encontrar una pareja estable; debí adivinar cuál era su plan, quizá así hubiese podido evitar el desastre, mas no lo conseguí. Faltando pocos segundos para el año nuevo, la escuché gritar. El cerrajero y la policía abrieron la puerta del baño una hora después, la hallaron desvestida, muerta en el suelo, su figura asemejaba la de una sirena que había encallado en la orilla y no había conseguido retornar al mar. Lloré y casi me desquicié cuando me dijeron que había sido asesinada.

Le habían metido el sostén y el calzón rojos dentro de la boca y la habían atragantado. Yo fui sospechosa, pero los agentes de la ley dictaminaron que no había modo de que yo hubiese cometido el crimen. El asesino había ingresado por una ventanilla del baño que daba a un tragaluz, el criminal trepó e ingresó por ahí, el delincuente pensaba robar, cuando se vio descubierto por mi tía, trató de violarla, al no conseguirlo la mató. Diversas teorías se cocieron al respecto, pero no fue capturado nadie. Se citaron a los vecinos para ver si habían visto u oído algo, mas todos estuvieron concentrados en sus celebraciones de Año Nuevo. Con mi tía fallecida me quedé sola. Han pasado más de cuatro años, aún sigo sola. Por culpa de esa criatura de porquería.

Hace dos años murió Osito, las explosiones de los cohetes por fin de año lo mataron de un infarto. No estuve a su lado, lo dejé acurrucado en su cama. Sé que ese monstruo lo hizo.

He terminado mi artículo, no es lo que pensaba escribir. Tal vez baste con editarlo, o quizás deba rehacerlo. No sé. Solo sé que esto es lo que quería redactar y esto es lo que he dado a luz. Este relato me pertenece, voy a imprimirlo y ponerlo encima de mi escritorio, con los archivos urgentes. No voy a dejarlo en la computadora, no quiero que nadie más lo lea, lo guardaré en mi USB y me lo llevaré conmigo ni bien acabe lo que tengo preparado.

Quedan diez minutos. Es momento de disponerlo todo.

Primero el champagne, no es difícil abrirlo. Sirvo la copa, sale espuma, podría ser un buen augurio. No, no debo pensar en mi padre. Luego las pasas, las uvas, el arroz y las lentejas. Después las prendas amarillas. Un calzón, un short, un sostén, un polo, medias, una vincha para mi lacio cabello castaño. Me desnudaré en el último momento y me vestiré del modo correcto. Me colocaré las zapatillas, en la izquierda pondré arroz y en la derecha lentejas. Comeré las doce pasas y las doces uvas, pediré dos deseos y escribiré uno más.

Quedan cinco minutos. Ya todo está dispuesto.

Los guardias del edificio saben que yo bajaré las escaleras y solicitaré mi salida. No vendrán, no me interrumpirán. Proceso a desvestirme. He de ponerme las prendas amarillas.

Restan cuatro minutos. Estoy nerviosa.

Cojo los dos pequeños bolsos y los llevo conmigo fuera de la oficina, a los pasadizos, corro de ida y vuelta, enseguida ingreso de nuevo a la estancia, mi corazón late con fuerza.

Restan tres minutos.

Me pongo las zapatillas con arroz y lentejas. Cualquiera que me viese pensaría que me hago la chistosa, la ropa que traigo parece la de una corredora, a veces he salido a trotar así, con polo, short, medias, zapatillas y vincha de tela, aunque es la primera vez que estoy vestida con un solo color, en este caso: de amarillo. El amarillo es importante, es el color del sol, representa la eternidad, la energía vital del planeta. El amarillo es la madurez del otoño, el oro, el metal más noble, la riqueza. La prenda íntima que traigo ayudará a traer la felicidad y la abundancia. Eso es lo que buscaba Luis Eduardo, mi amigo, mi único amigo, y esa criatura se lo arrebató. Me he colocado el calzón amarillo como se debe: al revés. Cuando todo termine, después del fin de año, le daré la vuelta, esto sucederá después del abrazo. La prenda me ha sido regalada por una compañera de oficina, el efecto será mayor.

Faltan dos minutos.

Cuatro personas que quise se fueron, aunque tal vez no para siempre. Probablemente algún día pueda verlos de nuevo. Por ti, mamá. Por ti, papá. Por ti, tía. Por ti, Luis Eduardo. Y por ustedes, las personas que entrevisté, las cuales ubiqué mediante internet en Europa y el norte de América. A ustedes, porque no he podido volver a contactarlas, pues algunas han muerto en extrañas circunstancias y a las otras les he perdido el rastro, sé que las que creyeron en ello fueron ultimadas. Sé que algunas creyeron después y también fenecieron. Quizá unas pocas sientan que todo fue producto de sus mentes, que en realidad no vieron a esa alimaña; ustedes vivirán un año más, hasta que lo recuerden. Mi papá murió porque me creyó. Sucedió lo mismo con mi tía. Yo sigo viva, no entiendo por qué. Es hora de coger la copa de champagne, casi estoy lista, los fuegos artificiales retumban potentes en la noche.

Falta un minuto.

Como las doce uvas, pido un deseo: triunfar profesionalmente. Como las doce pasas, pido mi segundo deseo: formar buenas amistades. Es tiempo, faltan solo unos segundos. Cojo el cuaderno, no será necesario escribir una lista de deseos. Solo he de redactar uno.

Restan veinte segundos.

Y mi deseo es: que Trece Segundos muera. Estoy demasiado nerviosa pero decidida.

Restan quince segundos.

En cualquier momento aparecerá, he realizado varios rituales, lo he molestado mucho, aunque tal vez lo hace solo para divertirse. En todo caso ¿cómo resistirse a mi invitación?

Quedan catorce segundos.

La puerta de la oficina se abre, está del otro lado del umbral, lo presiento. No puedo esperar a que venga hasta aquí, soy yo quien se le acerca, camino con rapidez. Puedo verlo.

Restan trece segundos.

Es él, Trece Segundos, al fin estamos frente a frente. Sonríes, tienes ese pellejo rugoso, cubierto por un ligero pelambre grisáceo. Llevas ese viejo abrigo marrón, te lo quitas. Te sacas también el maltratado sombrero negro, esas prendas no son tuyas, ¿verdad?, las robaste, ¿a quién? A tu primera víctima, ¿cierto? No siempre estuviste en el mundo de los seres humanos, apareciste hace algunas décadas. O provienes de una raza antiquísima y cuando tu ancestro finalizó su obra, tomaste la posta. ¿Por qué te presentas solamente durante los ritos de Año Nuevo? ¿No responderás? No importa, bestia, sí, sonríe y ven a mí.

Doce segundos.

Abrázame.

Once segundos.

Eso es, solo he de tenerte atrapado unos segundos. Este tiene que ser el primer abrazo del año, NO, NO TE VAS A ZAFAR, MIS PIERNAS Y MIS BRAZOS TE APRISIONAN.

Diez segundos.

NO GANARÁS NADA SACUDIÉNDOTE NI CLAVANDO TUS GARRAS EN MI ESPALDA, NI GOLPEÁNDOME CONTRA EL PISO, EL TECHO Y LAS PAREDES.

Cinco segundos.

No puede ser, aunque he apretado mi rostro junto al suyo, consigue morderme el cuello, su cuerpo arde, como aceite hirviendo. No lo tolero. No, debo soportar, solo un poco más. Se apaga la luz, todo queda a oscuras. Por la ventana aparecen las luces de los cohetes atronando en el firmamento, el ruido es tremendo, el sonido de la voz que habla junto a mi faz, la cual queda tapada, mis manos apresadas, mis piernas, mis ojos ven algo amarillo…

Clemente Nicoli, coordinador general de El Enigma Lima, fue a buscarla el día 1 de enero, preocupado, pues la había llamado a su casa y no pudo ubicarla. Luego llamó a las oficinas y le dijeron que no había salido. Nicoli y el vigilante Antonio Segura la encontraron muerta en el suelo. Solo llevaba un calzón y un sostén amarillos. En su rostro le habían amarrado un polo del mismo color. Le sacaron la prenda para ver si aún vivía y hallaron en su boca un short, amarillo también. Enroscada en su garganta había una vincha de tela. Según los investigadores, esa fue la causa de la muerte de la periodista Ángela Rosales. Nunca se supo si había sido suicidio u homicidio, el juez dijo que los indicios señalaban lo primero, además sobre el escritorio había un manuscrito impreso, el cual también se hallaba digitalizado en la USB de la víctima. Los investigadores infirieron que la muchacha padecía una enfermedad mental y se había quitado la vida. Durante un tiempo la carta «Trece Segundos» permaneció en la redacción de la revista. Nunca fue publicada.

FIN

El quiebre de Altozano

Todo ocurrió en el pueblo de Altozano, una pequeña población localizada al sudeste del Río Largo, en la provincia de Santo Tomás. Sucedió entre el 24 de diciembre de 19… y el 31 de diciembre del siguiente año. Duró un total de 372 días.

De Altozano hoy sólo quedan ruinas y algunos lugareños nostálgicos. Las marcas de la tragedia funcionan como un ominoso recordatorio: paseando por las calles se encuentran los signos de un terrible combate. Docenas de edificios abandonados, junto con las marcas de fuego y plomo decoran el lugar. Sin ir muy lejos uno se topa con el cementerio y los restos de la capilla que lo sostenía, y que hoy es tan sólo madera chamuscada. Allí, erigidas con más emoción que destreza, cientos de pequeñas cruces con nombres de hombres, mujeres y niños que conocieron la muerte en aquel año terrible.

Altozano nunca fue un lugar popular. Sus habitantes se enorgullecían de esta característica. Antes de que ocurriera el desastre, contaba con aproximadamente mil doscientas personas que se ganaban la vida en el aserradero y la planta embotelladora de agua que linda el Río Largo. Recorrer aquellos enormes monumentos oprime el corazón. Agujeros de bala, vidrios rotos y los mensajes de advertencia que, en su trazo, denuncian la locura y el salvajismo de sus autores.

La gente que una vez vivió en Altozano era amable, laboriosa y de escasas palabras. En general, desconfiaban de los extranjeros y eran estrictamente rutinarios. Aunque el ocio era más bien simple en un lugar tan aislado de las grandes ciudades, ningún poblador de Altozano se hubiera encontrado con deseos de abandonar el lugar. Esta concepción, por supuesto, se vio modificada luego de lo ocurrido.

Sobre qué es lo que causó la anomalía hay tantas respuestas como personas. Algunos especulan sobre influencias extraterrestres, otros sobre experimentos gubernamentales, espíritus o un caso único de folie à plusieurs. Nadie sabe por cierto el origen de este desastre que, como el volcán de Pompeya, sumergió a un pueblo en el fuego y la destrucción.

Aunque el Quiebre se manifestó aproximadamente a la medianoche del 24 de diciembre, los sobrevivientes hablan de signos extraños que habían ocurrido durante toda esa semana. Patricio Ledezma, dueño de las dos únicas abarroterías del pueblo jura que el 19 de diciembre escuchó gritos y "un chirrido agudo, como mecánico" procedente del monte que le da nombre a la ciudad. Aunque en base a este testimonio se buscó bajo cada piedra del cerro, nunca se encontró algo que pudiera haber provocado aquel ruido.

Un grupo de adolescentes del lugar, aburridos con la monótona vida de pueblo, solía juntarse en la vieja plaza de armas cuando los adultos dormían. En la madrugada del 22 de diciembre este grupo de jóvenes dice haber visto una serie de luces multicolores que parecía surgir del monte. Estas extrañas luminosidades, luego

de un breve momento de suspensión, se elevaron hacia el cielo y desaparecieron en la noche. Los jóvenes, hoy adultos, dicen no haber vuelto a ver nada similar.

Lo más extraño es - con seguridad - lo que les sucedió a los Estévez el 23 de diciembre. Reunidos en una cena nocturna, los cinco miembros de la familia comenzaron a sentir una progresiva jaqueca y un sonido punzante en sus oídos. Lo que al principio fue una ligera molestia se convirtió rápidamente en un dolor insoportable. Finalmente, se desmayaron.

Pero lo verdaderamente bizarro es lo que sucedió después: cuando los Estévez volvieron a abrir los ojos ya no estaban en su hogar, sino a las orillas del Río Largo, es decir, a cinco kilómetros de la casa familiar. Desde el desmayo hasta el despertar habían transcurrido tan sólo diez minutos, por lo cual los Estévez habían recorrido cinco mil metros en ese breve ínterin. Este suceso, hasta el día de hoy, continúa sin explicación.

A diferencia de lo eventos ocurridos el 19, 22 y 23 de diciembre, el Quiebre llegó de una manera imperceptible. No hubo preámbulos: el 24 de diciembre había sido un día perfectamente normal. Y el Quiebre, en sí mismo, no implicó ningún tipo de dolor o extrañeza en los pobladores de Altozano. Tan sólo ocurrió.

Marta Morales lo describe de la siguiente manera: "Entonces, de la nada, miré a Brian [su esposo] y era el mismo Brian de siempre, el que conocía hacía años. Pero algo había cambiado en mí o en él, no sé… Yo… Yo ya no podía confiar en él".

Según Ignacio Ramírez, el Quiebre de Altozano"pasó sin que me diera cuenta. Había sacado al perro y estaba volviendo a la casa donde mi familia celebraba la Nochebuena con los Montoya, unos vecinos de toda la vida. Cuando me acerqué pude ver por la ventana a todo un grupo de gente que frecuentaba desde hacía años. Los reconocía a cada uno y de todas formas estaba aterrado y convencido de que cada uno de los presentes iba a hacerme daño. No pude soportar el pánico y corrí a esconderme en el monte".

A Federico Alzuena se le debe el nombre: "Miré a mi esposa, Clara, y me sentí encerrado junto a un enemigo mortal. Ella lo notó y debió haber sentido lo mismo porque agarró un cuchillo y empezó a atacarme. Tenía tanto miedo que le dí un golpe en medio de la cara y salí corriendo a la calle. Ahí había otras personas peleando y gritándose. Era todo un caos. De repente percibí algo extraño, como si Altozano ya no existiera, el pueblo se había quebrado".

Caos.

Todos coinciden en que durante las primeras semanas, Altozano sufrió las consecuencias más extremas de la anarquía. No hubo forma social que perdurase: hombres y hombres, mujeres y mujeres, todos luchaban o se escondían. Los niños no eran considerados amenazas pero cualquier signo de amor parental o filial pareció haber desaparecido por un tiempo demasiado prolongado.

Olga Minujin aún llora al recordar esas semanas: "Elías se había escapado no sé a dónde y yo tomé posesión de la casa. Trabé las puertas, corrí los muebles y busqué el revólver de mi marido. El miedo era una sensación constante. Estuve en vigilia por horas. En algún momento escuché un ruido y, aterrorizada, encontré a mis dos hijos de seis y siete años peleándose entre sí como bárbaros.

»Por un momento no supe qué hacer. Esos chicos eran totalmente extraños para mí. Sabía quiénes eran pero no sentía ningún tipo de amor por ellos. Tuve que poner todo mi empeño en recordar que eran mis hijos y entonces los separé. Ellos aborrecieron mi contacto tanto como yo detesté el suyo. Se separaron y fueron cada uno a una punta de la casa, mirándome y mirándose entre sí durante un rato largo. Al final, Tadeo, el más chico, empezó a llorar de hambre. Hice una comida improvisada y se las dejé a cada uno a una distancia prudente."

La mayoría de los hombres huyeron a refugiarse en el monte, el aserradero o la planta embotelladora. La escapada fue tan improvisada que nadie pensó en comida o armas. Hombres y mujeres se encontraron dispersos por varios kilómetros a la redonda de Altozano, desesperados y dispuestos a pelear hasta la muerte con cualquier que se les acercara.

Durante la disputa judicial, Matías Öske confesó su accionar en aquellos oscuros días. Mientras abogados y psiquiatras lo examinaban de pies a cabeza, el hombre, en un hilo de voz, dijo lo siguiente: "Corrí. Mi casa no era segura. No había ningún lugar en el mundo que lo fuera. Yo soy… yo era capataz en el aserradero y por eso siempre tenía las llaves encima. Jamás pensé que otros podrían estar sintiendo lo mismo que yo, a decir verdad, jamás pensé en los demás. Corrí y corrí esquivando cualquier cantidad de cosas y personas. Una bala llegó a rozarme el hombro.

»Mi oficina era un pequeño despacho de madera ubicado afuera del taller principal. Me dirigí allí porque era el lugar donde guardaba mi rifle de caza. Cuando llegué, vi que había un hombre forcejeando en la entrada desesperado por entrar. Era Enrico, mi jefe. Entonces me sobrevino una mezcla de terror y odio que jamás quisiera volver a sentir.

»Cómo no me había visto pasé por detrás suyo. Cerca de mí descansaba una tabla de madera abandonada. La agarré con las dos manos y con un movimiento se lo partí en la cabeza a Enrico. Pensé que estaba muerto. Entré en mi oficina cuando lo escuché moverse. Hablaba solo y tenía la cara cubierta de sangre. Me observaba fijo, cargado de una ira que jamás le hubiera creído posible. Nunca me voy a olvidar aquellos ojos.

» Gritando de miedo, me tiré sobre el rifle que descansaba en la esquina de mi despacho. Enrico se movió atrás mío así que le di un culetazo en la nariz. Se cayó al suelo y entonces le apunté a la cabeza. Él todavía me miraba, confundido por el dolor que sentía. Ni siquiera dudé en apretar el gatillo."

Altozano era en aquel entonces una zona de caza. Prácticamente todos los lugareños tenían al menos un rifle o un revólver. Los que no escaparon de sus hogares decidieron atrincherarse, en especial los campesinos.

Al día siguiente, luego de una noche de alaridos y corridas, comenzó el hambre. Las dos abarroterías del pueblo se convirtieron en una zona de combate entre vecinos. Varios murieron a golpes, piedrazos y tiros por la mano de personas por las que habían sentido cariño tan sólo un día atrás.

Los campos también se convirtieron en un circo romano. Armados hasta los dientes, los campesinos jugaban al tiro al blanco contra cualquier cosa que se moviera, sin importar edad o género. Algunos, que ya se habían preparado, respondían al fuego con fuego.

La planta embotelladora y el aserradero fueron rápidamente abandonados. Aunque el río significaba un sustento de agua y comida todos decidían irse lo más lejos posible por la orilla del Largo para escapar de posibles agresores.

Paralelamente (recordemos que todavía no era posible la unión) un grupo de personas se internó en la intemperie, compuesta por bosques infinitos.

Se estima que durante esta etapa, que podríamos caratular de anarquía y hambre, y que duró aproximadamente un mes, murieron unas doscientas personas, sea por falta de sustento u homicidio.

Familia.

Si algo se puede decir del caso de Altozano es que tuvo varios momentos. La crudeza inicial puede sorprender a muchos, pero palidece ante la barbarie que estaba por venir.

No podemos tener exactitud sobre el momento en que Altozano volvió a tener una rudimentaria organización social. Se cree que sucedió en los primeros días de febrero y, como el Quiebre mismo, fue simultáneo, sin preámbulos y sin efectos notorios. El testimonio de María Villafañe es especialmente esclarecedor al respecto: "Mi esposo y yo siempre creímos en ser precavidos. Cuando se fue me quedé encerrada con una despensa bastante llena. Todo ese mes lo pasé entre cuatro paredes. No creo haber dormido más de dos horas en todo

ese tiempo. Los gritos… No podía sacármelos de la cabeza.

» Más o menos por febrero escuché un golpe en la puerta. Por supuesto, no atendí ni dije nada. Me quedé inmóvil. El corazón me latía tan fuerte que pensé que iba a escucharse. Luego de unos segundos que duraron toda una vida, escuché una voz familiar. Era Claudio. No sé lo que ocurrió o cómo, pero sentí un alivio inexplicable al ver que estaba en casa. Corrí a abrirle la puerta y cuando entró nos abrazamos como nunca antes.

»Él estaba famélico y lleno de sangre. Rápidamente, me ayudó a trabar la entrada con un mueble de algarrobo que pesa una tonelada. ¿Cómo dice? ¡No, qué locura! ¡Por supuesto que no! No íbamos a dejar entrar a nadie a nuestra casa. Sólo confiaba en Claudio porque me necesitaba tanto como yo a él. Todos los demás… bueno… eran enemigos.

La vida familiar había vuelto a Altozano. Por toda la zona comenzaron a sucederse decenas de reencuentros. Las casas barricadas abrían sus puertas y los escondites se vaciaban. Pero esto no significó el fin del Quiebre.

Los movimientos migratorios estuvieron marcados por combates aún más violentos que los anteriores. El camino a casa no fue completado por todos los sobrevivientes de la anarquía. Muchos, alejados por varios kilómetros de sus hogares, murieron de inanición. Otros, por supuesto, asesinados.

De nuevo en casa volvió la división de trabajo. Familias como la de los Sandoval se turnaban para vigilar y recolectar frutas y hortalizas de su huerta. Pero no todos tenían su suerte. Hay ejemplos como los Montoya, que una vez reunidos llevaron a cabo saqueos por toda la zona, llegando a verdaderos enfrentamientos entre familias que defendían lo suyo y familias que querían tomarlo.

Cada grupo familiar era distinto. Las familias numerosas comenzaron a tomar el control y expandirse. Las más pequeñas se escondían donde podían, subsistiendo básicamente del pillaje.

Cuando la expansión empezó a ser demasiado ambiciosa, se inauguró la guerra por el territorio. Algunas familias llegaron a formar pequeños ejércitos que se encargaban de realizar atentados, secuestros y asesinatos.

Un punto escabroso en el juicio de Altozano fue el grado de organización al que se llegó en este punto y de ahí en más: el pueblo ya no se regía por la ley de “sálvese quien pueda.” Ya no se trataba de la defensa personal ni de sobrevivir.

Dos reinos.

La guerra terminó (o más bien, se enfrió) más o menos por el mes de julio. La lucha constante sumada al oportunismo de aquellos que no contaban con el poder suficiente para combatir de frente terminó diezmando los números de las distintas familias. Algunas fueron literalmente destruidas, otras expulsadas. Ninguna quedó intacta.

En este punto ocurre un debate entre aquellos que estudiaron el caso de Altozano. Algunos eruditos defienden la tesis de que la conformación de los “clanes” (como se llamó al siguiente organismo social de Altozano) fue otro paso del proceso que tuvo lugar en aquel recóndito lugar. Otros, con menos aceptación científica, claman que este fue un paso lógico y no tuvo que ver con ninguna modificación al esquema de pensamiento que entonces regía a los habitantes del pueblo. Lo que sí aceptan (y esto significa aún otro debate) es que la siguiente etapa efectivamente significó una modificación mental en los habitantes de Altozano.

Lamiendo sus heridas luego de meses de combate, Altozano superó la organización familiar para conformar agrupaciones de más peso, compuestas por vínculos extrafamiliares y una verdadera jerarquía. La ley del más fuerte fue dando lugar al “safety in numbers” y, por primera vez desde el Quiebre, algunos pobladores de

Altozano pudieron tener un sueño seguro.

La ciudad se dividió en territorios perfectamente demarcados y defendidos con virulencia. Por supuesto, esto significó que unos se vieron más beneficiados que otros. Algunos clanes podían acceder fácilmente al agua pero escaseaban de alimento. La situación contraria también ocurría.

La solución otorgada a este problema es la fuente de las discusiones académicas sobre el caso Altozano. Lejos de combatir sin cuartel por las reservas de los otros clanes, los distintos grupos comenzaron un verdadero comercio entre sí. Pandillas campesinas daban alimento a los clanes que controlaban la embotelladora, y estos les pagaban, obviamente, con agua. Entre los caudillos de cada clan comenzaron las charlas de unión. Aquellos que se oponían con mucho fervor eran violentamente reemplazados. Luego de varias escaramuzas, tácticas y una serie de homicidios estratégicos, se conformaron lo que los estudiosos llaman "los dos reinos".

Divididos literalmente por una avenida, Altozano fue repartida entre los dueños de la embotelladora y los dueños del campo. Los "reyes" eran Luciano Riviera, anteriormente el cerrajero del pueblo, y Antonio Sánchez, electricista. Ambos, dotados de una habilidad para el mando que no supieron explotar antes del Quiebre, lideraron los reinos hasta los eventos sucedidos el 12 de Septiembre y que ha sido conocido por los libros como "la masacre de Altozano".

El déspota.

"Llegaron de ninguna parte. Pensábamos que estaban muertos…".

Las palabras de Emilia Rivera representan el pensamiento de los habitantes de Altozano aquel 12 de septiembre fatídico. También demuestra el factor decisivo para los ganadores de aquella carnicería: la sorpresa.

En la madrugada de aquel día, los reinos reposaban en quietud. Convencidos de la estabilidad territorial, habían bajado la guardia lo suficiente como para no percatarse de la amenaza que se gestaba entre el aserradero y el monte.

Aproximadamente a la 1.00 am, un grupo de 150 personas andrajosas y hambrientas atacaron la embotelladora de agua. Los ocupantes, desprevenidos, fueron masacrados sin piedad.

Uno de los pocos sobrevivientes de aquel primer ataque prefiere no dar a conocer su nombre, apenado de los eventos que luego se desencadenaron por lo que considera su culpa. Esta fue parte de su testimonio:

"No hablaban, sólo gritaban. No, ni si siquiera eso. Eran alaridos monstruosos. Entraron de esa forma. Se notaba que no había estrategia alguna y que la única consigna era matar a lo que se moviese.

»No puedo sentir otra cosa que no sea vergüenza. Mientras algunos se levantaban a pelear, yo me escondí en una oficina y vi todo desde la ventana. Vi mujeres y hombres siendo destrozados a tiros y navajazos. Una mujer tenía un nene en sus brazos… ella lloraba y lo abrazaba para que no viera. Uno de esos monstruos la vio y…

» {…} Me encontraron. Yo estaba temblando tan fuerte que no podía hablar sin tartamudear. Me asumí muerto. Alguien se me acercó. Tenía unos ojos grises increíblemente penetrantes y sonreía con hilera de dientes blancos que sobresalían de una barba larguísima pero perfectamente cuidada. Supe enseguida (y lo confirmaría después) que ese era su líder.

» Lo que más miedo me dio fue su tono. No era violento en ningún sentido… Era totalmente cordial y su voz era de una cadencia suave y melosa. Solamente me preguntó una vez donde guardábamos las armas y yo

respondí inmediatamente.

» Con una sonrisa amable, me tocó el hombro como quien le da un palmazo a un niño complaciente y se retiró. Me dejaron allí. Cuando salieron me miré los pantalones. Me había orinado encima.

Los reinos de Altozano habían olvidado a aquellos que se habían esparcido por el bosque y que, como los bárbaros con Roma, ahora volvían enardecidos a reclamar lo que consideraban suyo. Nada más que esta vez no había ninguna fuerza militar para oponerse, tan sólo un grupo de pueblerinos temblorosos y mal acostumbrados a la tranquilidad.

Este grupo de forajidos había pasado varios meses a la deriva, sobreviviendo de la caza y la pesca, la cual nunca fue demasiado abundante en el Río Largo. Despojado de todo tipo de comodidad material, se vieron forzados a construir asentamientos improvisados y a estar constantemente en movimiento. Como los habitantes que quedaron en Altozano, ellos también sufrieron varias etapas de acomodamiento. Ahora, organizados y decididos, eran liderados por Oliver Rikke.

De este antiguo militar no se sabe demasiado. Antes del Quiebre siempre se lo había considerado una persona huraña y retirada. Nadie había visto su casa por dentro y no se le conocían amigos o familia.

Convencidos de que lo único que podían hacer para sobrevivir era controlar Altozano, y seguros de que el único que podía ostentar ese poder era Rikke, docenas de hombres y mujeres atacaron el edificio de la intendencia donde Antonio Sánchez había montado su operación.

Fieles a su estilo, los leales a Rikke entraron al ayuntamiento profiriendo alaridos de cólera que, en un primer momento, paralizaron a todos los presentes. Sin perder un segundo, y ahora armados, comenzaron nuevamente la masacre. Antonio Sánchez fue capturado y maniatado.

El reino de Luciano Rivera ya estaba enterado de lo sucedido y esperaba paciente la lucha que se aproximaba. Pero Rivera era un cerrajero, no un estratega. Aproximadamente a las 5.00 am, cuando el sol comenzaba a emerger del horizonte, se escucharon tiroteos en la avenida que separaba los reinos. Forzados hacia delante y convencidos de su superioridad numérica, los soldados de Riviera avanzaron y, en un primer momento, parecían dominar la situación.

Fue entonces cuando, de la nada, un pequeño grupo de setenta hombres bajó desde el monte. Traían consigo botellas cargadas con kerosene.

Confundidos, los soldados de Riviera se vieron atacados por ambos frentes. Desesperados al ver que su retaguardia se prendía fuego, los hombres comenzaron a dispersarse y entonces la batalla se convirtió en la tercera matanza del día.

Luciano Rivera, con una herida de bala en el hombro y quemaduras graves en su pierna derecha, fue confinado junto a Antonio Sánchez, su antiguo enemigo.

En el mediodía del 12 de septiembre, tanto Riviera como Sánchez fueron trasladados a la plaza de armas. Allí, sobre una tarima improvisada se alzaba Oliver Rikke, el dueño indiscutido de Altozano. Participando en la congregación estaba Emilia Riviera, esposa de Luciano:

“Los invasores nos llevaron a los sobrevivientes hacia la plaza. No nos sacaban los ojos de encima. Los que quedábamos llorábamos en silencio porque teníamos miedo de hacer demasiado ruido. Fue entonces cuando lo vi.

»Era Rikke. Estaba perfectamente afeitado y vestía su uniforme militar. Sonreía y levantaba las manos como si fuera algún tipo de héroe. Sus soldados aplaudían y algunos parecían llorar de la alegría.

» Con un gesto, unos hombres arrastraron a mi pobre Luciano y a Sánchez a la plataforma. Luciano estaba muy lastimado, ni siquiera podía levantar la mirada del piso… Entonces Rikke comenzó un discurso acerca

de cómo los habitantes de Altozano no vivirían bajo el miedo y de cómo seríamos un pueblo unido bajo su mandato. El miserable tomó su arma y…

Ni Sánchez ni Riviera dijeron nada cuando Oliver Rikke, el gobernador de Altozano, apoyó su revólver en la cabeza de cada uno y apretó el gatillo. Era la primera ejecución de su gobierno.

La dictadura de Oliver Rikke duró 110 días. Aunque el carismático cabecilla de Altozano había prometido una suerte de paraíso terrenal, en lo concreto sólo hubo terror y muerte. Cada uno o dos días se efectuaba alguna ejecución por mano del gobernador o alguno de sus generales. La excusa siempre era la misma: traición. La realidad, sin embargo, era que Rikke se estaba deshaciendo de aquellos que no podían trabajar: heridos, enfermos y hasta algunos niños. También daba un ejemplo de disciplina a todos aquellos que manifestaran dudas.

Estableciéndose en la antigua alcaldía de la ciudad, Rikke se rodeó de guardaespaldas y comenzó a dar órdenes a través de voceros oficiales. El pueblo rápidamente se reorganizó y cada persona obtenía raciones de alimento y agua según lo que, acorde a una lista conformada por el gobernante, hubieran aportado a "la grandeza de Altozano". En algunos casos no hubo alimento repartido para los que, por algún motivo u otro, no habían dado la talla. Compartir las propias raciones era considerado un delito y, en varios casos, fue pagado con la muerte.

La personalidad de Oliver Rikke fue un tema de intensa discusión en el caso de Altozano. Muchos parecen considerar que Rikke era un paranoico cuyo estado de salud mental iba deteriorándose progresivamente. Varios testimonios sobre sus discursos parecen indicar que Rikke se consideraba a sí mismo un Dios sobre la tierra, una suerte de "elegido". Su megalomanía y sus ideas persecutorias parecen haber sido el componente que motivó la organización de aquellos que estaban dispersos entre el monte y el Río Largo. Aparentemente, Rikke era una persona de gran carisma y que aparentaba una enorme seguridad en sí misma. Los desahuciados pobladores de Altozano que se encontraban desperdigados por el monte no dudaron, una vez restablecida la posibilidad, de seguir sus órdenes sin debate.

Algo que no parece cuestionarse es su inteligencia. En los tres meses y medio que ostentó el poder, Rikke se las ingenió para generar un sistema de espionaje inquisitorio, imponer un toque de queda respetado a rajatabla y para prohibir las congregaciones.

En cierto sentido, Rikke fue un dictador perfecto. Su abrupto final no tuvo nada que ver con fallas estratégicas ni con el triunfo de enemigos. Lo que Oliver Rikke no podría saber era que el Quiebre tenía fecha de caducidad.

La caída de Altozano.

"Entonces lo vi ahí. Estaba rodeado con su guardia, a punto de dar un discurso. No lo dejé ni siquiera empezarlo".

Era víspera de Año Nuevo, 31 de diciembre. Se acercaba la medianoche. Oliver Rikke se aproximó al centro de la plaza de armas, escoltado por cuatro de sus hombres.

Era una noche cargada con nubes oscuras y amenazadoras. Una sensación eléctrica atravesaba el aire y elevaba un sentimiento de angustiante inquietud. Todos los pobladores de Altozano se encontraban reunidos en aquel lugar. De los mil doscientos que originalmente conformaron el pueblo, sólo vivían quinientos.

Aunque dirigía sonrisas y saludos, algo en el paso lento y forzoso de Oliver Rikke servía de elemento premonitorio, como si supiese lo que estaba a punto de acontecer.

Con una dificultad inusitada, ya que el líder acostumbraba a mostrar una fortaleza inflexible ante su público, caminó los escalones que lo elevaban del suelo y lo colocaban encima de las miradas sumisas y temerosas. Como siempre que daba discursos, no tenía ningún papel encima, las palabras serían improvisadas.

Oliver Rikke levantó las manos en señal de triunfo, puso su mejor sonrisa y comenzó:

— ¡Hoy comienza una nueva…! — fue lo único que llegó a decir. Desde alguna parte del público se escuchó el terrible estruendo de la pólvora.

Rikke cayó herido en su pierna izquierda. Sus guardias lo miraban incrédulo, sin afecto ni maldad. Tan sólo observaban como la sangre brotaba de su antiguo líder, y como empapaba el suelo de su escenario.

La masa congregada contuvo la respiración. No hubo movimientos frenéticos ni tampoco cundió el pánico, tan sólo la expectativa ansiosa. De entre la gente surgió Emilia Riviera con un revolver humeante en su mano derecha. Su cara expresaba un odio paciente y seguro.

Los guardias la dejaron subirse a la plataforma donde se revolcaba dolorosamente Oliver Rikke. Detrás de ella había otros que también cargaban pistolas.

Rikke vio como sus verdugos se acercaban y no hizo nada para detenerlos. Sabía en su corazón que todo se había acabado. Luciendo la sonrisa por la cual era conocido, extendió sus brazos y se dejó matar. Su cadáver no fue expuesto ni maltratado. Los vecinos de Altozano dejaron al muerto donde estaba.

Entonces, se miraron los unos a los otros con vergüenza, con asco y con dolor. El Quiebre de Altozano había terminado.

La lluvia cayó sobre todos ellos y caló hondo. Por un segundo todos se quedaron quietos, contemplando cómo las gotas que caían del cielo limpiaban la sangre de Oliver Rikke y al pueblo mismo. Entonces, sin decir más, la plaza quedó vacía.

Los hechos que sucedieron después son ampliamente conocidos: la investigación, el juicio y la exoneración de Altozano; su breve momento de fama internacional y su pasaje a la historia como uno de los tantos misterios que ni la ciencia ni la imaginación pueden explicar.

El pueblo tuvo una breve reanimación luego de que el caso fue difundido. Miles de personas ocuparon Altozano, buscando el secreto del Quiebre. Por supuesto, fallaron. Poco a poco el interés fue desapareciendo y eventualmente Altozano quedó vacío. Sus antiguos pobladores se dispersaron a lo largo del país y nunca miraron atrás.

Somos pocos los que quedamos. Ni siquiera sabemos por qué. Una regla silenciosa nos impide hablar de lo que pasó. Vivimos en clausura y apenas nos hablamos el uno al otro. No nos culpamos de nada pero no podemos perdonarnos.Tampoco nos interesa cuánto tiempo haya pasado, ni el juicio ni la exoneración.

Y es por eso que cada Noche Buena, al caer la noche, trabamos nuestras puertas y cargamos nuestros rifles. Entonces, como aquel triste 31 de diciembre, no hay nada en Altozano que no sea silencio.

FIN

Ruin Ano Viejo holgando se descuerna

Una lluvia impetuosa de poca duración cayó sobre el aguacatillo, cierto árbol de la familia de los laureles, de tamaño grandísimo, aún mayor que el aguacate, mojando a las luciérnagas, menos luminosas que el cocuyo, y sobre los humores claros formados en los granos de la cara de mi amiga Armelia, lo mismo que sobre mi cara.

Como sobre una tierra sembrada de hojas, la lluvia nos pilló haciendo sexo entre hojarasca, en el Paseo de la Quinta, en Burgos, que parece, en Otoño una plancha de color ocre que cambia las hojas mojadas caídas de los árboles por el viento con variedad de formas, aspectos y tamaños. Hojas de estaño, de papel, de lata, de oro.

Los que caminan por encima de ellas parecen que pasan, al pisarlas, por una plancha de madera giratoria, o que asoman sus pies calzados por el vano de una puerta o por el de una ventana en armadura de cobre y plata de varias hojas.

Ahora, vemos cómo una pareja de jóvenes caminan de prisa, resbalan y se caen. Sobre el suelo, parecen dos petos y espaldares de lata cubiertos de hojas. Mirándose, se pusieron como hoja de perejil, increpándose el uno al otro. Debajo de las hojas cayó el joven quedando dos veces mojado; encima la chica, enseñando un culo de chapa fina y estañada con hojas húmedas. Viéndola así, sin bragas, parecía el culo de una hojalatera. A mí, que la vi, me dio tal asco que me prometí no volver jamás a hincarle el diente a ese hojaldre de hojalata, o ese queso de Cabrales envuelto en hojas otoñales.

Armelia dijo que parecían "una bola de sebo después de cocido al horno".

—Me tienes cocida, le dijo la chica, prosiguiendo:

—Deja lo que tienes entre manos para seguirlo con mejor ocasión.

El joven parecía una especie de hogaza con un una pieza de chorizo en el centro sobre esa hojarasca o conjunto de hojas caídas de los árboles en frondosidad más que excesiva e inútil por esta "senda de los elefantes", lugar por donde, al atardecer, y su noche, pasean las parejas enamoradas y se encuentran condones y trapos en camino que va hasta el Vivero municipal.

En un instante, se levantan por si solos y no sin gran esfuerzo; se sientan en un banco verde de la Caja del Círculo, moviendo y quitando a la ligera las hojas pegadas a la suela de sus zapatos.

Yo le digo a Armelia:

—El espíritu del Amor es llevado sobre las hojas.

Reímos.

El paseo está hojoso. Las hojas caídas de los árboles, y mojadas, forman holandillas, especie de lienzo o clase inferior de tabaco. Nos levantamos nosotros, también. Nos cogemos de la mano, marchando hacia el Capiscol, no sin antes oírsele a la joven decir en forma jocosa:

—El diestro en cabalgar a la brida y a la jineta, ahora tiene que ir andando, ¿eh?.

Les miramos y nos reímos los cuatro muy francos y estrepitosos, echando uno la mano sobre el hombro del otro, sin saber decir si primero fue ella o yo.

—Esta noche, le digo al oído, con el tercer polvo nocturno llegaremos a los orales maitines.

Mientras marchamos, se escucha a lo lejos la campana de la Cartuja de Miraflores que llama a unos frailes que han bajado, saltando la tapia, para ir a la cafetería de Fuente Prior a giñar, pues, como uno de ellos dice, "no queremos hacerlo en la celda por lo mal que huele el olor de santo".

A lo lejos, la ciudad de Burgos hace juegos o visos de luz al reflejarse en ciertos objetos o materias. Ya habían dado las luces de la repelente Navidad.

Armelia dijo:

—Son Fiestas para mear o cagar.

—Estas Fiestas turbias y cenagosas, le repliqué yo, están enfermas, embeodan y adeudan a la ciudad. Mientras el Consistorio despilfarra en luz, hay familias que no pueden pagar su recibo, y tienen que encender una vela , pues están con el agua al cuello, en trance muy grave.

Cada vez que nos acercábamos más a la ciudad, nos asombrábamos de cómo íbamos bajando hacia una letrina de luces y casetas de baratijas y alimentos caducados. Cosas baladíes e insignificantes. La catedral aparecía como una esmeralda de figura de perilla con pelos de punta.

—De estas Fiestas, aseveró Armelia, se surte la Iglesia y el Estado para abrevar el ganado.

Justo al llegar a la calle de la Paloma, cayeron del cielo cada una de las cuatro plumas que siguen a los cuchillos o remesas del ala de las aves, cubriendo las albardas de las bestias de carga que iban de un lado a otro contemplando los tenderetes o empezando a subir las escaleras que conducen a la catedral, abrevadero del sentido.

Garrulos eran ellas y ellos, que venían desde Arlanzón, lugar en la provincia de Burgos. Lugar ameno y fértil cubierto de vegetación.

El viento, el agua del río de su mismo nombre, hacían un ruido continuado. Unos niños y niñas del Instituto Comuneros cantaban bailando una jotita en los soportales de la calle la Paloma:

"Cásate con un pastor,

si quieres vivir tranquila,

es el único que hará

con tu madre buenas migas."

Armelia y yo, ahora, vamos comiendo unas fresas "acabadas de coger", como dice el tendero de la calle los Herreros. Nos sentamos, porque ha escampado, en un banco corrido de piedra de la Plaza Mayor. Miro a mi amiga, garrula, abultada de carnes, de buen comer, cómo hace gimnasia con unos movimientos espontáneos de los pies, como si hiciera salto de altura, salto con garrocha, trampolín. Me dice:

— Amigo, tú no sabes lo que cuesta mantenerse en forma. Aunque esto no es nada con lo que tuve que hacer ayer en la mañana en el sucio gimnasio de la Caja de Burgos. Tuve que aprender a hacer movimientos artificiales y forzados como caballo de saltos, mazas y pesas, escalera horizontal, dorsal, oblicua, tabla de puñales, escala marina, de pistones, cuerdas lisas, percha de amoros, escala de triángulos, escalones, muro de escalar, anillas, polea, paralelas, picas y banco para ejercicio en decúbito.

—Estás tu fresca, le digo yo, contrayendo los músculos en las extremidades anteriores y posteriores. Si con estos ejercicios piensas que vas a llegar a catedrática o política, lo tienes claro. Como no te engañes a ti misma en lo que piensas, es absurdo lo que pretendes. Además de que, por otra parte, a mi me gustas como eres.

—Pues sí, me responde. Ahora estoy andando los surcos que dejan ciertos políticos en la tierra al desovar. Me sé muy bien dónde ponen la pezuña y los huevos, pues el hoyo o señal que hacen es el mismo que el de las aves de montería hozando o escarbando en el erario público. Sé que la política es estiércol y excrementos de estos animales gárrulos.

—Bueno, le digo, si tú lo ves así, no vas por el mal camino. Pero ya sabes que hay que conocer muy bien el cómo echar a los animales, bueyes y borregos que nos habitan y que conforman la sociedad, el estiércol o excremento. Has de saber tronchar y comer las hojas de la Jurisprudencia local y regional después de haber despertado.

—Sí, ya sé, responde, que hay que presentarse con frialdad, con poco interés, con poca vehemencia, aunque con gracia e ingenio para sacarle dinero al constructor o banquero.

—A frías, le grito yo, fríamente.

Y ja,ja,ja, reímos viendo a unos peregrinos del Camino de Santiago que parecía vinieran a la catedral a tomar ciertas aguas medicinales, que se quedaron, por un instante, un poco pasmados al contemplarla; y contrariados, pensando que si merecía la pena el haber venido desde Frías, ciudad de la provincia de Burgos, a esta ciudad que, cual ave zancuda, destilaba resina en el mar de luces producidas por estas Fiestas espantosas.

—Ah, sí, respondió Armelia. Ya sé que hay que saber levantar o retorcer los pelillos de la política. Que tiras de cuero, goma, candaos, hay que hacer para que sea perfecto el ajuste de los pueblos.

—Advierto, amiga, que tienes una idea fija y esta idea en ti es como la pieza de la cabeza que ciñe la frente del animal y termina por los lados de las carrilleras.

—Aunque gárrula, me responde sonriente ella, yo sé hacer frontería, hacer frente a las cosas. Me siento caudilla, y ¿ves?, cada una de las fajas que se ponen en el serón por la parte de abajo adornan cruzadas mi pectoral. Y sé, también, que la política es el arte de hacer una pieza de piel, hecha a modo de almohadilla a medida, para ponerla en el testuz de los ciudadanos uncidos, para que no se les lastime la coyunda y, sumisos, obedezcan.

—Vaya facha—da que tienes, maja, le contesto yo entre risas. Como todas las bestias bautizadas tienes una señal gamada en la frente.

—Y tú tienes un rizo de cabello o bucle de Buco, macho de la cabra, me responde.

Armelia contrajo la piel de la frente próxima a las cejas haciendo producirse en ella arrugas verticales como demostración de enojo y desabrimiento.

—No tergiverses u oscurezcas la verdad, me dice. Este es un intento que deseo llevar a cabo. Yo sé que produciré muchos vástagos y espinas aunque no llegue a la altura del rosal, pero que sacaré fruto de las diligencias que haga, igual o más, como queda reflejado en las actuaciones de nuestros gárrulos.

—Tendrás que saber bien decir jaja, bendecir fu y fa, le respondo. No deberás manifestarte inclinada en

un sentido ni en otro en un asunto, pues ya sabes que “en fucia del conde, no mates al hombre”, y hacerte amiga de los banqueros opulentos.

Ella calló, cogiendo un garrancho, ramo quebrado, cortado y desgajado de un árbol, que comenzó a chupar.

Yo empecé a hacer escarabajos con los dedos, letras, rasgos en las hojas secas. A charnela, a modo de giros análogos al de las tapas de un libro al abrirlo o cerrarlo.

Rompo el silencio, y le digo:

—Sí, vale. Tú tienes, maja, garrones, experiencia en este reino de garullada, gavilla de pícaros, y no serás fácil de engañar. Eres charlatana y embaidora como los curas, que saben vender drogas con agua bendita y proyectos de falsa fe. En poesía pastoril, eres la primera.

Por un momento, gozamos de felicidad. Yo veía a mi amiga como ser dotado de órganos para ser fecundada, Pero sin la fementida iglesia de por medio, falta de fe y de palabra. Ninguno de los dos, como Félix, obispo de Urgel y Elipando, primado de Toledo, creíamos en la humanidad de Jesucristo, que se hizo zoquete tomando la cabeza de la lanada o escobillón del rebaño.

Viniendo a cuento, le pregunto:

—Armelia, maja, este año celebraremos Año Viejo, ¿no?

—A otra perra con este hueso; me dejas atontada, responde. En este instante, te veo como un Bucranio, figura decorativa de escultura que representa la cabeza de un buey. ¡Si esta celebración no es más que una superstición de grado, por las buenas o por las malas de la iglesia y del estado!

.Hizo un silencio, y continuó:

—Al buey por el asta, y al hombre por la palabra, sí; pero al buey viejo múdale el pesebre y soltará el pellejo.

—Habló el buey y dijo mu, repliqué yo. Continuando:

—Pues bien, nos quedamos sin celebrar Año Viejo, que cencerros se me antoja esta Fiesta bueyuna. Teatro gracioso y chocarrero de un bufón tocando las doce campanadas.

—Sí, dijo ella. Espantajo que se pone al reloj apara espantar las horas.

FIN

El regalo de Navidad

Cada dos semanas el orfanato San Pablo organizaba una salida grupal. Era una medida relativamente nueva que les había impuesto el Ministerio competente y ahora se veían obligados dos empleados a vigilar a más de una docena de niños entusiasmados con el prospecto de su primer viaje turístico.

Se suponía que estaban en fila esperando al tren que los llevaría a dar una vuelta por el parque, pero incluso si insistían en que se tomaran de las manos y se estuvieran quietos alguno siempre se salía de la línea y no volvía hasta que un adulto se hubiera desgarrado la garganta. El calor del verano y la cercanía de las fiestas navideñas eran ambos conspiradores para la anormal cantidad de gente que andaba paseando por la plaza. Entre ellos y aquellos que venían por su propia voluntad, la fila era casi tan larga como la calle.

Cuando finalmente el tren rojo cumplió con su horario y apareció, llevando a todos los niños a un trance contemplativo de los personajes animados que pasaban con él, la encargada mayor les ordenó a los gritos a los niños de que se tomaran las manos para subir. El otro encargado los fue contando de dos en dos, a pesar de que sabía que eran un número impar. Faltaban cinco. Mientras los padres subían a sus niños, él buscó por sobre las cabezas y entre los pechos a una cabeza colorada que estaba seguro no haber visto. Cuando falló en dar con ella entró en el vehículo y le mandó a su compañera decirle al conductor que esperara un rato. Le respondieron que se apurara o se iban a quedar atrás.

El hombre pensó en la insoportable inconveniencia que había sido tener que llegar hasta ahí y en cuánto preferiría estar en su oficina con aire acondicionado en lugar de quedarse cuidando a un montón de rezagados. Automáticamente maldijo al colo, sólo porque era la única identidad clara que tenía como culpable de esa nueva molestia.

Menos mal que no le tomó mucho tiempo. Estaba cerca de la estatua de San Martín y los otros cuatro formaban un grupo cerrado a su alrededor. Estos últimos eran de los mayores, tanto cronológica como físicamente, y el segundo más alto se reía por algo que el niño de rostro tan rojizo como su cabello había dicho. No tenía nada de nuevo esa escena.

—¡Che! –los llamó—. ¡Dejen de tontear y muévanse! ¡El tren ya se está por ir!

—Vamos –dijo uno de los chicos mayores.

El que se riera se inclinó a decirle algo al colo, pero todos siguieron su marcha y aceptaron tomarse de las manos al entrar. Una vez adentro ocuparon los únicos asientos disponibles. Mientras el hombre se iba al frente para informarle al conductor de que ya estaba todo en orden, el colo se quedó al lado de un niño de tres años encima del regazo de su madre, haciendo saber al mundo que tenía unos excelentes pulmones y además estaba en medio de una rabieta.

El colo, al que todos llamaban colo por defecto y Manuel cuando lo regañaban, quería que la tierra lo tragara y no lo escupiera hasta que fuera lo bastante grande para no importarle lo que esos brutos decían. Incluso a sus escasos ocho años de edad ya tenía una idea bastante clara de su inteligencia respecto a la de otros. Al menos cuando estos se concentraban tanto en perseguirlo para hacerlo caer a pura zancadillas y luego burlarse de lo bruto que era.

El colo miró la nuca del hombre que los había traído, el mismo que se encargaba de las cuentas en el orfanato y había visto varias veces a los chicos rodearle, pero no había dicho nada. ¿Le importaba alguno de ellos? ¿O era de verdad tan imbécil que no se daba cuenta de que como adulto debería estar diciendo algo? Al menos el tipo antes de él, el señor Martínez, decía algo del tipo "no peleen", pero este ni siquiera se tomaba esa molestia. Le gustaba el señor Martínez. Incluso lo enviaba a la enfermería para pedir nuevas curitas, mientras a este veía sus rodillas, manos o codos raspados sin pronunciar una sola palabra al respecto. Exactamente igual a las mujeres. Lo odiaba.

—Hola –dijo alguien a su costado y él se sintió dar un pequeño salto.

Al mirar vio a una chica sonriéndole. La primera impresión que tuvo de ella era que debía ser una muñeca traída a la vida. Con el cabello negro desmechado cayendo a los lados de su rostro, la blancura de su rostro resaltaba todavía más. Llevaba un sombrero que podría ser de copa pero era muy pequeño, sujeto por cintas negras con una mariposa metálica en la base. Sus labios pintados de un suave rosado se movieron.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Vale –siguió diciendo.

El colo miró al otro lado del asiento adonde estaba ella. Creía que el suyo era el último lugar disponible, pero debió haber contado mal porque ahí estaban. Esperaba ver a una versión miniatura que sería su hermana o algún niño, pero se trataba de un chico que debía ser unos años mayor, de piel morena y vestido con algo que le hizo recordar a un traje militar, pero nunca los había visto de color negro y rojo. Este tenía la cabeza vuelta hacia el exterior, sin ponerle ninguna atención hacia el ajetreo dentro del tren o a su acompañante. Debió sentir la mirada encima de él porque se movió apenas para mirarle de reojo con unos ojos celestes pero después de un segundo volvió a su posición original.

La chica estaba inclinada al frente, inclinando la cabeza para escucharle. No le gustaba el tipo con el que estaba, pero al menos ella parecía inofensiva.

—Manuel.

—¿Cómo la estás pasando, Manuel?

—Bien.

—He visto a esos chicos que te andaban molestando –agregó ella con un tono suave, como de mantener el tacto mientras hablaba de algo desagradable—. Perdona que te lo diga, pero no parecen que sean muy amables contigo.

Manuel sintió sus mejillas calientes.

—No me gusta cuando la gente se pone así –continuó la chica, frunciendo un poco el ceño—. Es una cosa muy fea para hacer a otros. ¿Y los grandes no dicen nada? Eso no está bien.

—Sí… —dijo Manuel y de pronto se encontró diciendo que no era la primera vez que le pasaba algo así, que ya le parecía que se ponían peor desde que sabían que nadie iba a detenerlos.

Le acabó contando a esa extraña Vale gran parte de su vida, más tranquilo y relajado sin que ella reaccionara negativamente cuando expresara su abierto desagrado. Lejos del inefectivo "ignóralos y se cansarán" o el clásico "vos sos mejor que ellos para eso", era como si la extraña estuviera de acuerdo con sus sentimientos. Por primera vez sintió que alguien estaba de su parte. Fue un lindo cambio, para variar.

Dieron la vuelta por el parque y un payaso vestido de Pinón Fijo subió desde una esquina para vender globos y alfajores baratos. La madre con el niño de tres años compró de ambos con la esperanza de calmar a su hijo y gratamente funcionó. Los niños del orfanato recibieron algunos globos gratis (por algo eran huérfanos), pero los alfajores tenían que ser pagados por el hombre de las cuentas. Y como era el caso que si le compraba a uno tendría que comprarles a todos, ninguno recibió el dulce.

Valentina se volvió al del traje militar y le susurró algo. Este le dio un dinero y Valentina se lo entregó al payaso, tras preguntarle a Manuel si le gustaba más blanco o negro. Apenas había conseguido comer algo en el almuerzo ese día, de modo que el par de paquetes de chocolate blanco fueron bien recibidos. Manuel esperó que alguno de los otros viniera y quisiera robárselo o extendiera la mano para "pedirle" uno, pero ninguno le ponía atención, todavía menos que de costumbre.

—Gracias –musitó en cuanto pudo acordarse de sus modales.

—De nada –dijo ella, llenándose la boca con su propio dulce—. Gracias –dijo a su amigo militar.

El susodicho se encogió de hombros por toda respuesta. Manuel quería preguntar quién era ese tipo y qué era de ella, pero Vale continuó preguntándole qué le gustaba más comer y la conversación volvió a girar entorno a él, lo que fue difícil de resistir.

Continuó viéndola en los días siguientes. Le había dicho cómo se llamaba el orfanato en ese primer encuentra, así que verla nuevamente saludándole desde el otro lado de la reja en el jardín le causó más alivio que preguntas. Todavía tenía cierta sensación de irrealidad mientras le hablaba, como si debieran ser personajes dentro de un libro de fantasía o un programa de televisión donde en el momento menos esperado a Valentina le comenzarían a salir alas con chispitas de colores. Pero le gustaba, aun así.

Mayormente hablaban de su día a día, yéndose con frecuencia en monólogos auto—indulgentes que nunca antes había tenido la oportunidad de expresar en voz alta. No fue sino hasta que ya había pasado una semana que Manuel se animó a inquirir acerca del tipo que parecía esperar a Valentina sin falta desde la otra vereda. Incluso si cambiaba la vestimenta podía reconocerlo sin problemas a la distancia.

—¿Ese? –dijo Vale, girándose un segundo—. Lo adoro. Se llama Kross. Es mi… ¿cómo te lo digo? ¿Sabes lo que son las personas que se besan en la boca, se toman de las manos y se compran chocolates entre sí? Es algo como eso, pero tampoco tan así porque a él no le gustan mucho esas cosas. Me ha ayudado mucho desde que era chiquita y lo sigue haciendo hasta ahora.

—Ah, bueno…

Manuel miró hacia sus pies. No sabía qué era lo que esperaba como respuesta y tampoco sabía qué le estaba causando aquella. Entendía la dinámica de las parejas.

—Voy a volver adentro –dijo. Se sentía mal con una pelota al final de su boca—. Hace mucho calor ahora.

—Bueno –respondió Vale, un poco descolocada—. ¿Quieres que te espere o que vuelva más tarde?

—Creo que voy a dormir hasta la hora de la comida –dijo en lugar del no directo que era incapaz de pronunciar.

Se dio la media vuelta, dejando colgada la mejilla que Valentina solía poner en su dirección para el beso de despedida. Regresó al edificio y se dirigió a la habitación que ocupaba con otros tres chicos. Dio un solo vistazo por la ventana en dirección a la otra calle y fue imposible no sentir su mirada atraída por los lazos negros y los tules blancos en movimientos mientras Vale le daba un abrazo a Kross. Kross la envolvía en sus brazos en respuesta. Se sintió como a punto de vomitar de nuevo y despegó la vista de ahí.

—¿Qué está haciendo, su majestad? –preguntó Kross, frotándole la base del cuello a Valentina.

Ella se acomodó contra su pecho.

—No sé, me da lástima el chiquito. Nadie le da bolilla y nadie mueve un dedo si le pasa algo. Me hace acordar a como vivía antes de estar con Tomás o contigo.

Kross sabía de qué época hablaba. Antes de vivir con el que sería una especie de figura paterna, Valentina sólo era una niña de la calle que vivía de mendigar en los sitios públicos y cuando aquel hombre murió, se convirtió en la residente de un manicomio abandonado lleno de otros desafortunados sin hogar.

—¿Quiere ayudarlo, mi reina? –preguntó.

—Podría… Me ha dicho que desde hace años viene pidiendo lo mismo para Navidad pero no ha podido recibirlo. Una bicicleta. Aprendió a manejar sin rueditas con su familia cuando tenía cuatro, pero desde que murieron no ha podido tener otra.

Kross sonrió sin disimulo. Conocía lo que implicaba una ayuda por parte de Valentina y le encantaban las consecuencias de ello. Siempre resultaban en un entretenimiento digno de verse.

El sentimiento que no sabía cómo llamar pero se parecía demasiado al enojo le duró hasta la siguiente visita de Valentina. Ella estaba tan alegre y solícita y había tenido un día tan malo que ni siquiera consideró una verdadera posibilidad rechazarla. De nuevo estaba ahí, la confianza, la facilidad de la charla que no tenía con nadie hasta que se hacía de noche y tenían que llamarlo a los gritos para que volviera adentro.

—¿Qué tal sería devolverles algo de lo mismo, Manuelito? –le preguntó Vale en cuanto lo hubo dejado descargarse.

—No, ¿para qué? Cada vez que les digo algo sólo se ríen y la seño Lima dice que tendría que aprender a resolver nuestras cosas entre nosotros.

—Bueno, no necesariamente vos, pero yo podría hacerlo. Tengo muchos amigos como Kross que hacen lo que yo les pida.

Manuel dirigió una mirada al frente. Desde que sabía su nombre Kross le daba una vibra como de perro guardián, uno por el cual los dueños pondrían carteles advirtiendo a los potenciales ladrones que tuvieran cuidado. Quiso imaginar qué clase de cosas ese perro podría hacer a una sola palabra de Vale. De pronto no le gustó pensar en ello y su cuerpo reaccionó con un escalofrío incomprensible incluso para sí mismo.

—No –dejó escapar con una exhalación, antes de cubrirse la boca.

¿De dónde había salido semejante vehemencia? Vale juntó a las cejas en modesta sorpresa y clara confusión.

—¿Por qué? –preguntó con esa forma inocente suya que no ocultaba nada—. Sería lo más fácil del mundo. Así ellos nunca te molestarían de nuevo y vos podrías hacer lo que quieras. No tendrías que aguantar grandes tan malos como los que tienes aquí.

—No –repitió Manuel dando un paso hacia atrás. Por el rabillo del ojo vio que Kross los miraba y la atención que les dedicaba requería de él tener los brazos descruzados para variar. ¿Había oído? Bueno, suponía que no sería tan fuera de lugar. Los perros tenían fama de excelentes oyentes. Volvió con Vale y ella todavía esperaba que elaborara más en su negativa, que le diera sus propias razones, pero ¿cómo hacerlo si ni siquiera él sabía cuáles eran?—. Escucha… no hagas caso de lo que te he dicho. Todo está bien. No tienes que hacer nada.

—Pero quiero hacerlo –dijo ella, elevando el labio inferior en un puchero que probablemente se vería ridículo y falso en cualquier persona tan grande como ella, pero que los vestidos y el conocimiento previo de su carácter sólo permitía tomarlo en un sentido literal—. No quiero que la pases mal… sobre todo ahora que viene Navidad. ¿No quieres tener una celebración linda, tranquilo y contento sin molestias?

Manuel mantuvo la vista en el suelo. Se obligó a pensar en carteles de cuidado con el perro para no subir la cabeza y hacerle saber que eso era exactamente lo que quería. Sólo que no como ella lo ofrecía.

—Nosotros… —empezó, agarrando el borde de su remera en su puño— vamos a recibir juguetes donados por dos iglesias este año. Puede que por ahí me toque algo bueno. Y, y… —Tragó con fuerza, buscando qué seguirle para intentar convencerla— todos ellos ya son muy mayores. Dentro de nada los van a estar adoptando o se van a tener que ir.

—Pero para eso pueden pasar años, Manuel –dijo ella con un tono casi maternal—. En un solo año, incluso una hora, pueden hacerte muchas cosas. ¿No sería mejor encargarse de eso mientras se pueda y no tener que preocuparse más?

Manuel no veía películas de mafiosos y Valentina tampoco, pero ambos entendían lo que significaba encargarse de alguien en ese contexto. Valentina lo tenía tan claro como una parte normal de su vocabulario. Manuel echaba miraba hacia Kross, seguro de que éste ni siquiera miraba a Vale sino a él, y eso no le gustaba para nada. Cualquier deseo de confirmar de pedir aclaraciones se le deshacía antes de que siquiera formularlo. Se sentía como si dando un paseo de pronto hubiera encontrado un escorpión asomándose por una rosa que justo quería tomar. Sólo le había pasado una vez.

—No quiero que hagas nada –espetó, frotando la mano que había extendido en aceptación sobre su otro brazo—. Ya alguien me va a sacar de aquí. Por Navidad algunas veces vienen padres. Me van a sacar de aquí, no te molestes.

—¿No quieres que yo lo haga? Podría convencer a los otros de tomarte.

Manuel levantó la vista y Vale tenía una sonrisa preciosa, la misma con la que le entregó los alfajores sin darle mayor importancia. La amabilidad con la que le hablaba incluso ahora le hizo conjurar una imagen de ellos dos caminando de la mano a la escuela, comiendo un helado en la plaza, ella agachándose para dejarle tocar los adornos que se ponía en el cabello y yendo a comprar una nueva bicicleta. Era tan fácil verlo cuando ella le miraba así, como si de verdad le importara. Como si de verdad lo quisiera.

Pero luego estaba el tema de la semántica usada, otra vez. La enorme diferencia que había entre “vamos a adoptarte”, palabras que nunca había escuchado dirigidas a él, con las que todos los chicos ahí adentro soñaban, y “vamos a tomarte.” La implícita certeza de que tendría que ser tomado para poder salir de ahí, dejando a algo desconocido y sin correa entrar por la puerta.

Manuel empezó a llorar. No tenía idea de por qué exactamente, pero Valentina tampoco preguntó, sacando un pañuelo de tela de un bolsillo invisible para pasárselo por las mejillas. Su mano se sentía tibia, más suave que cualquiera de las pocas personas que sostuvieron pañuelo de papel para que soplara.

—No –le dijo, alejándose a pesar del dolor que empezó a penetrar en su pecho con cada palabra—. No quiero ir contigo.

—¿Manu?

—Vete a casa –hipó, limpiándose con la manga—. No quiero que vengas. No quiero que hagas nada. Déjame en paz.

Valentina pareció herida por sus palabras y él se dio la media vuelta, corriendo para echarse en la cama y empezar a olvidar la confusión que llenaba su cabeza. Cada fibra de su cuerpo peleaba por devolverlo atrás, por decirle a ella que podía hacer lo que quisiera siempre y cuando no volviera a dejarlo solo, aceptar sus abrazos, los caramelos y la serenidad perfecta, pero algo dentro de sí sabía mejor que eso y tenía miedo de lo que podría pasar si no le hacía caso.

Valentina se quedó unos segundos en esa misma posición, de rodillas, el brazo semi—extendido por entre las rejas del patio para limpiar una cara que ya no estaba a su alcance. Al erguirse Kross estaba a su lado. Había oído sus pasos y la mano sobre su hombro no la sorprendió.

—¿Nos vamos, majestad? –dijo él con suavidad, un registro que sólo lo reservaba a ella.

Valentina lo vio y sus ojos estaban secos, pero la determinación detrás de los irises verdes claro envió un pequeño chispazo de excitación en su cuerpo. El orgullo empezó a rugir y a cimentarse con fuerza cuando ella guardó el pañuelo con la mano convertida en un puño.

—Tenemos que ayudarlo. Llama a los otros.

La sonrisa que dio Kross podía haber sido encantadora para algunos. A Manuel lo habría espantado, viendo puros dientes a punto de atacar.

—Sí, mi reina.

La Navidad era una época excelente para los demonios. Los de más alto rango, aquellos que normalmente se quedaba en el infierno esperando a una seria de circunstancias que hicieran posible su aparición, veían las fechas acercarse y pasar sin otra cosa que un encogimiento de hombros. Los de nivel medio y bajo, aquellos cuyo poder podía ser retenido más fácilmente sin problemas, y por lo tanto se encontraban libres para merodear por la Tierra, aprovechaban las fiestas, el alcohol inducido, las drogas repartidas en fiestas y los deseos suicidas para buscar al humano que les permitiera manifestar su verdadera naturaleza. Ellos no podían hacer nada de mayor peso sin el consentimiento apropiado, el cual se veía más fácil de conseguir a medida que la noche avanzaba con su manto implacable en cada rincón del mundo.

A la mañana siguiente habría accidentes de autos y sería fácil achacarlo a la bebida. Miembros de una pareja parecerían haber perdido el control de repente y acabar con su compañero sin parpadear un segundo. Cuerpos colgando de vigas en el techo o en el armario abierto, algunos con notas y otros sin ellas. Escopetas presionadas contra bocas abiertas y dispuestas, dándoles la bienvenida. Pastillas tomadas en un número superior al recomendable. Bolsas de plástico succionadas en un último respiro desesperado. ¿Quién podría nunca encontrar nada raro en ello? ¿Qué alarmas iban a encenderse si el susurro en el oído de un perturbado de pronto adquiría manos solícitas y un hambre por algo que no era comida? Algunos incluso se entregaban con amor de amantes antes del fin del mundo. Otros, desde luego, sentían terror. Dependía mucho de las preferencias de la voz, realmente, y cómo prefiriera recolectar su siembra.

El grupo invisible que acompañaba a Valentina por la vereda se sentía especialmente afortunado. Eran varios y su número fluctuaba constantemente, de modo que ni siquiera ella los conocía a todos. Tenía ubicados los rostros y los nombres de los miembros más constantes, y con eso se sentía satisfecha. El resto sólo se sentían inclinados a andar por sus alrededores con la promesa de un entretenimiento digno, como les tocaba esa noche.

El edificio del orfanato era una construcción gris repintada por un plan del gobierno hacía los suficientes años para que ya casi no se notara. Un sólido portón de metal separaba el patio del frente con el exterior, ubicado en el medio de dos paredes delgadas de cemento rugoso. Unas luces navideñas brillaban justo debajo de los vidrios molidos en la parte superior y un moño rojo colgaba del pequeño visor por el que revisarían quiénes eran los visitantes antes de permitirles hablar. El moño parecía un adorno al que habían utilizado varios años seguidos. Los brillos en los bordes casi habían desaparecido.

—Se han matado con las decoraciones –dijo una mujer vestida en un disfraz de Papá Noel que le permitía

presumir de sus piernas.

Ella, como todos en el grupo, tenía los ojos negros sin ningún espacio blanco. Sólo se veía la pupila bajo la luz correcta y los reflejos alrededor podían tomar el color que fuera, cambiando a cada segundo como un arcoíris que no cesaba de girar, retorciéndose sobre sí mismo como sobre una llama consumiéndolo. Podían hacer que cualquier humana ante el cual decidieran manifestarse los vieran del color que quisieran, de modo que no levantaran sospechas. La única excepción a esa característica común entre ellos era Valentina, cuyos ojos verdes claro miraba hacia arriba desde hacía tiempo.

Ella había visto las ventanas y esperaba ver a una figura de brillante cabello rojo, pero no había tenido ninguna suerte. El diseño en rojo sangriento y verde mustio de su vestido la hacía ver como una muñeca de temporada a la que hubieran mantenido guardada en el sótano por muchos años, finalmente con una oportunidad de moverse por su cuenta. El detalle que habría sido difícil relacionar con esa imagen sería el hacha pintada a rayas blancas y rojas sujeta por un soporte disimulado en su espalda.

Nadie creía que tendría una oportunidad real de utilizarla, pero la prevención nunca vendría mal. Un hombre cuyo estilo de motoquero no combinaba para nada con su sombrero de Papá Noel miró a la cerradura del portón y luego a Valentina, expectante.

—Abran la puerta –pronunció con su voz suave.

El hombre puso su palma en contra de la cerradura por un segundo y luego tiró de la manilla. El hombre corrió el portón a todo lo que daba y los presentes se dispersaron por el patio. Valentina volvió a levantar la vista, abstraída. Kross a su lado se irguió, arreglándose la corbata de moño negro que iba con su propio disfraz navideño. No le importaba lo que nadie dijera, Jack Skellignton era tan parte de las fiestas como cualquier árbol con luces.

—Póngase en posición todo mundo –anunció, dirigiéndose a la puerta de la entrada.

Algunos impacientes rezongaron, pero la mayoría subió por las superficies cual arañas, ubicándose justo al lado de cada ventana. Las del piso inferior tenían rejas encima, pero eso no representaría un problema.

—A su señal –dijo Kross, deteniéndose.

Nadie adentro habría visto todavía nada extraño ni sería capaz de oír sus voces.

Vio que Valentina seguía a su espalda. Esperó a que ella asintiera antes de sonreír y presionar el botón del timbre. Cuando una empleada abrió la puerta, limpiándose las manos en un pasador, Kross podía verla con unos ojos verdes gemelos a los de Valentina. La mujer los miró como el peculiar par que eran y luego a sus espaldas, el portón abierto. Esperaban que preguntara cómo habían entrado, pero en su lugar quiso saber qué querían.

—Disculpe –dijo Valentina, dando un paso al frente—. ¿Usted trabaja aquí?

—¿Cómo? Disculpen, pero estoy muy ocupada ahora en la cocina. ¿Qué necesitan?

—Necesito saber si usted trabaja aquí –siguió Valentina—. Para ver qué hacer con usted.

—¿Cómo? –la confusión de la mujer ahora era palpable.

La irritación venía justo detrás. Tenía la mano encima del picaporte y estaba lista para cerrarle la entrada en sus narices. Kross se volvió a Valentina.

—No creo que haga ninguna diferencia, mi reina –dijo sin molestarse en bajar la voz o pretender discreción—. Está aquí y ayuda a la misma gente. Además siempre es menos problemático no dejar testigos. Sólo por si acaso.

Valentina apretó los labios, considerándolo.

—Supongo que tiene sentido. El amigo de mis enemigos es mi enemigo, ¿no?

Kross sonrió.

—Exacto.

—¿De qué carajo…?

—Tienen permiso –dijo Valentina, mirando hacia un punto indeterminado sobre ella.

De pronto cada persona dentro del orfanato escuchó, vio y sintió a las ventanas estallando a un mismo tiempo. La mujer pegó un sobresalto, mirando a sus espaldas mientras gritos y sonidos de distintos destrozos comenzaban a expandirse desde el interior. Al volver la vista al frente encontró a Kross a un paso de distancia y sus ojos habían perdido el color.

—Mala suerte –expresó él con un ligero movimiento de hombros antes de agarrarla del cuello y elevarla del suelo, llevándosela al interior del edificio.

Valentina cerró la puerta detrás de ellos. Los gritos y sonidos de lucha se extendían desde cada rincón. Con sólo volver la cabeza hacia un lado o hacia el otro podía ver la manera en que las personas reaccionaban al ataque directo de los entes que recién ahora podían ver y tocar, pero no le hacía falta ejercitar ese tipo de curiosidad. Más le interesaba el revuelo que escuchaba encima de su cabeza, proveniente del segundo piso, adonde imaginaba estarían las habitaciones de los niños. Mientras los gritos de la mujer se apagaban bajo las manos de Kross, Valentina sacó su hacha festiva y la sostuvo en sus manos. Sintiendo la mirada verde sobre su espalda, el demonio disfrazado de Jack volvió la cabeza y le sonrió para indicarle que todo estaba bien.

—Yo me encargo, mi reina –dijo.

La mujer gimió con voz estrangulada. Lágrimas caían de sus ojos.

—Voy a subir –comentó Valentina, mirándola con la cabeza inclinada—. ¿Cuánto crees que tarden?

—Probablemente una media hora. Máximo una.

—¿Y luego van a traer las cosas, no?

—Sí, majestad.

Valentina sonrió. Un ligero rubor se abrió en sus mejillas, causa del entusiasmo. Incluso entonces parecía una muñeca. Se arregló un poco el vestido, extendiendo las mangas cortas sobre sus hombres antes de subir por la escalera. Ahí el griterío era indiscutiblemente infantil, con voces agudas mezcladas entre las risas y chillidos de emoción de los demonios. Era un largo pasillo con puertas abiertas y ventanas destrozadas. Cada paso traía consigo el sonido del vidrio bajo sus zapatos negros contra el cerámico del suelo.

Pasó por el pasillo, pero entre el escándalo y el movimiento de cuerpos no tuvo idea de adónde tenía que ir hasta que un demonio vestido de duende, orejas sintéticas alargadas incluidas, salió de un cuarto y le hizo una seña para que se acercara. Valentina no pudo evitar notar que se trataba de una habitación pequeña, quizá copias de las otras, con dos pares de camas contra las paredes y una ventana igualmente rota por la que otro demonio estaba desechando lo que quedaba de un niño.

—Por lo que ellos dicen, duerme aquí –le informó el duende. Estaba impecable, sin una mancha de sangre, pero eso no era sorprendente—. Está encerrado en el armario. No sabíamos si querías que lo sacáramos.

—No, está bien. Es un poco tímido, nada más. Si ya han terminado, ¿me pueden dejar la pieza?

El griterío era suficiente para que ellos tuvieran que elevar sus voces para hacerse oír.

—Ya acabamos –El duende le hizo una seña a su compañero, el cual se limpiaba las manos en las sábanas de la cama más cercana. Después de haber dejado la tela llena de manchas rojas, los dos se retiraron y cerraron la puerta.

Valentina no pudo evitar contemplar a la habitación. A pesar del desorden, de los objetos desperdigados sin orden, fue interesante ver los dibujos de los niños pegados en las cabeceras para identificar quién dormía en los lechos. Casualmente sólo el de Manuel había conseguido mantenerse intacto tras el ataque.

Esperaba oír el sonido de la puerta del armario abriéndose una vez se quedaran solos, pero no pasó nada por el estilo. Se acercó al mueble y sintió el sutil aroma de la orina debajo del de la muerte reciente. Estaba el cuerpo de un chico asomándose desde debajo de una de las camas. Tenía los pantalones secos.

—Aw, pobrecito –dijo, apenada—. No te pudiste aguantar, ¿que no? Qué lástima. Aunque supongo que mejor te convenía tener un accidente ahí, donde puedes cambiarte tranquilo. ¿Andas bien ahí adentro? –Aferró el hacha en sus manos—. Ninguno de ellos te ha lastimado ¿o sí?

No hablaba de los demonios. Valentina presionó la oreja contra la delgada puerta. Escuchaba unos bajos gimoteos e hipidos, ahogados quizá por su propia mano.

—¿Te has asustado? –preguntó—.No hacía falta. Ellos no iban a hacerte nada. Si vos no entrabas ahí igual iban a meterte para que no hubiera accidentes. ¿Seguro de que no quieres salir?

Le dio unos segundos para responder, sin resultados. Valentina manoseó la manilla de hierro abajo, pero no se atrevía a utilizarla para obligar al chico a salir de su ostra. Prefería que él saliera cuando se sintiera cómodo y lo deseara.

—Yo también he estado en un armario, asustada. Era alguien diferente entonces, pero todavía me acuerdo. Vi a mi hermana en el lugar de estos chicos, aunque ella en realidad acabó peor. No podía reconocerla al final. Sólo era un montón de carne revuelto sobre un vestido negro destruido. Me hubieran hecho lo mismo de no ser porque Kross llegó y los mató antes de que lo hicieran. Es muy feo cuando la gente se mete contigo y te hace cosas que vos no quieres. Incluso si les gritas que se detengan y peleas con todo lo que tienes, no hay manera –Seguía sin tener palabras de regreso. Cerró los puños y lo hizo caer por la superficie suavemente, desesperada por llegar al otro lado—. Cuando acabemos aquí nos vamos a ir, Manuel. Si bajas lo tomaré como que quieres venir con nosotros, pero si no asumiré que prefieres manejarte por tu cuenta. Ahora sos libre para hacer lo que quieras.

Un ligero golpeteo en la puerta hizo el corazón de Manuel dar un salto. No creía que pudiera asustarse todavía más desde el momento en que escuchó el estallido proveniente de las ventanas, pero obviamente se había equivocado, justo ahora que el alboroto de afuera se había calmado y lo único que le llegaba con claridad eran las palabras susurradas de Valentina al otro lado. Supo que alguien estaba entrando en la habitación y, a pesar de lo que ella le había dicho, Manuel se encontró apretándose contra el fondo del armario, respirando en cortas y rápidas exhalaciones el olor de su propio cuerpo. Valentina y ese nuevo monstruo (ni por un momento había podido creer que no fueran otra cosa) conversaron unos minutos antes de que oyera los pasos de ella de nuevo acercándose.

—Salí cuando quieras. Vamos a estar abajo hasta la mañana esperándote.

A pesar de sus palabras, ella no se fue de inmediato. No tenía forma de saber lo que hizo mientras no hablaba. Sus pisadas dejaron de oírse merodear después de un tiempo y luego, sencillamente, sin una palabra, había vuelto a salir. Manuel se abrazó las piernas y enterró la cabeza entre sus rodillas. Estaba cansado de llorar y tratar de entender por qué estaba pasando nada de lo que sucedió. Quería dormir y que uno de los grandes viniera a sacarlo, llamándolo pendejo cochino porque se había mojado. Escuchar el escándalo de cada mañana a medida que todos se preparaban para ir a clases. Oler la leche chocolatada del comedor, el mate cocido mezclado con jugo de naranja y las tostadas con mermelada, manteca y dulce de leche. Sin duda, mañana

todo seguiría como siempre.

Cuando volvió a abrir los ojos se sorprendió qué era ese mal olor. Era peor que sus pantalones dentro de un espacio cerrado con la humedad de su propio cuerpo. Sentía el cuello adolorido. Le costó levantar la cabeza para mirar al frente, a la serie de sacos colgados de percheros. Un poco de luz entraba por la puerta que se había abierto cuando su pierna abierta se había movido al costado en medio de sus sueños. Le pareció más intensa que de costumbre y no entendió por qué. Solían poner las cortinas cada noche y abrirlas para las empleadas cuando subiera a limpiar.

Entonces recordó que era el día después de Navidad y que ninguna empleada vendría. Además de los hechos de la noche pasada. Miró la puerta entreabierta con una viva sensación de horror. ¿Cómo sabía él que una mano cubierta de sangre no vendría buscándolo? A menos que creyera en las palabras de Valentina y ellos ya se había ido hacía tiempo. Pero tampoco podía quedarse para siempre en ese armario, ¿o sí?

Si no por hacerle caso a su curiosidad, al menos por el bien de su estómago. Tenía que averiguar qué era esa horrible peste. Rápidamente se cambió su pantalón por uno nuevo que le acabó quedando algo grande. Salió del mueble sintiendo que si seguía respirando iba a vomitar. Creía que cualquier cosa que viera no podía ser peor que las miles de cosas que había imaginado solo. No le bastó más que un segundo para darse cuenta de cuán equivocado estaba.

No todo era horrible. O tal vez era horrible combinado. Le habían dejado un cartel colorido a lo largo de una pared en los que se leía "felicitaciones" y otras decoraciones festivas colgando de ciertas esquinas. Era como si acabara de volver de unas largas vacaciones y quisieran darle la mejor bienvenida posible. Pero las cabezas de los chicos grandes que solían molestarlo colocadas en el suelo, formando un arco frente al armario, daban una impresión completamente diferente. Los cuellos estaban limpios y los rostros también, incluso más de lo que estuvieran en vida, sin rastros de los dulces con los que se habían llenado antes.

Ni por un segundo creyó que fuera una broma y ellos sólo se asomaran desde un hueco en el suelo. Empezó a moverse para salir de la habitación, sus rodillas temblando incontrolablemente. Acabó vomitando a los tres pasos. Los turrones, las empanadas, el pedazo de pizza. Los ojos le continuaron lagrimeando incluso cuando acabó. Alguien había limpiado los vidrios rotos del piso, de modo que no había razón para tener cuidado mientras avanzaba.

Se negó a ver en las otras habitaciones, aunque muchas tenían las puertas abiertas de par en par y le dejaban percibir la peste al recibir los rayos solares directamente. De alguna manera, a pura fuerza de voluntad, consiguió llegar al piso inferior. Ahí ya no hubo manera de evitar los cuerpos de los grandes y los pequeños que estaban abajo. Se le volvieron a revolver las tripas pero ya no tenía carga adentro, de modo que sólo pudo expulsar bilis amarilla entre la saliva amarga. Odio el sabor que le quedó adentro. Por un momento se sintió mortificado porque seguro que iban a retarlo y luego empezó a llorar porque a lo mejor no quedaba nadie para retarlo.

Dirigió sus pasos al comedor. Habría contado con encontrarse otra escena espantosa y recibió otra sorpresa. A excepción de unos pocos vasos vacíos y unas migajas de sándwiches de miga, el sitio estaba incluso mejor decorado y dispuesto que lo que había sido anoche. Un enorme árbol decorado se alzaba desde un rincón, desde las luces titilantes pintaban a las paredes de alegres colores. En la base una bicicleta con los colores de Spiderman y su símbolo en una canasta frente al manubrio. Adentro de esta misma había una gran tarjeta navideña con Papá Noel haciéndole un gesto de saludo o despedida.

Manuel la tomó y leyó la letra elegante. Por alguna razón tuvo la impresión de que alguien más había punteado las i después de terminado el mensaje.

"¡Feliz Navidad, Manu!

Lamento que no hayas venido con nosotros, pero al menos ahora estarás más tranquilo sin que te molesten. Te deseo toda la suerte del mundo ahora que vas a estar por tu cuenta.

La bicicleta es para vos. Espero que la disfrutes. Te recomendaría usarla para salir de ahí. No sé cuánto vayan a tardar, pero tarde o temprano alguien verá lo que ha pasado y acabarán llamando a la policía. Quizá no quieras estar ahí cuando eso pase.

¡No sé cuándo volveremos a vernos, pero ojala que sea pronto!

Besos, Vale."

Manuel dejó de nuevo la tarjeta en la canasta y tomó a la bicicleta por el manubrio, llevándola hasta la puerta principal. Afuera el portón estaba abierto y no había nadie por las calles. Todo mundo se recuperaba de las celebraciones de anoche, adentro de sus casas, seguros y confortados. Se ubicó encima del asiento bicicleta y le sorprendió descubrir que no le costaba demasiado recordar el cómo conducirla.

Manejó, aumentando la velocidad, sin nunca mirar atrás.

Autores

Carlos Enrique Saldivar (Autor de "Trece Segundos")

(Lima, 1982). Estudió Literatura en la Universidad Nacional Federico Villareal. Es director de la revista impresa Argonautas y del fanzine físico El Horla, además es coordinador adjunto del fanzine virtual Agujero Negro; las presentes publicaciones están dedicadas a la Literatura Fantástica. Es coordinador general del fanzine físico y virtual Minúsculo al Cubo, dedicado a la ficción brevísima. Ha participado como ponente en congresos, coloquios, simposios, conferencias y encuentros literarios, dedicados, sobre todo, a la Literatura Fantástica. Actualmente dicta el taller de creación literaria Argonautas. Pertenece al grupo Argonautas (de escritores de ciencia ficción), al grupo Coyllur (de aficionados a la fantasía, el terror y la ciencia ficción) y el grupo Locus (de escritores y seguidores de la Literatura Fantástica). Ha incluido reseñas, artículos, ensayos, entrevistas, poemas, cuentos y microrrelatos en diversos blogs y revistas como Ráfagas y parpadeos, Químicamente impuro, Breves no tan breves, Ciencia Ficción Perú, Velero 25, Crónicas de la Forja, Axxon, Cosmocápsula, Remolinos, miNatura, Tinta Expresa, Literalgia, Plesiosaurio, Internacional Microcuentista, Solo 4, Alfa Eridiani, Pohemia Lux, Ónice, TXT, En la sala de espera, Vicio Perfecto, Escritores por Escritores, Delirium Tremens, Salvo el Crepúsculo, Ojos de Papel, Fix100, Mal de Ojo, Penumbria, Monolito, SciFi-Terror, Fabulador, La ciudad de los espejos, Radiador, El Doctor Clock , Noticias día x día, Zona Libre Literaria, Heterocósmica, Parafantástica, Antología mundial de minificción, Cuentos Hispanoamericanos de Ciencia Ficción, Lak-berna y Plurales. Cuentos, minificciones y poemas suyos han aparecido en antologías peruanas e internacionales como Otros villanos (narrativa), ¿Le temes a la oscuridad?: Cuentos de terror y suspenso, Entre exilio y desierto, Los que moran en las sombras: Asedios al vampiro en la narrativa peruana, Cuento para jóvenes (Antología Ecuador-Perú, 1998-2011), Otras voces, Somos libres, Disidentes 2: Los nuevos narradores peruanos (2000-2010), ¡Bienvenido, Armagedón!, El día de todos los malditos, Primeros exiliados, Horrendos amores, Ballenas en hormigueros, Antología de cuentos I de la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft, Eridano 24. Especial: Duodécimo Aniversario, Los extranjeros, Fútbol en breve: Microrrelatos de jogo bonito y Lectures du Pérou 2. Ha sido finalista de los Premios Andrómeda de Ficción Especulativa 2011, en la categoría: relato. Ha sido finalista del I Concurso de Microficciones organizado por el grupo Abducidores de Textos. Ha sido finalista del Primer concurso de cuento de terror de la Sociedad Histórica Peruana Lovecraft. Ha publicado los libros de cuentos Historias de ciencia ficción (2008) y Horizontes de fantasía (2010). Ha publicado el relato El otro engendro (2012). Compiló las selecciones Nido de cuervos: cuentos peruanos de terror y suspenso (2011) y Ángeles de la oscuridad: cuentos peruanos de demonios (2013). Sus textos han sido traducidos al inglés, italiano y francés. Correo electrónico: fanzineelhorla@gmail.com Blogs: www.fanzineelhorla.blogspot.com, www.agujeronegro2012.wordpress.com y www.minusculoalcubo.blogspot.com

Esther Galán Recuero (Autora de "Tramo peligroso")

(Madrid, 1989)

Joven escritora, guionista, dibujante, actriz, directora, modelo, bailarina, cantante, genio del mal residente en Fuenlabrada. Su pasión por las letras le viene de lejos. Tras muchos años participando en concursos de relatos, en el 2012, consiguió que su relato Esta noche fuera seleccionado para publicación en el III Certamen de relatos de terror de la editorial Círculo Rojo.

En el 2013 su relato Espectros quedó finalista en el concurso de relatos Yo sobreviví al fin del mundo, organizado por la editorial Otros Mundos. Ha participado en varias antologías con microrrelatos, cuentos y poesías de la mano de Diversidad literaria como Veré el invierno, Punto sin retorno, Árbol del amor o En la oscuridad entre otros. A finales del 2013 su relato El estudio de arte quedó en sexta posición y fue publicado en la Antología I Certamen de relatos Trilce Isla Literaria.

Su relato La caja quedó segundo finalista en la Categoría especial de la revista Pandora Magazine, siendo publicado en la antología II Aniversario Pandora Magazine en el 2014. Dentro de la antología Calabacines en el ático: Grand Guignol de Ediciones Saco de Huesos se encuentra su relato Belleza Interior; ha sido finalista del I concurso de relatos a la carta convocado por Ediciones Saldubia con el relato À la carte y su relato Los duelistas ha sido ganador de la Convocatoria de relato Steampunk y Retrofuturista Ácronos III: Steampunk Multicultural, antología en fase de edición que saldrá al mercado al igual que lo hicieron sus dos predecesoras.

También colabora con infinidad de editoriales españolas desde su blog El Lado Oscuro, donde habla de las novedades editoriales, reseña libros y ayuda a otros escritores a sacar el talento e ingenio que llevan dentro.

(http://www.esthervampire.blogspot.com.es/).

Naomi Colmenares (Autora de "Alimento predilecto")

Soy una escritora venezolana de fics yaoi y homoerótica, amante principalmente de los libros de terror, suspenso y psicólogicos. Comencé escribiendo en el fandom de Vampires Knight y poco tiempo después fui sumergiéndome en la creación de obras originales. Suelen apasionarme principalmente las tramas complejas y oscuras, y mi imaginación siempre gira en torno a historias tan vivídas para mí que piden a gritos ser plasmadas, y mi mayor anhelo es poco a poco, darle vida a cada una de ellas.

Web: http://www.wattpad.com/user/Naomiyaoi38

Daniel Álvarez Benítez (Autor de "Campada de fin de año")

Nací el 09 de Mayo de 1973; tengo 41 años.

Nací en la ciudad de Mexicali, Baja California, Mexico

Mis padres son: Víctor Álvarez García. (+) y Francisca Benítez Pérez.

Soy alto, 1.85cm. Tez blanca, complexión media, (93 kg). Cabello castaño, ojos cafés.

Habito en la ciudad de Mexicali Baja California.

Soy divorciado, tengo cuatro hijos, Karen, Daniel, Andrea, y Víctor.Estudios de Preparatoria, así como de cursos académicos de Seguridad industrial.

Nací en el ceno de una familia de clase media baja, siendo el penúltimo de los hermanos, me dedique a estudiar y a mi otra pasión la lectura de terror. Así que siendo muy joven ya había leído los clásicos de terror.

Mi trabajo actual es de supervisor de seguridad privada, así como la escritura de cuentos varios por jobi.

He escrito desde 1997, con el nacimiento de mi primera hija, cuentos de fantasía infantil. (Solo familiares).

Comencé a escribir cuentos de terror en hojas sueltas sin mayor relevancia en 2005. La mayoría de ellos se han extraviado, y otros los estoy rescatando y reeditando.

Actualmente entre el trabajo y la familia busco tiempo para seguir escribiendo, creo que el sueño de todo autor es ver su obra despegar y que sea reconocido, tal vez eso no suceda conmigo, pero mis cuentos quiero acumularlos y hacer un libro de cuentos cortos, para regalarlo a la familia, y tal vez, solo talvez darme a conocer al mundo un poco con foros de la red.

Jordan Dsai Dehara (Autor de "Silenciosa Navidad")

Nacido en Agosto de 1991, en la ciudad de Tampico, México. Escritor de poesía y de micro relatos (aun sin publicación) ha participado en diversos concursos principalmente en Museo de la Palabra.

Escritor por convicción y gusto, trabajando en sus tiempos libres como Contador Público (recién graduado) en una empresa. Lector empedernido, teniendo como escritores favoritos a Stephen King y William Shakespeare. A pesar de no formar parte de la autoría de ninguno de esos dos su libro predilecto es Orgullo y Prejuicio.

A pesar del gusto por escribir no cuenta con nada publicado a pesar de tener un libro de poemas y otro de cuento que bien podrían llegar a serlo.

No hay mucho que el autor pueda decir sobre él, no es su estilo la autobiografía pero en sus poemas se encuentra la mayor parte de su vida (esta se puede encontrar en Facebook como Poemas de Jordan Dehara).

Nicolás Verni (Autor de "El quiebre de Altozano")

Nací el 26 de febrero de 1991, no sé qué día era ni qué hora transcurría. Mis primeros años (ya olvidados) se dieron en Haedo, Buenos Aires. Ahí viví hasta los cinco años.

Con el advenimiento de mi hermana menor mis padres decidieron mudarse a Miramar, una pequeña ciudad ubicada en la costa atlántica argentina. En ese lugar tuve mi niñez y adolescencia.

Pasando por tres colegios distintos, Miramar resultó ser una experiencia agridulce: los largos paseos en bicicleta y la belleza y tranquilidad del océano luchan en mi memoria con más de un momento de soledad. Fue en ese combate contra las maneras del pueblo que la literatura y el cine aparecieron en mi vida. Mi casa comenzó a resonar con los sonidos y espasmódicos gestos de mis fantasías.

A los dieciocho años comencé a estudiar Psicología en Mar del Plata, una ciudad de gran tamaño localizada a 40km de Miramar. Luego de un año de viajes constantes, mis padres accedieron a darme la oportunidad de vivir sólo en ella. Comenzaba entonces una nueva etapa de mi vida.

Mis veintidós años fueron cumplidos en Perú. Fue ahí, en mi primer viaje, donde levanté un cuaderno y comencé a escribir. No fue un impulso sino la expresión (finalmente) de algo en lo que siempre había insistido pero que jamás me había atrevido a realizar, demasiado temeroso y venerador de los grandes escritores como para intentar imitarlos.

Mis veintitrés me vieron en Uruguay, en otro viaje. Luego de una pausa de un año, otro cuaderno me acompañaba y ésta vez su objetivo fue más humilde: las páginas rayadas fueron llenadas con cuentos incompletos, tachaduras y subrayados. Decidido a no perder el hábito, continué escribiendo y empecé (con la ayuda de mi terriblemente abnegada madre) a participar en todo concurso y convocatoria literaria posible.

Este 2015 me ve a punto de conseguir la licenciatura y con miras a otro viaje, el más lejano posible. El futuro es incierto y aunque todavía resido en Mar del Plata, ésta ya tiene cierto sabor a pasado. Y sí, casi todo es ansiedad. Algunos días se revisten de pesimismo y otros de esperanza. La única certeza, que confieso con iguales cantidades de pudor y determinación, es que el camino que tengo para alcanzar una vida que valga la pena es solamente uno: el arte.

Josué Zamora Cifuentes (Autor de "Navidad carmesí")

(Madrid 1989) natural de Leganés. Fui desde muy joven apasionado lector de todo tipo de libros, pero los que más llamaron mi atención fueron los géneros de terror, fantasía y ciencia ficción. Aprendí de los grandes autores tales como Edgar A. Poe, H.P. Lovecraft, Isaac Asimov, J.R.R Tolkien y otros. Esto me llevo a comenzar a escribir a modo de hobbie pequeños relatos de los cuales aun no hay ninguno publicado. Mas tarde abrí mi propia blog Z-Mania en el que colgaba capítulos que narran en primera persona las dificultades de un joven que busca a su novia en medio de una epidemia zombie. Además tengo publicado un micro relato en el certamen "breves heroicidades" de diversidad literaria.

(http://josuz-mania.blogspot.com/)

Daniel de Cullá (Autor de "Ruin Año Viejo holgando se descuerna")

Daniel de Cullá, de origen castellano aragonés. Poeta, escritor, pintor y fotógrafo, miembro fundador de la revista literaria Gallo Tricolor. Es miembro de la Asociación Colegial de Escritores de España. En la actualidad participa en espectáculos que funden poesía, música y teatro. Dirige la revista de Arte y Cultura ROBESPIERRE, moviéndose entre Burgos, Madrid y North Hollywood (USA). Tiene más de 66 libros publicados.

Ha realizado performances en Burgos, Madrid, Alemania, Bruselas y Suiza. Los últimos recientes en 2008 en Alemania: Hannover, Minden, Bielefield; Bélgica: Bruselas, St. Niklaas.

"COEVOLUCION Y EL VIEJO TREN" Fundador y creador de la Editorial Grupo Poético Elogio del Rebuzno.

Colaboración en el "Segundo Libro de Literatura y Creación Artística" editado por "La Bañera con Trampolín"

Exposiciones colectivas:

Feria de Arte Contemporáneo de Vigo Espacio Atlántico, del 14 al 17 de enero de 2010, en el stand de "La Bañera con Trampolín".

Miembro de la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción.

Miembro de la Australian Haiku Society.

Miembro de la Asociación de Escritores y Artistas del Orbe.

Miembro de Poetas Actuales Contemporáneos en Creatividad Internacional.

Está presente en Letras-Uruguay.Espacio Latina.

Estimado poeta, tus textos están en el blog: www.adictosalapoesia.org

Candy Von Bitter (Autora de "El regalo de Navidad")

Escribe desde Argentina relatos y novelas en torno a la homoerótica, el terror y a veces incluso con la ciencia ficción. Se la puede encontrar en la red a través de los siguientes enlaces:

https://candy002.wordpress.com/

https://www.wattpad.com/user/CandyVonBitter

http://www.amor-yaoi.com/viewuser.php?uid=7170

Ilustraciones por **Aylen Musumano.**